Paula Babot

Mejor cerca del agua

AdN

Paula Babot

Mejor cerca del agua

AdN

A tus cicatrices y a las mías, por traernos hasta aquí.
Enhorabuena, hemos sobrevivido.

Y se está mejor, mucho mejor, cuando alguien te mira y mira también las cosas que tú miras. Tu misma habitación. Desaparece el terror de las cosas imaginadas, el terror de las catástrofes inminentes.
RAY LORIGA, *Tokio ya no nos quiere*

De pronto, su vida ejerce presión sobre mi corazón.
VIVIAN GORNIK, *Apegos feroces*

I

Debería haber escapado de aquello. Levantar toda mi vida, meterla en tres maletas y, a tiempo, huir de allí.

Lo miraba entrenar desde las gradas de la piscina y pensaba que, si la tierra se abriese bajo mis pies y me precipitase directa al vacío, la sensación no sería muy distinta a la que tenía en ese momento.

Me hipnotizaba la arbitrariedad en sus brazadas o la subjetividad a la que las sometía: un instante antojándoseme caricias y, al siguiente, golpes egocéntricos que me aprisionaban. Podía observarle durante horas, siempre escoltada por esa convicción de no valer para nada más, de estar segura de lo inexorable del sentimiento.

Estoy jodida. No hay forma más clara de explicar la situación.

Y, sin embargo, volvería a abandonar una y otra vez cualquier forma de existencia por grabar cinco minutos de su tacto en la memoria de mi piel.

II

Escucho sus voces como si estuviese dentro de una pecera. Lejanas, desenfocadas, turbias. Me naufraga la cabeza. Casi puedo notar sobre mi cuerpo el peso de esa agua que no existe.

La mujer me pregunta qué tal ha ido el viaje. Apenas he dormido los días previos. El bebé llora. Miro por la ventanilla en un intento inútil de ubicarme en una ciudad que aún no conozco. El coche en el que voy montada gira a la derecha para entrar en un callejón sin salida aparente. Se detiene frente a un edificio con fachada de ladrillo seco y una puerta de entrada roja al final de unas escaleras. Hemos llegado.

Minseo abre la cancela mientras hace malabares para sostener el peso de Sunoh, ayudándose de su casi inexistente cadera y su escuálido brazo izquierdo. Con una maleta en cada mano y a la espalda una mochila que amenaza con tirarme escaleras abajo, subo como puedo.

Antes de cruzar el umbral, se detiene un momento para indicarme amable que la imite y me descalce en el recibidor. Habla un inglés perfecto, aunque no se ha deshecho del acento extranjero y de la muletilla lah al final de cada frase. Su aspecto es bastante minimalista. Lleva un conjunto de Uniqlo en tonos marfil que casi parece un uniforme y el pelo negro, a la altura de los hombros, recogido en una pulcra coleta que despeja sus ojos rasgados y sus finas facciones, libres de cualquier tipo de imperfección o maquillaje.

Bajo mis pies descalzos el suelo de madera cruje un poco. Noto que me va a gustar vivir allí. Es una casa acogedora, con techos altos, decorada en luminosos tonos blancos. La organización del salón gira en torno a dos grandes ventanales: uno da a la calle, y el otro, al jardín trasero. Frente a la tele, una alfombra de goma imita las piezas de un puzle de colores que entiendo define el espacio de juego de Sunoh. Sigo a Minseo hasta la planta baja, donde se encuentra mi habitación. Apenas hay espacio para un sofá cama, un armario y una mesita de noche. Me dice que cuando acabe de deshacer las maletas las llevará al trastero del jardín, y se marcha a preparar la cena,

dejándome sola para que aterrice del todo.

Empiezo a colocar mis cosas en estos metros cuadrados que no siento míos, y veo mi reflejo en el espejo de la pared. Tengo la cara hinchada y ojeras grisáceas. Me estiro la ropa y me atuso el pelo, con la esperanza de arreglar así lo mustio de mi aspecto. Envío un WhatsApp por el grupo familiar, donde mis padres y mi hermana esperan impacientes alguna señal de vida. Subo al salón.

En la mesa hay unos manteles individuales de bambú sobre los que Minseo ha colocado cuidadosamente vasos y cucharas de cerámica. En el centro, un cuenco enorme con una sopa humeante de color anaranjado. Me sonríe dándome la bienvenida y hace amago de dejar a Sunoh en la trona, pero este se aferra a su madre. A los pocos segundos, acaba cediendo y sentándolo en su regazo.

Su risa nerviosa logra balbucear un torpe «Que aproveche» en español, que ha debido de aprender en las horas anteriores a mi llegada. Después, mete la cuchara en el cuenco metálico y empieza a comer directamente de él. Se me revuelven las tripas. Desde que tengo uso de razón, mi relación con las cucharas es problemática: me dan repelús. Me perturba la idea de que queden restos de comida pegados o, en el mejor de los casos, un rastro brillante como la baba de un caracol. Agarro la cuchara e intento que mis pensamientos no se delaten en mi cara. Nada me gustaría menos que causar mala impresión el primer día.

Respiro hondo y mentalmente me ordeno comer con un vamos, Creta, no lo pienses más. Los ojos se me salpican de lágrimas. La sopa tiene un intenso sabor picante y no sé cómo reaccionar. Sopa de kimchi, me aclara Minseo, que sonríe de nuevo y me explica que es un plato típico de Seúl, su ciudad natal. La siento dar vueltas en mi barriga.

Aprovecho para preguntarle lo primero que se me ocurre sobre el maldito kimchi y la gastronomía coreana, tratando de ganar tiempo. Engullo un par de cucharadas más antes de excusar mi falta de apetito. Se muestra comprensiva y comienza a hablar de Sunoh, que intenta meterse en la boca cualquier cosa que esté a su alcance. Me explica que mi día comenzará a las ocho, hora en la que se marcha al trabajo. Tendré que asear a Sunoh, vestirle, darle el desayuno, el almuerzo, bañarle, pasearle, llevarle a play dates. También ver programas educativos con él (pero no más de una hora al día); lavar, planchar y doblar su ropa; leerle cuentos; ponerle cremas (le salen erupciones); controlar que haga las siestas necesarias; vigilar lo que come (tiene varias alergias); llevarle al médico (si ella no puede); desinfectar sus juguetes una vez a la semana y los biberones después

de cada toma. Termina de recitar lo que me parece una lista interminable de tareas, recogemos la mesa y nos damos las buenas noches.

Desde mi cuarto escucho a Minseo cantarle a Sunoh una nana en coreano.

III

El hemisferio izquierdo de nuestro cerebro se mantiene semidespierto, vigilante, cuando dormimos por primera vez en un sitio nuevo. Es cuestión de supervivencia.

No recuerdo dónde leí esto, pero es lo primero que pienso al despertar forastera en este cuarto. Al pensamiento científico le siguen unos segundos de paz en los que se borra la existencia de las últimas semanas.

Dura poco. La realidad siempre me alcanza, directa al pecho.

Hago nido entre las sábanas. Me niego a ver la ausencia. Quiero deshacer este nudo en la garganta que me produce angustia, que hace que el aire se me entorpezca dentro. Diluir este peso en el esternón que no me deja comer, ni reír ni hablar sin que la voz se me atragante. Quiero abrir los ojos y viajar en el tiempo hacia atrás, o hacia el momento en el que ya no sienta esta asfixia, me da igual. Quiero no abrir los ojos nunca más. Pero los abro.

Y aquí sigo. En un sofá cama en la planta baja de una casa desconocida. En Islington, Londres, Reino Unido. Y todavía son las seis de la mañana.

Me rindo.

Observo cómo entra una luz gris a través del estor que no cubre del todo la ventana. A los lados quedan desnudos trozos de vidrio a los que la fina tela blanca no llega y que me sirven de mirilla al mundo. Se adivina a través de ella un muro de piedras con una reja, como los fosos de los cuentos de princesas que Otto me contaba de niña. Por el lateral asoman unas escaleras que suben hasta la calle principal, decoradas con macetas húmedas en cada uno de los peldaños.

Me levanto para abrir la ventana. Dejo que entre el olor a tierra, mejor recién sacudida de lluvia. Petricor, qué aroma de palabra.

Vuelvo a la cama y durante unos minutos escudriño el paisaje. Un gato negro baja las escaleras. Pausado, elegante. Olisquea una de las plantas y después se queda inmóvil, mirando al vacío.

¿Me verá él a mí así desde fuera?

Maúlla. Es hora de empezar el día.

IV

El presentador de la cadena infantil no consigue calmar el llanto de Sunoh. No me extraña. Es bastante inquietante ver a un adulto cetrino explicando en tono infantilizado qué es el compost a un grupo de niños mientras comparte primeros planos con lombrices gordas y rosadas que se retuercen entre restos orgánicos.

Tampoco yo logro apaciguarlo con los juguetes pegajosos que muevo frente a él e insiste en apartar, obstinado en su berrinche. Nadie me había advertido de la perseverancia de los bebés de un año. Quizá no son todos, quizá es solo este. Los brazos me duelen de tanto mecerlo. Consulto el reloj del móvil y compruebo que han pasado tres minutos desde la última vez que miré la hora. No puedo más. Lo meto en el cochecito, cojo las llaves y salimos a la calle. Recorro varias veces de arriba a abajo el callejón en el que se encuentra la casa y el llanto frena.

Me asomo al carrito y veo su nariz chata, su pelo negro, sus parpados lisos que, ahora plácidamente cerrados, casi esconden sus pestañas aún mojadas. ¡Era eso! La solución era tan simple como dejarlo dormir. Ojalá para mí también fuese así de fácil.

Aliviada, vuelvo dentro. Dejo a Sunoh aparcado en un rincón del salón y aprovecho para llamar a Pune por FaceTime. Mi hermana siempre tiene el móvil en silencio. Al tercer intento, dejo de ver mi rostro en la pantalla y aparece el suyo. Tiene unos ojos sonrientes y enormes. Cuentan que cuando nació, la familia entera se asombró de lo abiertos que los tenía. Fijaba en los rostros de los presentes esas dos joyas negras que ya reflejaban la promesa implícita de no perderse nada en la vida.

—¿Cómo estás, Creta? ¿Qué tal por London? —pregunta con su voz cantarina.

—Molida. No sé muy bien qué hago aquí, Pune. ¿Cómo están papá y mamá?

—Planeando el próximo viaje, ya conoces a Rebeca y a Otto.

A los quince años comenzó a dirigirse a nuestros padres por sus nombres de pila, quienes intentaron durante meses que Pune

abandonase esa costumbre. Nueve años después, el hábito persiste y ellos se han acomodado a su tozudez. En eso, y en muchas más cosas.

Son editores de una revista cultural en la que mi padre escribe la mayor parte del contenido y mi madre se ocupa de la fotografía. Publican entrevistas con pintores, cineastas, escultores; reseñas de exposiciones nacionales e internacionales; críticas de libros infinitos que llenan cada rincón de su oficina. La revista les da el dinero suficiente para vivir y una excusa perfecta para viajar la mayor parte del año. Nos pusieron los nombres de los lugares en los que se enteraron de que iban a tenernos: primero a mí, en Creta, y unos años más tarde a Pune, en la India. Podríamos habernos llamado Baracaldo y Villanueva del Trabuco. Tuvimos suerte.

Pune llora de la risa escuchándome narrar el episodio de la sopa de kimchi y me hace preguntas, animándome a que continúe hablando, dando vueltas de puntillas alrededor de lo que realmente quiere saber.

Pero nos despedimos y no le he hablado de Milo.

Milo.

Cómo me araña su nombre.

V

La chaqueta burdeos forma un pliegue en la parte de atrás, en el lado del bolsillo en el que esconde la mano. Avanza firme. No deambula, no se detiene a observar. Su estilo es masculino y lleva mocasines. Diría que tiene un aire a Diane Keaton en *Manhattan*. Desde esta perspectiva no le veo la cara. La melena le flota al paso, le flota plana y me recuerda a una mantarraya que ondula sus aletas a ras de la arena fina de un acuario. Avanza rítmica, sin prisa. Un, dos, un, dos, paso ligero.

Quiero seguirla. Cruzar la calle cuando ella la cruza, doblar la esquina cuando ella la dobla, seguirla hasta el metro, viajar en su mismo vagón, bajarme en su misma parada. Tomar un cóctel donde ella lo tome, hablar de libros, ver películas en blanco y negro; porque ella las ve, seguro que las ve. Quiero seguirla. No necesito saber qué hace, adónde va ni por qué. Quiero hacer fotos en las que su figura avance de espaldas, seguirla hasta el aeropuerto, comprar un billete de precio desorbitado en el mostrador, subirme a un avión e irme lejos. A ser ella. A ser cualquiera. A ser cualquiera que no esté rota por dentro. Porque estoy rota y no hay arreglo. No, no hay arreglo. Solo hay dolor. Omnipresente, omnipotente. Un dolor deidad. Un dolor al que dedico las veinticuatro horas del día, un dolor casi placentero, porque solo gracias a él sé que no he muerto. Un *Dolor Exquisito,* como la obra de Sophie Calle. *Antes del dolor* y *Después del dolor,* un muro de Berlín entre mis dos vidas. Antes del dolor, los rizos rubios de Milo. Antes del dolor, las plantas de nuestro salón, las vacaciones en Lisboa, las manos agarradas sobre el reposabrazos de la butaca del cine. Antes del dolor, la luz, los colores, ocho años juntos.

Después del dolor, nada.

Vacío. Desconsuelo. Angustia.

Más dolor.

VI

Recuerdo el olor a cloro. El bordillo de piedra áspera de la piscina azul mediterráneo. El ensordecedor agosto rozando los cuarenta grados. Las depresiones del césped artificial, los lagos chicos de agua sucia.

Tengo seis o siete años. Huyo de la ahogadilla que amenaza en la mirada de aquel niño que no deja de perseguirme. Sus caracoles rubios rebotan como muelles. Poseída por una excitación eléctrica, tomo carrerilla para alcanzar la tumbona de mi padre ausente. Los oídos se llenan de mi pulso. Cojo el pulverizador de crema solar y me doy la vuelta. Apunto en su dirección, amenazante.

Milo dibuja una media sonrisa. Disparo.

VII

Sunoh escupe cada vez que le llevo el tenedor a la boca. Cada día lo mismo. Minseo deja preparados poke para bebés, pasta con pesto casero, filetes de tofu. Da igual cuánto se esmere, acaban del mismo modo: baboseados encima de la mesa. Mañana le preparo una papilla de frutas.

El tono de llamada de Skype me pilla por sorpresa.

—Mamá, estoy dando de comer a Sunoh. O intentándolo, al menos.

—¡Hola, Sunoh, cariño! Ottooo, mira qué mono…

Desde su trona, Sunoh ignora por completo a los dos extraños que intentan entrar en el salón a través de la pantalla de mi móvil. Con su puño diminuto, agarra mi meñique y apunta mi mano hacia la tablet. Quiere que ponga la canción de Elmo por trigésimo quinta vez hoy. Va a crearme complejo de mando a distancia.

Apoyo el móvil contra un vaso para que se mantenga de pie. Insisto en el salmón. Sunoh gira la cara.

—¿Cómo estás? —pregunta mi madre.

—Sobrepasada.

«Sííí, estoy comiendo bien. Bueno, hace frío pero hoy no llueve. Sí, claro que me abrigo, mamá. Te dejo mamá, estoy liada. No tengo ganas de hablar.»

Cuelgo. Sunoh me mira. Ya no llora: nos une el mutismo de la convivencia impuesta. Lo saco de la trona y enciendo la tele. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas, él se acomoda entre ellas. De vez en cuando se gira hacia mí e intenta tirar de mi jersey hacia arriba, buscando mi pecho.

No, amigo, aquí no hay nada para ti. Espera a que vuelva tu madre.

VIII

Noto la sangre agolparse y bombear en mi sien izquierda. La presión se extiende al ojo y me aprieta. Tengo los pies fríos. Los ruidos me irritan. No es necesario un gran estruendo, con los pasos cansados de Minseo por el pasillo o el golpear repetitivo de una ventana que cierra mal me basta. Clac, clac, clac, clac.

Como mal, pienso mal, duermo poco y mal. ¿Qué estoy haciendo con mi vida?

Las pesadillas acechan mis noches.

Me he despertado con dolor de cabeza, garganta, cuello. No quiero pensar más el porqué, ni qué estarás haciendo ni cómo estás. Pero quiero saber cómo pasas los fines de semana, si piensas en mí y si te preguntas cómo estaré. Si sigues enfadado.

Ojalá no quererte siempre.

¿En estos meses han pasado dos años o dos días? No quiero hundirme. Pero pierdo pie. ¿Soy yo misma la que me arrastro hacia abajo?

Añadir a mis contactos. Total, me sé tu número de memoria. Vaya estupidez borrarte. La mano con la que sujeto el teléfono no para de temblar. Te llamo una vez. Y otra. Y otra. Venga, una más.

No contestas.

Silencio es lo que me queda de ti.

Lo he perdido todo, hasta el orgullo, y me da igual. Porque no me soporto. No hay nada que soporte menos que lo que soy sin ti. Este escombro humillado que no sabe qué hacer. ¿Qué voy a hacer? Si no me soporto. No me soporto. Ni un segundo más. Quiero gritar, estampar vajillas en suelo, que vuelen misiles los pedazos. Que me encierren, que me encierren por loca. Que me pongan una camisa de fuerza, ¡que me droguen! Quiero arrancarme mechones de pelo, desgajar la piel y, de paso, esta dependencia insufrible, este mono de ti. Que alguien acabe con esto, que me saquen de este infierno y me manden al otro, que no puedo más.

No me soporto. No me soporto. No puedo más.

IX

El edificio austero y espía frente al nuestro me mira mientras desayuno. El gato negro del vecino gobierna la calle vacía, lamiéndose la pata concienzudamente, la panza contra el adoquinado. Me abstraigo unos segundos en el humo del café y casi escucho cómo crujen mis tostadas con aceite. Café con leche de soja, claro.

Desde que tengo uso de razón, celebramos las nochebuenas en Granada, en casa de mi abuela paterna. Radia, la joven marroquí que la cuida, nos prepara con esmero pastela, hummus y dátiles, que son parte de nuestro peculiar menú navideño. Pasamos el día visitando zapaterías de piel y escuchando historias de las otras edades de mi padre. Aquí le compró mi abuelo su primera pluma, en esa plaza se abrió una brecha en la cabeza, su primer beso en aquel callejón. Nos habla de la vida que se escribe entre hostias que no vemos venir y aventuras al girar esquinas. Al llegar a casa de mi abuela, mi madre encuentra esperándola un par de nochebuenos: panes dulces y tiernos, cubiertos de azúcar, envueltos en papel de estraza sobre la mesa de la cocina. Sin mayor ceremonia, sin aspirar al cumplido. Un capricho que su suegra —cómplice golosa— le consiente y ante el que mi madre se sorprende cada veinticuatro de diciembre. Es una de las cualidades más maravillosas que posee: jamás deja de sorprenderse.

El día de Navidad emprendemos la vuelta a Málaga temprano y paramos a desayunar en cualquier bar de la carretera dormida. Me acerco a la barra, donde un camionero (o dos a lo sumo) repone fuerzas con un bocadillo de jamón. Cada año, cuando pregunto si tienen leche de soja o sin lactosa para el café, el camarero de turno me dedica una mirada incrédula al mascullar tosco un «Semidesnatada». Cada año, vuelvo a la mesa con aires de derrota y la risa de mi padre llena el local.

Este año, algo cambió: unos días después, me subí al avión que me trajo hasta aquí.

X

Tendrías que haberte visto. Calado de cerveza y lluvia de diciembre.

Llegas dos horas tarde. Te has encontrado a Pedro. Podrías haberme avisado. «¿No lo entiendes? Lo ha dejado con su novia, necesitaba hablar conmigo.» Milo, nadie me hace esperar dos horas. Dos horas es una pasada, ¿quién te crees que eres?

Me besas. Me descubro intentando que tus guiños no curven lo más mínimo las comisuras de mis labios.

Monosilábica, camino a tu lado. «Ahora vuelvo.» Sales del chino con litronas y pipas, manjar adolescente para dos. Woody Allen, *Submarino, El lobo estepario,* las expectativas. Prometes que la próxima vez llegaremos a tiempo al pase del cine Albéniz, y una larga lista de películas por ver.

Lo dices bajito, pero te escucho. Un «Yo también te quiero» me trepa por la garganta. Lo hago preso. Subimos al taxi y cierro la puerta.

Ahí estás. El porte tranquilo y tu media sonrisa mojada, seguro, siempre seguro, de la reciprocidad del sentimiento.

Tu voz ronca me acaricia el pelo y alisa una pausa en mis pensamientos. El sabor a menta y chocolate en tus besos lentos, que se pega y permanece en el cielo de mi boca.

Dios, cuánto te echo de menos.

El móvil vibra violento, me devuelve al mundo. Ordinario, presente. En la pantalla, un nombre. Qué más da, si no es el tuyo.

Mi corazón late yonqui.

XI

Vico está enfadada.

No recuerdo cumpleaños con piñatas ni triángulos de pan Bimbo y Nocilla con ella. Tampoco tardes estivales compartidas en su querido Sant Joan d'Alacant. Lo que sí recuerdo es la primera vez que la vi. Sus ojos verdes y achinados recorrían el aula curiosos, apretaba los labios con una timidez jovial. El profesor la presentaba: «Victoria es nueva, tratadla bien». Le asignaron el pupitre que había al lado del de Edo, y él se pasó las siguientes semanas embobado, con todas sus pecas pelirrojas sonriéndole a bocajarro. Me puse un poco celosa. Al fin y al cabo —aparte de su santa madre—, yo era la única presencia femenina constante en la vida de mi mejor amigo hasta entonces. Me duró poco. Vico me conquistó con su sentido del humor ácido, su facilidad para nombrar las cosas.

—Llevo días sin saber nada de ti.

He estado evitando las llamadas. Se ha instalado en mí un espeso hastío que no deja espacio para nada más. Me limito a tranquilizar a mi familia enviando un par de mensajes por WhatsApp al día. Escuetos, telegráficos. Vico aguarda paciente, observándome. He aceptado la videollamada, ¿no? Algo tendré que decir.

La pasividad y la desidia dejan paso a una ola que me inunda repentina, un tsunami de desaliento. Arrasa mi lucidez y me aplasta los pulmones. Quiebra mi espíritu, lo rompe a tiras. No puedo contenerme más. El agua se me desborda. Dos cascadas de tinta negra me estrían las mejillas, aprietan en la garganta. A su paso deja un paisaje yermo, sucio, amargo.

—Todo se ha ido a la mierda, Vico. Lo siento, lo siento… No quería que me vieras así.

—Creta, escúchame, te digo una cosa… No, te la digo no. Te la prometo: volverás a estar bien.

En ese momento no soy capaz de creerla.

XII

Minseo ha ido a pasar el día a casa de su madre con Sunoh y hago de mi habitación una trinchera. El olor a café y a cerrado se pega a las paredes. Lanzo una mirada de rechazo a la tarjeta de transporte que ha dejado sobre mi mesilla de noche. No tengo ninguna intención de explorar fuera de los límites de mi zona de malestar.

¿Por qué en Londres no hay persianas? Echo de menos unas persianas que me aíslen y dibujen líneas de luz en mi pared, unas líneas que me entiendan en código morse. Dejo series y libros a medias, cambio de postura cada dos minutos, estoy incómoda en mi piel.

Pierdo el tiempo con el móvil. ¿Ha pasado ya una hora? Con el índice derecho buceo entre publicaciones de Instagram que no miro. Solo busco una lobotomía barata que anestesie este cerebro que me tortura. Reconozco caras familiares en las fotos en las que me voy deteniendo. Cada una es un color, suenan a una música distinta.

Camila es explosivo amarillo, el sol de Uruguay. Suena a cumbia: movidita, intensa. El del deseo en la raya gorda del ojo, el negro de las noches de verbena cuando suena Estopa es Vico, femme fatale de la España cañí. Edo es rojo: fresco, directo, rock and roll. Algunos días yo pongo el azul de salitre en las pestañas y música indie. Tengo también días crema, letras francesas. Días cereza. Otros, jacaranda.

Cuando te conocí eras de colores. Ahora eres gris.

XIII

Me abrazo las costillas para no partirme en dos. Necesito contener la desesperanza que me agrieta por dentro cortándome la sangre, la respiración, el llanto que nace desde lo hondo del vientre y que lenta, muy lentamente, me mata. Me mata, sin acabar la faena porque por desgracia sigo viva. ¿Cómo decir algo así? Sin decirlo. No lo digo. Lo pienso, lo mastico, lo siento; pero no lo digo. Porque decir, no digo nada. De entre mis labios no escapa ni siquiera un bostezo. He perdido la palabra, su raíz me la han arrancado de cuajo.

Mi voz solo existe para que tú la escuches.

XIV

Los sábados por la tarde solemos quedar en un bar del muelle. Es nuestra central de operaciones, nuestro cuartel general. Desde una de sus mesas con taburetes altos, Cami, Vico, Edo y yo podemos arreglar el mundo. Analizando, tramando, delirando. Confesándonos.

Edo está serio. No es algo común en él, la seriedad. Pedimos una jarra de cerveza que nos bebemos escuchando el monólogo de Cami sobre su último viaje. Camila es una de las personas más descriptivas que conozco. No se limita a decir: «El hotel era hermoso». Ella te describe el suelo de azulejos de tonos verdosos, los tiradores oxidados de las puertas antiguas, la cama enorme con cuatro almohadones de plumas, el campo con caballos pardos pastando que veía a través de la ventana de su habitación y el olor a aire fresco que entraba cuando la abría por las mañanas.

Edo la interrumpe cuando considera que ya se ha explayado lo suficiente.

—Pues yo ayer salí por el centro.

—Aaah, por eso estás así —interviene Vico—. Tienes resaca, ¿no?

Cami y yo nos regocijamos con el comentario. Nos gusta el humor de Vico. La naturalidad con la que dice las cosas, el ritmo, el tono subrayando determinadas palabras. Pero Edo no ha terminado.

—Creta, vi a Milo. Iba con una tía de la mano.

Edo suelta la bomba sin anestesia. Levanto las cejas con gesto de incredulidad y le sonrío.

—Te equivocas. Milo ayer fue a la barbacoa en casa de Pedro.

Vico y Cami se quedan en silencio y buscan algo dentro de su vaso de cerveza. Edo vuelve a la carga.

—Tía, que no, llevaba la camisa esa de cuadros que se pone siempre.

Le miro largo y fijo. Le reto con la mirada, seria, sin parpadeos. Que se retire, que se retire ya. ¿Por qué tiene que ser tan cabezota?

—Edo, esa camisa es de Zara. ¿Conoces Zara? Es una tienda donde compra más de media ciudad. Además, estamos mejor que nunca. Te digo que ayer estuvo con Pedro, así que deja el tema ya.

Pego un buche a mi cerveza. Me trago las dudas con espuma fría.

XV

Un pisco sour. Un whisky con dos piedras hielo. Una cerveza de aroma tostado.

Edo gira el móvil hacia el resto del grupo. La luz azul de la pantalla ilumina la oscuridad del bar, como si fuera un portal interdimensional que nos lleva a un universo paralelo.

Pero ¿quién es esa chica? Esta es nueva.

Nos dice que te ha visto. Que estabas en una mesa del paseo, sentado frente al mar. Compartíais jarras de cerveza y espetos, y la mirabas con el aura que redondea las pupilas cuando has conocido a alguien, cuando ganas pasta y las cosas van como quieres que vayan y eres feliz. Pero no, yo sé que eso último no puede ser, que naciste sin esa capacidad, que tú ni sientes ni padeces. Tú solo piensas en ti, te llevas todo por delante como una apisonadora. Y cuando ella no te sirva más, cuando el brillo de lo nuevo se ensucie y te hayas asomado al vacío de la rutina, volverás, como has hecho tantas otras veces. Es una pena que te hayas vuelto hasta previsible.

Camila reacciona como si tuviera un resorte, un tono o dos más alto de lo que debería, con un «Pero ¿¡qué onda!? ¿Esto es joda?». Los perfiles de la mesa de al lado se giran un momento hacia ella y yo pienso que me ha perforado un poco el tímpano. Con la mano, pide a Edo que le pase el celular e inspecciona de cerca la foto de Instagram.

Llega mi turno. Sé lo que tengo que hacer. Botón derecho, botón izquierdo. Clic.

Le va a doler, por supuesto que le va a doler. Pero igual así abre los ojos de una jodida vez, quizás le ayude a recordar quién es. Ya es hora.

Nunca me cayó bien este tío.

Enviar.

XVI

Tengo cita a las doce para sacar el National Insurance Number. Minseo me ha apuntado la dirección en un papel que busco compulsiva en mi bolsillo para comprobar que sigue ahí, que no lo he perdido.

Escucho el traqueteo del vagón, cambiante en cada curva, acompañado por el balanceo de mi cuerpo y el trueque de luces.

Una pareja ocupa los asientos desgastados que están frente al mío. El cabello de ella cae a un lado, trenzado como si fuera mimbre. Desfila los ojos hacia el suelo, lento; se ruboriza con todo el cuerpo, encoge un poco los hombros. Se sujetan tiernos las manos, que descansan entrelazadas en un anudado nido. Él apunta con sus pies, sus rodillas, su torso, sus labios hacia la destinataria de su atención. Se inclina a su oído y le susurra algo de soslayo.

En el cristal oscuro del tren se cobija entre ellos mi reflejo. Un espíritu que no advierten, una sombra que no está. Sofocan la risa cómplices, se miran. Desde fuera uno comprende que viven como si el suyo fuese el estado natural de las cosas. Un demente vínculo que con ninguna otra persona y en ningún otro lugar podría tacharse de inmejorable.

¿La mirará así también? ¿Se toma la caña que me corresponde en la barra de nuestro bar? ¿Refunfuña ella cuando le pone apodos que subrayan sus defectos?

Claro que he visto la foto.

Salgo de la estación de Camden y agradezco la bocanada de aire frío que me sacude el tufo compacto y dulzón del aire del metro. Respiro limpio un par de veces, levanto la cara hacia el cielo, ayudándome de la gravedad para guardar las lágrimas que se me asoman. Su sal se disuelve dentro.

Busco los botones de mi abrigo para cerrarlo antes de ponerme los guantes y empiezo a caminar con la misma temperatura latiendo dentro, latiendo fuera.

XVII

Mis pensamientos son vapor que me empaña los ojos y me sale por las orejas y me flota la lógica y nubla el cielo de mi boca.

Mis emociones son líquidas; suben y bajan, me desbordan, me mueven los órganos y ya no sé dónde está el hígado, dónde el estómago, dónde el corazón.

¿Y mi cuerpo? Monumento al invierno, conmemora mi fragilidad y refleja pálido la alegría que ya no le queda, expandido, hinchado, como el cadáver de alguien que se ha ahogado en el naufragio en medio de un océano helado.

Mi cuerpo es hielo.

XVIII

P.

Dicen que somos el día y la noche. Un sol y una luna. Miro el tatuaje de mi brazo.

De pequeña me cruzaba mal los tirantes del uniforme. Salía de casa con el desayuno en la mano y legañas en los ojos. Creta no. Se despertaba puntual, obediente. Sus tirantes siempre perfectos, la melena castaña recogida en una coleta estirada que Rebeca decoraba con un lazo amarillo. Conmigo sabía que el lazo no duraría en su sitio ni cinco minutos. Para qué intentarlo.

Antes de llegar al colegio, Creta, como si fuese mi madre en pequeño, me colocaba bien el uniforme, me sacudía las migas, intentaba adecentarme los rizos. Yo oponía resistencia, pero me dejaba hacer. Después, sin soltarme la mano, me acompañaba hasta la puerta de mi clase y continuaba dando saltitos hasta la suya.

Había un chico de último curso, no me acuerdo de su nombre. Era el típico matón. Yo estaba jugando en el patio, donde los niños pasábamos la media hora del recreo eufóricos, como si celebrásemos la libertad que un día más habíamos alcanzado en el ecuador de la jornada escolar. Ese día escuché a Creta chillar. El gilipollas le había puesto la zancadilla y atizado en la cabeza con un botellín de agua. Con las lágrimas contenidas, Creta hacía acopio de cada gramo de su orgullo. Entonces, él le tiró del lazo amarillo y la llamó «cabeza de limón». Cabeza de limón, menuda idiotez. Unos cuantos imbéciles le rieron la gracia.

Vi dos lágrimas gruesas bajar en redondo por el rostro de mi hermana.

Sin darme cuenta, me encontré encaramada a la espalda de aquel capullo, que intentaba espantar mi peso mientras yo le gritaba los insultos que me sabía, llena de rabia. No volvió a acercarse a ella.

Nunca he soportado que la hagan llorar.

Como el día del aniversario de los abuelos. Reservaron un restaurante con pista de baile, a la que Rebeca y Otto sacaron mucho partido. La familia al completo estaba allí, festejando felicidad.

Creta miraba el móvil a cada minuto. Que Milo llegase tarde era lo habitual. Ya llevaban juntos más de cinco años y era tradición: Creta tenía que esperarle en los sitios o en el salón de casa, paciente, durante horas incluso, hasta que sonaba el timbre por fin o aparecía con algún tipo de explicación absurda. Muchas veces, con ninguna.

El abuelo dio un discurso sobre el amor de antes, el amor del bueno. Nos sentamos a la mesa. Entonces lo dijo. «No va a venir.» Inventó una excusa sobre un examen de la universidad, creyendo convencer a los comensales de la importancia de aquella prueba. Hasta parecía cómoda con el lugar que ocupaba en la escala de prioridades del muy cretino.

La seguí cuando se excusó para ir al baño y la encontré frente al espejo con un trozo de papel higiénico colocado bajo las pestañas para evitar que se le corriera el rímel.

Lloraba mucho en aquella época. Ahora parece que no se acuerda. Yo me acuerdo bien. Menos mal que se acabó.

Es un poema demasiado bonito como para que él la sepa leer.

XIX

La Queijería en rúa Das Flores 64. Un paseo en el 28 hacia La Alfama, la música suave en el mirador de Santa Luzía. Los pastéis de nata a todas horas. Hace calor.

Lisboa, «Lis-boda» en tu susurro. Lisboa, meu amor.

Nuestro reflejo en aquel escaparate. Mi rostro esperanzado. Milo y sus patillas de marino de puerto. El peso del calor subiendo cuestas cansadas. La botella de agua que derrama para mojarme las muñecas, la nuca. La espera para escuchar fado apretado en un local que huele a restos de cerveza. En el coche Los Rodríguez y *Hagamos el amor en el balcón.*

De la polaroid que sujeto sale la brisa recortada por tu perfil serio, con la mirada fija hacia delante. Sale la escena de una película de Manoel de Oliveira. De cuando éramos felices. De cuando la boca se me llenaba con tu nombre.

XX

Todo es autoficción. También la memoria.

XXI

Era una niña tímida.

A los seis años, la pedagoga del colegio aconsejó a mis padres que me apuntasen a clases de teatro como actividad extraescolar. «Le vendrá bien.» Comencé a asistir cada jueves por la tarde.

Me gustaba el ritual semanal de elegir un poema con Otto, las historias detrás de los versos y las claves que me daba para recordarlos. Le escuchaba entre libros, sentada en el suelo del despacho, rodeada del humo de su pipa. No me gustaba tanto tener que subir al escenario y recitarlo frente a un grupo de niños que cuchicheaban escondiendo la boca con sus manos redondas. A menudo pensaba que estaban hablando de mí; de mí, que lo único que quería era pasar desapercibida y que nadie se diera cuenta de que estaba roja como un tomate. Solo mantenían conversaciones ajenas a mi entonación, negociaciones de qué cromo cambiar por otro o debates sobre cuál es la mejor merienda del mundo mundial. Desde la infancia he tendido a esperar lo peor.

Me sobrevenía una mezcla de ilusión y miedo cuando se acercaba la fecha de la representación anual en la fiesta de fin de curso. Ilusión por hacerlo mejor este año, por romper con mi timidez y deslumbrar a todos con mi verdadero yo. Miedo de que, un año más, no se cumplieran mis expectativas y demostrarme torpe y retraída.

Mi madre solía contarme un cuento en esas ocasiones. Había una vez un granjero que vivía con su hijo en la montaña. Y tenían una granja, con un granero rojo y blanco, y un establo de madera con balas de heno, y un huerto y un caballo. Un día, el hijo del granjero deja la puerta del establo abierta en un descuido, y el caballo se escapó. En el pueblo se enteraron y vinieron los pueblerinos a decirle al granjero: «¡Ay, pero qué mala suerte! ¡Qué mala suerte! ¿Ahora qué vas a hacer? Ahora que el caballo se te ha escapado». Y el granjero, muy tranquilo, respondió: «Si es mala o buena suerte, ya se verá». Pasó el tiempo, y mientras padre e hijo trabajaban en el huerto, vieron su caballo a lo lejos, descendiendo la colina y dirigiéndose a la granja, seguido de cuatro caballos salvajes. Se enteraron en el pueblo de que

habían sido capaces de meter a los cinco caballos en el establo, y vinieron a decir: «¡Ay, pero qué buena suerte! ¡Qué buenísima suerte! Piensa en lo que podréis hacer ahora: vender algunos caballos, comprar más tierras, construir otro granero». El granjero, muy tranquilo, respondió: «Si es buena suerte o mala suerte, ya se verá». Un día, en un intento de domar a uno de los caballos salvajes, el hijo del granjero se cayó del caballo y se rompió las dos piernas. Y claro, los pueblerinos: «¡Ay, qué mala suerte! Pero ¡qué mala suerte tienes, granjero! Tu único hijo y ahora está lisiado. Igual ni se recupera y se queda inválido. De verdad, qué mala suerte». Y el granjero, todo lo tranquilo que se puede estar en una situación así, respondió: «Si es mala suerte o buena suerte, ya se verá». Pasaron los meses, y el ejército del rey vino a reclutar jóvenes al pueblo de la montaña, ya que había una guerra y tenían que irse al frente a luchar. Como el hijo del granjero estaba en cama, se quedó a salvo en su casa, con su padre, y sobrevivió a la guerra.

Después del cuento, mi madre me abrazaba y añadía: «Creta, cariño, nunca se sabe si las cosas que nos pasan y creemos que son malas o mala suerte, son malas de verdad. La mayoría de las veces, son cosas que tenían que pasar. Y si es mala suerte o buena suerte, ya se verá».

Cuando subía al escenario, buscaba incansable la mirada protectora de mis padres. Lejos estaba de ser una de esas niñas extrovertidas que despliegan sus encantos frente al público y disfrutan de toda la atención que sean capaces de acaparar. A mí la única mirada que me interesaba era la de mis padres. Conocedores de mi personalidad, procuraban siempre colocarse en primera fila o hacerme un gesto para que yo pudiera localizarlos entre todos aquellos adultos. Era al encontrar sus miradas, sólidas, como un refugio, cuando era capaz de disfrutar de aquel momento de protagonismo, de proyectar la voz, de hacerme grande. Las demás madres se acercaban después a la mía y «Rebeca, pero qué fina es tu niña» y «¡Qué bien lo ha hecho Creta!» o «Tu niña la mayor es que es una monería». Pero eso era la actuación, porque yo, lo que era, era una niña tímida.

He escuchado muchas versiones del cuento de los caballos. Me reconforta tanto, que le he pedido a mi madre que me lo vuelva a contar en varias ocasiones. Una de ellas fue el día que dejé de estar embarazada.

Habíamos pasado varios meses separados. Una polaca de Erasmus en su facultad le había parecido a Milo una razón de peso para romper nuestra relación. «Ella me entiende, Creta.» Ni siquiera hablaba español, cariño, ¿cómo te iba a entender?

Me centré en los estudios, saqué las mejores notas que he sacado durante la carrera. Salía de fiesta los fines de semana, evitaba frecuentar los sitios en los que cabía la posibilidad de encontrármelos, empecé a quedar con chicos. Hacía cada vez la misma declaración de intenciones: «No quiero nada serio, no te enamores de mí». La mayoría lo hicieron. Y aunque disfruté las madrugadas con ellos, mi lealtad estaba con Milo.

Ni siquiera recuerdo bien cómo pasó. Ya conocía a Andrés de antes. Era su fiesta de despedida. Se mudaba a París a estudiar ingeniería. Me daba un poco de envidia: cuántas veces había soñado con vivir en París. Me pasé con la bebida. No me acuerdo de cómo llegamos al piso. La mañana siguiente, me desperté desnuda en su cama. Decidí no darle más importancia; al fin y al cabo, no recordaba lo que había pasado. Quizá fui yo la que provocó esa situación. Quizá en algún momento di a entender algo que no era lo que quería. Salí del piso y no volví a verle.

La primera semana de retraso no me preocupé. Mi regla siempre ha sido muy irregular. Me sentía hinchada y cansada, el pecho me dolía, apenas soportaba el roce del sujetador. Seguro que iba a venirme en cualquier momento. La segunda semana empecé a inquietarme. Busqué en internet: cómo hacer que te baje la regla. Tomé aspirinas, salté durante cinco minutos, me puse una bolsa de agua caliente en la barriga, me bebí litros de infusiones con canela. La tercera semana, me hice un test de embarazo. Por si acaso.

Ver las dos rayas rosas dibujarse en ese trozo de plástico fue dolorosamente injusto. Pensé en darme un golpe fuerte, quizá aquello me hiciera sangrar. Compré un segundo test, rezando para que este diese negativo y me confirmase así que el anterior era un test defectuoso. El resultado fue el mismo llanto.

Me enfadé conmigo misma. Por haber bebido hasta el punto de no recordar qué había sucedido. Por haberme puesto en esta situación. No estaba preparada para ser madre. No tenía trabajo, acababa de empezar la carrera, aquello no era resultado del amor, no era así como soñaba con empezar una familia. Me enfadé con Andrés. Joder, en esa cama éramos dos, y sin embargo el estigma sería siempre mío. ¿Dónde quedó la empatía, el aviso? ¿Dónde escondió la posibilidad robada de escapar de esto antes de que fuera demasiado tarde?

Ya era demasiado tarde.

Tenía dieciocho años. Tras varias búsquedas y después de sopesar mil y una veces las opciones, tomé la decisión.

Volví de la clínica deshabitada, con las piernas temblorosas y la náusea al filo de los dientes. Encontré a mi madre en el salón. Me hice

una bola a su lado en el sofá, apoyé la cabeza en su pecho y empecé a llorar. Ella lloró conmigo.

He escuchado muchas versiones del cuento de los caballos.

Mi favorita sigue siendo la suya.

XXII

Los días en Islington se mezclan unos con otros. Densos, húmedos, apáticos. Completamente ajenos a mi voluntad de detener el avance del tiempo.

Esas mallas no te favorecen nada. Te estás poniendo gorda.

Espero un momento, por si a mi reflejo le da por responder. Hoy no lo hace. Puede que algún día. Doy la espalda al espejo y cambio las mallas por unos pantalones de deporte cortos y anchos que no abrazan mis muslos. El juez de mi cabeza ha dictaminado. Me recojo el pelo en una cola, lacia y castaña.

Regent's Canal amanece en tonos rosados y grises. Unos ciclistas me adelantan. Aprieto un poco el paso. Mis músculos se van desperezando. Observo el contraste de los edificios lánguidos y el arcoíris de casas barco. Bien podría ser una metáfora de la forma de vida de sus ocupantes. ¿Por qué la gente elige un barco y no un apartamento? Quizá son gente que improvisa, que flota por la vida dejando que la marea los lleve. ¿Habrá una hora fantasma en la que las casas naveguen?

Comienzo a trotar. El aire me enfría los pulmones. Subo el ritmo. No está mal para llevar meses sin salir a correr. Acelero un poco más. Directa al suelo.

Busco las llaves. Por favor, por favor, que no se me hayan caído las llaves al canal. Suspiro al notarlas clavadas en la cadera: siguen en mi bolsillo. Mi segundo deseo es que no me haya visto nadie. Por favor, por favor, que no me haya visto nadie.

—Are you okay, mate?

La cara me arde. Atropellada, me pongo de pie. Aprieto los dientes dejando el espacio justo para que salga un «Don't worry, I'm fine». No estoy de humor para convencer a nadie de nada. Estoy de humor para sentirme patética a solas. Un par de gotas heridas de rojo nacen de mi rodilla izquierda y me resbalan por la pierna.

—Mierda.

—Pensaba que eras italiana.

En un acto reflejo, levanto la vista. No sé de qué me sorprendo.

Londres está plagado de españoles.

XXIII

Tiro hacia arriba del sujetador deportivo y examino mi cuerpo.

Comparo mis rodillas. La izquierda está hinchada. Una herida rosada de bordes secos la decora. En la pierna derecha tengo varios arañazos, líneas paralelas que recuerdan la dirección del asfalto. Subo hasta la cadera, donde, azulado, empieza a formarse un moratón.

Sigo la expedición en busca de desperfectos. Noto el hombro izquierdo magullado, pero no encuentro heridas en esa zona. En la barbilla tengo un raspón, pero es mínimo: nada que el maquillaje no pueda tapar.

Entro en la ducha. El agua caliente afloja mis tensiones. El gel me escuece en las heridas. Encuentro un par de rasguños cerca del ombligo que había pasado por alto. Se me ha debido levantar la camiseta al caer. A mi edad, me tropiezo en suelo llano. Qué vergüenza.

Eres una torpe. Eres una puta torpe.

Bueno, al menos ese chico ha sido majo. Ha dicho que me avisará algún día para hacer planes con él y sus amigos. Quizá es lo típico que se dice por compromiso. Pero ha estado bien. Quiero decir, podría haber pasado de largo a mi lado. Incluso se ha ofrecido a acompañarme a que me curaran la herida. ¿De dónde será? No he conseguido identificar bien el acento. Tampoco su edad. Solo sé su nombre: Pablo.

Pero le llaman Ribas.

XXIV

R.

Otro bostezo. Ya quedará poco, ¿no? Joder. Me quedan más de cuatro horas por delante. Los turnos de noche sobredimensionan el tiempo. Si pudiera encontrar algo fijo. Pero, joder, chico, es una forma más de pagar el alquiler. Se trata de eso, de comprar boletos. De huir hacia delante. ¿Quién coño no pensaría así? Hay que ser prácticos.

Lo que hay para mí en Madrid me aturde: la depresión de mi madre, las quedadas sagradas de los domingos con los colegas, el bar de siempre, las movidas de siempre. «Pero ¿por qué no vuelves, Ribas? En ningún lado se vive mejor que aquí.» Si no está mal, de vez en cuando no está mal. Pero algo me pica dentro.

Dicen que Laura está con otro. Se deshizo el nudo que nos unía. Sentí alivio. Ya no me pesan los hombros.

Busco una lista de reproducción que me reanime y pulso play. Con el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, coloco una caja tras otra en estantes etiquetados con una sucesión de números y letras de un sistema de clasificación que desconozco. No lo necesito para hacer bien esta mierda de trabajo.

Me concentro en la línea de bajo de la base de la canción que suena. Pienso en las rodillas raspadas de la chica del canal. Se me cruza el recorrido nervioso de su mirada esquiva. Lleva poco tiempo aquí: tuvo que buscar en contactos su propio número cuando se lo pedí. Es complicado conocer gente donde todos están de paso.

Menuda hostia se dio, qué torpe, joder.

Creta.

Cre-ta.

Creta. Vaya rayada de nombre.

Alcanzo de nuevo el móvil y empiezo a teclear.

XXV

He gastado mi cuota de paciencia diaria con Sunoh. No ha habido forma de que comiera nada. Uno tras otro, ha volcado los platos de comida que le he puesto delante. Ha disparado las minizanahorias contra la pared y decorado el suelo con puré de patatas. La papilla de frutas ha acabado empapando su camiseta y parte de la mía. Al final, le he preparado un biberón, y ha caído rendido minutos después de terminarlo.

Debe de ser agotador dar tanta guerra.

Me siento en el suelo del cuarto a doblar su ropa planchada. Es tan pequeña que casi no encuentro sentido a doblarla. La ordeno por colores en los cajones de su cómoda, según las instrucciones de Minseo. ¿Será en realidad Marie Kondo y vive en el anonimato bajo el pseudónimo de Minseo?

Mi móvil suena. Me incorporo de un salto y corro fuera de la habitación. Necesito que la tregua se alargue un poco más.

Le pido a Cami que espere mientras me hago con el baby monitor y busco mis auriculares. Ya en el salón, activo la cámara frontal en FaceTime.

—Hermosa remera, boluda. Muy limpia —comenta irónica en cuanto me ve.

—Se acaba de dormir hace nada, no he tenido tiempo de cambiarme.

En Uruguay es costumbre que los estudiantes de Economía hagan un viaje de seis meses por el mundo en su último año de carrera. Fue en el transcurso de ese viaje en el que se enamoró de Europa. También de Álex, un «gallego» que estudiaba Derecho y estaba haciendo su Erasmus en Berlín.

Se conocieron mientras hacían un free tour por la ciudad. A Álex, aquella rubia, alta y ruidosa que interrumpía al guía sin parar le llamó la atención desde el primer momento. Fue esquivando a los integrantes del tour, y cuando pararon en Wilhelmstrasse logró ponerse a su lado. Frente al Checkpoint Charlie, reunió el valor para entablar con ella una conversación. Cuando el recorrido turístico

acabó en la Puerta de Brandeburgo, decidieron continuar por su cuenta tomando una cerveza en el Biergarten más cercano.

Cami alargó su estancia en Berlín unos meses, hasta que Álex le propuso que se mudase con él a España. El abuelo de Camila era de Nápoles y —aunque aparte de algún apellido, lo único que comparte con la repubblica es el amor por la pasta— gracias a su pasaporte italiano no tuvo ningún problema para quedarse en Europa. El día que Álex le presentó a su hermana Vico, le alegró ver las buenas migas que hacían. En muy poco tiempo, su energía y generosidad le valieron la membresía de nuestro grupo. Han pasado cuatro años de aquel flechazo en Berlín, Cami no pierde el acento. Tampoco palabras como remera, pollera, boluda o pelotudo. Se niega en redondo a incorporar el verbo coger a su vocabulario.

Le relato el incidente del canal y el mensaje de Ribas invitándome a una fiesta, al que todavía no he contestado.

—Andá a esa fiesta, boluda. Tenés que ir.

—Pero no pinto nada, ¿no?

—El pibe te invitó, claro que pintás. Poné que son rebuena onda. Tenés que conocer gente, Creta.

Escucho ruidos a través del baby monitor. Me despido y voy al cuarto de Sunoh. Está despierto, de pie en la cuna. Agarrado a los barrotes y balanceando el peso de su cuerpo de una pierna a otra, mientras balbucea palabras de bebé.

—Has descansado, ¿eh, amigo?

Lo cojo en brazos y subimos de nuevo al salón, donde vemos *Barrio Sésamo* un rato hasta que Minseo vuelve del trabajo.

Pienso en la conversación con Cami. Busco a Ribas entre mis conversaciones de WhatsApp y contesto al mensaje.

En seguida recibo una ubicación en el móvil.

XXVI

Google Maps me guía hasta mi destino. La verja de entrada está abierta y me da la bienvenida a un camino de baldosas que me conduce hasta una hilera de puertas iguales en Mile End. Es la segunda puerta empezando por la izquierda. De ahí sale la música. Llamo varias veces al timbre. El ruido al otro lado me ignora.

Vete, no pintas nada. Si coges el próximo tren, llegas a casa antes de las diez.

Aparto el pensamiento intruso. Pulso el timbre una vez más. El chico rubio que me abre la puerta lleva la raya hacia un lado y el pelo despeinado. Tiene las orejas ligeramente separadas y sus ojos, pacientes a través de sus gafas redondas, esperan que yo diga algo. Pruebo suerte y suelto un «Hello». Me mira durante unos segundos más y destapa una dulce sonrisa de dientes grandes, que contienen el gesto de una carcajada. Qué chico tan guapo.

—Dame, te ayudo con eso.

Me quita la bolsa de tela donde llevo las cervezas que he comprado en Tesco y se la carga con delicadeza al hombro. Sigo el pasadizo que abre entre la marea de cuerpos enlatada en el pasillo, al ritmo entrecortado de *You & Me,* de Disclosure. Mi guía se desliza cómodo entre la gente, parando a saludar o mantener breves conversaciones de anfitrión: «¿Todo bien?, ¿necesitas algo?». El cuerpo relajado, las manos con tendencia a gesticular. De vez en cuando se gira para comprobar que sigo ahí. No, no me he evaporado.

Ya en la cocina, me pasa una lata de cerveza fría y separa los labios, cogiendo impulso para empezar a hablar. Pero es otra voz la que escucho a mis espaldas.

—Veo que has conocido a Fabio.

No había tomado a Ribas por un chico de camisas celestes. Estampadas, tal vez. Definitivamente de cuadros. Pero no celestes. El día del canal llevaba unas Vans, pantalones pitillo y una camiseta negra con las mangas dobladas hacia arriba. No es que las camisas celestes tengan nada malo; solo me sorprende el contraste de un clásico con sus aires de canallita despreocupado. Ahí está, junto al tal

Fabio, la espalda erguida, el tono firme. Encantado de haberse conocido.

Pero ¿qué coño dices, Creta?

—Esta es Greta.

—Creta —le corrijo enseguida.

Se ríe. Satisfecho con su elocuencia, con mi forma de ir directa al aro. Fabio pone cara de haber entendido algo. ¿Le ha hablado de mí? La confianza que desprenden hace que ese rincón de la cocina me parezca de repente una zona segura.

—Todavía tengo las rodillas raspadas.

XXVII

F.

Cuando Ribas dijo que iba a venir una tía torpe a la que había ayudado en el canal, me imaginé… No sé, no presté mucha atención. Lo ha hecho otras veces, lo de invitar a tías que acaba de conocer a alguna de nuestras fiestas. Suelen durar una o dos semanas. Se acuesta con ellas, les huele el cabello, intercambian alguna risa fácil y al poco tiempo desaparecen. No vale la pena cogerles cariño.

Ribas había dicho que esta era bajita. Menos de un metro sesenta. Tampoco se esmeró mucho más en su descripción. Es parco en palabras. En cambio, yo, después de verla, hubiese escrito una poesía para dibujársela.

Me enternece. Se le sube el rubor a las mejillas, se las redondea. Me parece delicada hasta cuando bebe cerveza a morro de la lata.

La observo con cuidado, como si mirase un cuadro en un museo intentando descubrir un mensaje secreto del autor. Podría estar en esa medalla que manosea nerviosa, en el lunar de la nariz. En su forma de detener la habitación con sus ojos. Avellanas en una cara aniñada. Esos ojos que hablan en un idioma que no entiendo.

Hasta que los posa en mí, y los siento aún más grandes.

Algo me dice que, esta vez, será distinto.

XXVIII

Si el tiempo de Londres nos lo permite, salimos a dar un paseo. Sunoh se queda dormido al instante. El movimiento del carrito tiene el mismo efecto en él que un válium. He de admitir que se está convirtiendo en una estrategia bastante recurrente cuando necesito algo de paz.

En una de estas excursiones he descubierto una pequeña Deli Store que vende productos gourmet. Aceitunas, foccacia, pastel del día: tarta de zanahoria, Victoria sponge cake, apple crumble. Hace unos días llegué hasta Shoreditch Park, una pradera limitada en el barrio de Hackney. Pensé en hacer un pícnic un día que haga sol. Compraré el pastel del día en la Deli Store y llevaré un mantel en el que sentarme bajo el paraguas de un árbol pelado.

¿En serio? Eres ridícula.

Sacudo la postal de esa imagen. Me aseguro de que Sunoh esté bien sujeto a la sillita y le coloco su gorro de lana con orejas de ratón. Salimos a la calle.

Deambulamos por Essex Road, a través de sus arterias, cambiando el rumbo porque me apetece. En mis auriculares, de fondo, el acento británico de los tertulianos de un pódcast de la BBC. De tanto en tanto repito palabras, imito el tono, improviso la expresión para acompañar lo coloquial o lo grave de las declaraciones. Me imagino loro. Aprieto el manillar, con los nudillos cada vez más rojos. No encuentro los guantes. ¿Dónde me los habré dejado?

Tenía varios mensajes de Cami cuando salí de allí. Vico y Pune también querían saber qué tal la fiesta.

Les cuento que Marco es un romano de los de gomina hacia atrás, moreno, con mirada provocadora y el mentón en guardia. De vez en cuando le llaman de la agencia de modelos y hace algún casting, pero el sueldo estable lo recibe de Zara. Trabaja de dependiente en la tienda de Long Acre, cerca de Covent Garden, pero está insistiendo a recursos humanos para que le cambien a la tienda de Oxford Street. Imagina que allí se liga más.

James es de Preston, una ciudad del condado de Lancashire, a unas

dos horas y media en tren de Londres. Es redactor de un periódico local. Se pasó la mayor parte de la noche encerrado en su cuarto. Me contaron que es normal, que hay que respetar sus espacios, aunque sean pequeños, aunque sucedan largos. Me imaginé siendo su amiga.

Ribas y Fabio se habían conocido en la empresa en la que trabajaban como reponedores en el turno de noche. Ribas acababa de llegar a Londres y buscaba piso. En la casa que Fabio compartía con otros dos compañeros se había quedado libre una habitación. De eso hacía apenas dos años, pero parecía que se conocieran de toda la vida.

Ribas compagina su trabajo de reponedor con sustituciones esporádicas en colegios de la zona. La agencia de trabajo le avisa con un día o dos de antelación sobre las condiciones: «Se trata de una sustitución de una semana, el profesor de Educación Física del St Mary's School se ha hecho un esguince. Lo tomas o lo dejas». La mayor parte de las veces, lo toma. Confía en que en una de esas se abrirá una plaza fija y él será el mejor candidato. Fabio trabaja en el departamento de ventas de una start-up tecnológica en Shoreditch. Podría permitirse cambiar de piso, buscar algo más céntrico, pero le gusta el bullicio de este, la presencia constante, la compañía de Ribas, James y Marco. Cuatro en raya.

También conocí a Marie, que es de la agencia de sustituciones de Ribas. A Katie y Alain, que trabajan en Shoreditch con Fabio. A Sandra, que es enfermera y tuvo un lío con James, a quien le gusta Lucie, que no habla mucho y está triste porque Gianluca se vuelve a Italia; a Nicole, de la que Marco está pillado. Volví a casa borracha de nombres y caras recién estrenadas.

Por un momento, la vida casi parece normal de nuevo.

XXIX

R.

La casa está hecha un puto desastre. Mira, Fabio ya se está encargando, con su delantal puesto y todo… Este tío es un poco rarete. Pero, bueno, se hace querer. Mientras recoja la casa después de las fiestas, yo ni mu.

—Ribas, tío, ayúdame.

Joder.

—Fabio, colega, tengo una resaca letal.

—Tío, siempre estás igual. Tú también vives aquí.

—Qué pesado, hostia.

Resoplo alto para dejar claro mi descontento mientras busco una bolsa de basura en la cocina.

La encimera está repleta de latas de cerveza vacías. La gente es muy guarra, ya podrían tirarlas a la papelera al menos, joder, está justo ahí. Encima de que nosotros ponemos la casa. Y vasos llenos de colillas. Qué puta peste, coño. La gente fuma y ni se molesta en salir al jardín. Mira que lo digo, ¿eh? Luego a mí me tienen prohibido fumar dentro. En mi puta casa.

Yo paso, estoy hasta los huevos. Tiro un par de cosas más y me abro. ¿Y estos guantes? Marco ha sido el más listo, el tío se piró a pasar la noche a casa de Marie. Total, Nicole no le hizo ni puto caso… Oye, qué risas ayer con la pava esa.

Creta. Cre-ta.

Mañana la llamo. Fijo.

XXX

El jardín de la casa de Mile End no es muy grande. El césped está estropeado y no cubre todo el terreno delimitado por la valla de madera podrida y negra por la humedad. Hay un par de sillas de playa tan oxidadas que no se pueden cerrar. En la esquina, la barbacoa de carbón y sus tres patas hacen de cobijo a un balón de fútbol medio desinflado.

A Ribas, Fabio, Marco y James les encanta pasar tiempo en el jardín. Es el punto de convergencia de todos los planes.

Están, por supuesto, los planes de barbacoa. Da igual qué día de la semana sea: si es un día de sol, hay que aprovecharlo. «Nunca se sabe si va a ser el último del año» es el lema de Fabio y su principal argumento de peso para organizar una quedada cualquier miércoles por la tarde. El mismo argumento es el que esgrime los días nublados o los días en los que no llueve. Casi siempre logra convencerme. Entonces, uno de ellos me escribe «A las tres en el jardín», y a las tres me planto frente a la valla de madera podrida y negra por la humedad, porque para qué voy a dar toda la vuelta, si están en el jardín.

El jardín, que también abre como gimnasio, alrededor de las siete cada día. Marco da saltos cortos y lanza golpes al aire, Ribas hace abdominales y flexiones haciendo el pino, Fabio practica el saludo al sol y James ejercita la mente con Dostoievski. El jardín es salud, por eso allí se pasan mejor las resacas. Los días de resaca intercambio una bolsa de Belgian Chocolate Chunk Cookies de Sainsbury's por un sitio en el jardín. Es el lugar donde está el cenicero de Ribas, que se queja de que no le dejen fumar dentro «con el puto frío que hace en Londres». Pero se queja de vicio, porque le encanta el ritual de levantarse de repente, ponerse el chaquetón, colgarse el cigarro de los labios y decir: «Voy a fumar, ya sabéis dónde encontrarme». El jardín es un confesionario donde he pasado horas hablando con Fabio. De la fortaleza, del dolor, de las oportunidades, de la suerte.

El jardín de la casa de Mile End es mi lugar favorito desde que los conocí.

XXXI

—No jodas, ¿nunca lo has usado? ¿En qué siglo vives?

Ribas añade un par de bromas sobre el tema y pasa a otra conversación con Marco. En menos de un minuto, se echan los dos al suelo, de un salto, a competir achulados para demostrar quién es capaz de hacer más flexiones seguidas. Fabio pone los ojos en blanco.

Marie aprovecha para alcanzar su móvil y poner la pantalla frente a mí, abriendo un portal hacia el mundo moderno que me anima a cruzar.

—Es muy fácil, yo te enseño. Alors, chérie, descarga la app.

XXXII

Paseo por ese mercado de cuerpos que es Tinder. Izquierda. Izquierda. Izquierda. Tiene algo de adictivo saltar de un rostro a otro. Es como mirar escaparates. Es hasta emocionante, diría, entrar en este limbo virtual lleno de hombres para los que mi nombre es una isla sin historia. Todo está por estrenar. Izquierda. Derecha. Izquierda. ¿La niña de la foto es su sobrina, la hija de algún amigo que ha tomado prestada para despertar ternura? ¿Es, quizá, su propia hija? Foto sin camiseta. Nunca he tenido una izquierda tan clara. Siguiente. Este parece un tío normal, aunque puede haber estado en la cárcel y yo jamás lo sabría porque es un completo desconocido. En fin, me arriesgo. Derecha y match. El subidón del match, el mensaje celebratorio que ocupa la pantalla y aplaude que a dos desconocidos les haya gustado la selección de fotos con la que el otro ha decidido formar parte de esta tómbola. Maravilloso. Mientras el saludo llega (muchas veces nunca lo hace), sigo jugando.

Dejo de respirar durante unos segundos. Me clava sus ojos fríos, me apunta con la nariz afilada, su gesto altivo me señala diciendo: sabía que acabarías aquí. Descubierta, culpable, pillada in fraganti vendiendo mi carne al mejor postor.

Ha cambiado de peinado. Lo tiene más corto por los lados y en la parte superior se le agolpan los rizos, que se empujan y caen hacia delante. ¿Y la rubia? ¿Qué ha pasado con la rubia?

Suelto el móvil en la cama y me levanto. Me levanto para por una vez ser yo la que le mire desde arriba. Tú también has acabado aquí. Vuelvo a agarrar el teléfono, por miedo a que desaparezca, a que esta aplicación cargada por el diablo me arrebate la posibilidad de elegir. Espera, ¿estás aquí? ¿A qué has venido? Escaneo otra vez sus fotos, una por una, buscando una respuesta, una explicación a este sinsentido. Y, ahora, ¿qué? Derecha o izquierda. Izquierda, está claro. No hay nada que pensar. Tengo que deslizar hacia la izquierda. Pero algo me lo impide. Hay en mí un ser depravado, primario, masoquista que se muere por deslizar a la derecha.

Deslizo. La suerte está echada.

Al instante, un mensaje celebratorio ocupa la pantalla.

Vico escucha con atención mientras le narro el sueño que he tenido esta noche. Cuando termino, suspira.

—La verdad es que parece un cortometraje. Como relato está estupendo. Pero en la vida real, sería como meterse un tiro en el pie.

Cuelgo.

Estoy revuelta. Incómoda en cualquier postura. Estoy harta, empachada de esta desazón, esta culpa que se me ha enganchado y no me suelta. Llevo con fuerza aire al pecho, intentando hinchar al máximo los pulmones y reventar con ellos mi caja torácica que, encogida, los aprisiona.

Estoy repleta, sobrepasada, llena de esta ansiedad eléctrica que me corre por brazos y piernas, que se me enrosca reptiliana en las entrañas y alimenta como una dinamo los pensamientos rumiantes de mi mente, que dan vueltas y vueltas y vueltas, y hacen un ruido rítmico e incansable como el del tambor de una lavadora vieja.

XXXIII

Las servilletas de bar con letras azuladas que rezan GRACIAS POR SU VISITA; que repelen, que no secan. Las camareras que te llaman reina. La espuma de la caña en una plaza, porque las plazas son el verdadero amor de mi vida. Mojar trozos de pan en la salsa que queda en el plato. «¡La nota, jefe!» que empuja desde el diafragma el vecino de mesa. El mantel de papel, cementerio de cadáveres aceitosos, arrugados, inertes entre las conchas vacías de los mejillones a la francesa del bar de la esquina.

Echo de menos.

XXXIV

Se me han extinguido las ganas de antes, esas que nacen feroces en el estómago.

¿Se quiere más a quien no se puede tener? Al tarado emocional, cerrado a cal y canto. ¿Nos mueve desde nuestro centro un capricho primitivo que nos lleva a patalear por la esquiva pelota con la que juega otro niño? ¿O se trata de inconformismo crónico? Nos hemos acostumbrado a lo fácil, a lo inmediato. A los supermercados en cada esquina rebosando comida. En una sola estantería pan blanco, pan integral, con bordes, sin bordes, con semillas de amapola, con pipas de calabaza, de trigo, de centeno, de espelta. Veinte tipos distintos de panes en una sola estantería.

La gente ya no habla en los bares. Ningún tipo se acerca a la barra y te dice: «Te invito a una copa». De hecho, si lo hiciera, desconfiarías. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo tiene que sacar el teléfono y abrir una app, esa puerta a cientos de posibilidades al alcance de su mano.

El otro día tuve otra cita. Esperaba de pie frente a la puerta del cine. Había llegado antes que yo y sostenía las entradas para la película de las siete y veinte. Dimos un paseo circular por las calles cercanas para romper el hielo hablando de cómo había ido nuestro día, para hacer tiempo. «¿Qué tal hoy en el trabajo?» «Bien, nada particular, ¿y tú?» «Lo de siempre, un par de reuniones.» Me cedió el mejor asiento. A la salida, me preguntó si tenía hambre: había reservado en un restaurante cerca de allí. «¿Has estado aquí antes? Tienes que probar este plato.» Después sugirió tomar algo en una terraza.

Allí estaba yo. En la azotea de un hotel, con un hombre con quien llenar la noche, y la copa con mucho hielo, y la luz azul de la piscina de agua plana amparándome.

Y ni rastro de las ganas.

¿Creías que ibas a ser feliz sin mí?

XXXV

El portal de hierro se abre con un pitido. Alzo la cabeza y el atardecer sonrosa las nubes. Estoy en bucle. Aprieto el paso.

Tres citas. Nos hemos visto tres veces. No espero exclusividad después de tres citas. Tres. Has actualizado tu perfil de Tinder cinco desde entonces.

No espero exclusividad después de tres citas. La última fue hace una semana, más o menos. Estás probando suerte con diferentes estrategias. La propuesta que muestra que eres un tío con iniciativa: «¿Me acompañas a descubrir todos los bares de Londres?». El comentario gracioso, buscando la complicidad de una desconocida: «Si te gusta el queso, desliza a la derecha». Has subido fotos nuevas, has cambiado el orden. Pero el orden de los factores no altera el producto. Nada debo, nada pido.

Tampoco esperaba esto. El rechazo que me produce esta actualización constante a un kilómetro de mí. Ni siquiera estoy segura de que me gustes. Desde luego, ha sido más agradable estar contigo que con los demás. Me caes bien. Hay gente que no da ni para un café. Puede que tengamos una cuota de tolerancia a partir de la cual bajan nuestros estándares y empiezas a conformarte. A conformarte con esta apatía honda. No se habla suficiente de la posibilidad de que estas aplicaciones no sean para todo el mundo. Y ahora estoy metida de lleno en esta realidad plagada de ghosting, benching, breadcrumbing y otros términos anglosajones que reflejan cómo las almas de la sociedad desahucian poco a poco nuestros cuerpos carnales.

Estás loca.

Puede que sí. Puede que tengas razón. Que nunca encuentre a nadie como tú.

Nunca. Nadie.

Al final de la calle, un árbol de ramas desnudas que beben del cielo incendiado.

XXXVI

¿Cómo se recicla el amor en amistad? ¿Cómo se omite la desnudez del otro?

Desde que el nombre de Laura brilló en la pantalla de Ribas no paro de preguntármelo. Dice que decidieron ser amigos, pero no me cuenta mucho más. ¿Cómo se decide eso? No recuerdo haber decidido mis amistades; simplemente se han forjado, un día brotaron y decidí cuidarlas. ¿Se puede reinstaurar la ternura? Arrinconar el deseo, reconducir el sentimiento, destruir el hábito de llamarse por nombres dulces, borrar el reproche, desterrar la tentación de volverlo a intentar —¿por qué no?— con una persona que ya conoce tu mal humor, tus legañas, tus miedos, tu risa floja, combatir la inercia de lo cotidiano que te atrae salvaje hacia sí, como un agujero negro. Resuenan las palabras de Vico como un mantra: si hay algo más fuerte que el amor, es la costumbre.

Quizá se llegue a la amistad tras la renuncia. Tras la deserción de la esperanza, el abandono de la duda. Quizá cuando todo lo demás se gasta y se quema, el suelo no queda yermo, sino reducido a las bases, la complicidad, los recuerdos. Los fantasmas desaparecen, la pasión se desinfla, las bases de lo que había se quedan, enclenques, con otro aspecto, otra forma, y esa persona pasa a ser una más entre aquellos que llamas amigos, un actor más bien secundario, alguien a quien no volverías a tocar ni con un palo pero que mantienes junto a ti, porque habrá escrito un capítulo de tu historia y a los escritores hay que darles su lugar.

Yo no lo sé, no lo he vivido.

Jamás podría ser amiga de Milo. Olvidar sus dientes en mi clavícula y cómo me sentía completamente libre entre sus manos. Ignorar la sensación de que a su lado todo es factible, su meticuloso raciocinio y mis paradojas emocionales, su propensión a los números y todas mis letras. Conformarme con migajas de lo que fuimos.

No, no podría. Qué me quedaría entonces.

XXXVII

La gente ríe, celebra. Chispeante, enérgica. Se me acercan, «¡Felicidades!», y me abrazan, y me besan. La música está demasiado alta, no la escucho. Hay gente, gente en las escaleras, en el salón, en la cocina. Mucha gente. El jardín está lleno, yo vacía.

Dos globos dorados y gigantes flotan en la entrada, anunciando la fiesta.

¿Qué celebra toda esta gente? No lo sé. No lo sé.

Solo sé que cumplo años.

Cumplo años y no estás.

XXXVIII

Las luces palpitan al ritmo del techno. En la oscuridad deslumbrada afloran rostros intermitentes que sudan a cámara lenta. Bailo la cabeza de un lado a otro, autónoma de todo pensamiento, incapaz de recordar dónde he dejado el abrigo, la copa, la pena. Supongo que en algún lugar de Elephant and Castle.

Ribas reaparece. «¿Dónde has estado?» Su respuesta se ahoga bajo la mezcla sincronizada del DJ y alcanzo a distinguir un «¿Quieres?». Se acerca y me habla. Me erizo.

¿Por qué no? Es mi cumpleaños.

Aparta mi pelo, moja sus labios en mi piel transpirada. Trepa hasta mi mandíbula, se relame. Toca mi boca, con un dedo toca el borde de mi boca y me siento Maga. Me pinta los dientes de blanco con un polvo de tiza amargo.

Y seguimos allí, meciéndonos a un ritmo desfasado. Lo demás nos da igual.

XXXIX

Tengo un clavo en la frente que se empeña en taladrarme el cráneo. Despego los ojos y, de paso, mi brazo derecho del cuerpo que me da la espalda. Intento segregar saliva sin éxito.

Agua. Agua. Necesito agua.

Arrastro mi desnudez fuera de la cama y la náusea que me asalta me obliga a detenerme unos segundos. Despacio. Rescato una camiseta sucia del suelo y voy al baño. Bebo decalitros de agua fría directamente del grifo. Qué placer. Vuelvo al cuarto. Puf. Qué desastre. Sopeso varias veces la posibilidad de volver a meterme en la cama, solo para acabar descartándola cada una de ellas. Comienzo a hacer acopio de los pasos que dimos anoche y me visto con la agilidad que la resaca me permite.

Ribas duerme. Mi cabeza hace ruido.

XL

Era nuestro sitio. Una isla de rocas lisas y sombra de palmeras en un mar de césped de polietileno. Mi madre llevaba un bikini de flores azules y rosas, y unas gafas de sol de carey. Mi padre, ajeno, en un costado de su siesta en la tumbona junto a un libro, también dormido a la sombra. Pune, en cuclillas, con las manos trepadas de mariquitas. A su lado, yo comía sandía con una navaja suiza de plástico que incluía un tenedor, una cuchara y un cuchillo. La utilicé de cubierto ese verano entero, hasta que cumplí once años y sentí que ya era demasiado mayor para hacerlo.

—Quiero poder hablar con los animales —declaró Pune.

—¿Ese sería tu superpoder? —mi madre sonríe.

—Sí. ¿Y el tuyo, mamá?

—Convencer a cualquier persona de cualquier cosa.

He anhelado ese superpoder desde entonces. ¿Funcionaría si lo utilizase conmigo? Convencerme frente al espejo, no volver a dudar de mí. Ahora, en la fría estación de Mile End, cambiaría, apóstata, ese don por el teletransporte.

Subo al metro y atravieso el vagón. Una manía mía, adelantarme al sentido de la dirección. Próxima parada Bethnal Green. Menos mal que es temprano; normalmente no se cabe en la Central Line. Aún siento la náusea en la boca del estómago. Liverpool Street. Me bajo del tren en busca de aire, aire fresco, pero solo encuentro el aire de segunda mano que llena los túneles de la estación de Bank. Trasbordo hasta Monument para cambiar a la negra Northern Line. Esta vez, me agarro a una de las barras más cercanas a la salida y cierro los ojos. Mala idea. Moorgate. El grueso sudor frío me gotea por la espalda. Old Street. En una sacudida, llevo la mano hacia la boca y el vómito se derrama glutinoso entre la tela del abrigo y mi piel.

Angel. Mi parada.

XLI

Rastreo el fondo de mi bolso con la mano: tickets arrugados y barras de labios olvidadas. No logro encontrar el roce de metal frío. ¿Dónde están mis llaves? Acabo pulsando el timbre y Minseo abre la puerta. Me escanea desde un silencio arisco que me desaprueba. Seria, sujeta el carrito donde Sunoh ya está embutido en una especie de mono-anorak que hace que parezca una estrella de mar. Intento imaginar qué estará pensando. Creo que prefiero no saberlo. Cierra la puerta tras de sí, no dice cuándo va a volver. Intuyo que tarde.

Me gusta saberme sola en casa y anticipo el placer de una larga ducha. La necesito. Ya despejada, con ropa limpia y otro humor, meto el abrigo en la lavadora. Espero no tener que tirarlo.

Recuerdo el carrusel de luces. Fabio hablándole muy de cerca a un chico alto. Las escaleras al cuarto de Ribas. ¿Cómo se te ocurre, Creta?

Puta. Eres una puta.

Saco a patadas los pensamientos de mi cama y me envuelvo en el edredón.

Me echo una siesta de dos películas.

XLII

Las agitadas pisadas de Minseo se entreveran con mi sueño. Escucho una interrogación de lejos. Cobijada bajo el edredón, emito un sonido que quiere sonar a conformidad. Algo cae a mi lado y el colchón se hunde un poco. ¿¡Qué!? Me incorporo brusca, igual que el golpe de la puerta de mi cuarto al cerrarse. La claridad que entra por la ventana revela a Sunoh enfurruñado. ¿Me he quedado dormida? La culpabilidad me saca de la cama.

Le hablo mientras me visto a tientas. Repta penoso en mis sábanas. Lo cojo en brazos: tiene legañas, una erupción en la mejilla izquierda y huele a pis. Le libero del pijama y del pañal inflado y amarillento como una palomita de maíz. Decido prepararle un baño. Embadurno de cremas untuosas su piel escamada y le visto con esmero. Hundo mi nariz en el conjunto de rayas que he elegido hoy. Sunoh, explorador, aprovecha la cercanía y palpa mis párpados con sus palmas. Mi pequeño dragón.

Lo cargo escaleras arriba. Cómo pesa este niño. En la cocina, emulo a Minseo y le apoyo en mi cadera. Dejo que juegue con un par de tetinas recién salidas del esterilizador mientras caliento algo de agua. Afuera llueve, para variar. Echo tres cucharadas de leche en polvo y agito el biberón.

Escucho el sonido por defecto de la alarma de mi móvil. Las siete y cuarto. Es mi despertador.

Espero que me pague las horas extra.

XLIII

Prefiero la parte de arriba del bus. Será mi mitad aún turista.

Con la nariz casi pegada al cristal, me esfuerzo por registrar cada detalle en mi retina. Tal vez en el futuro podamos grabar lo que vemos, al más puro estilo *Black Mirror*. Horas y horas de cotidianidad ininterrumpida, como en una película de Éric Rohmer en la que la mayor parte del tiempo no pasa nada. O en la que pasa todo por dentro de lo que no se cuenta, y el espectador ha de adivinar. Lo idóneo sería que tuviéramos un botoncito, detrás de la oreja. Un interruptor con el que poder desactivar la grabación, conservar solo aquello que queremos que ocupe memoria. Ser más selectivos con el espacio que llenan las conversaciones, los recuerdos, las personas. Si no, un día te levantas con dolor de cuello de cargar de un lado a otro con esa cabeza atiborrada. ¿Y qué se supone que tengo que hacer con ese lastre? No es tan simple. Olvidar exige una dedicación absoluta. Desbrozar emociones, ideas, hacer rastrojos. Reciclar costumbres. Crear huecos para cosas nuevas.

Enter / Delete.

Hoy me encuentro con fuerzas para no pensar en ti.

Decido bajar en Oxford Street. Expulso vaho. Dan ganas de frotarlo en el aire para ver todo más limpio. Sonrío al recordarme aspirando con Pune la boquilla de un cigarro invisible, que sosteníamos entre el corazón y el anular, imitando a Otto. ¿Quién no ha jugado a fumarse el aire alguna vez?

Casi piso los pasos de la señora que anda delante de mí. Tuerzo hacia Regent Street y delineo la curva que conforman sus edificios altos y rigurosamente clásicos. Paso Picadilly y varias tiendas de souvenirs en las que venden, una tras otra, los mismos artículos trillados saturando sus escaparates. Hago una breve parada en uno de los Pret a Manger que plagan la ciudad para comprar un flat white y un croissant, y continúo hasta Trafalgar Square. La fachada de la National Gallery me invita a entrar.

Algo hermoso puede surgir de las derrotas.

XLIV

Desterrada. Expulsada. Vetada. Me han bloqueado la cuenta de Tinder.

En tono dramático, le comienzo a relatar a Fabio lo que acaba de pasar mientras recorro el pasillo que lleva al salón de la casa de Mile End.

—Me meto en la aplicación y salta un mensaje que afirma que he infringido los términos y condiciones de uso de la aplicación. ¡Lo afirma! No deja lugar a la duda, a la revisión, a la presunción de inocencia. Eso es algo que no existe en el mundo de las citas online, Fabio. He leído las normas varias veces, y sigo sin identificar qué infracción he cometido. Mira, mira, te leo:

»Tinder no es para:

»Desnudos / contenido sexual

»Acoso

»Violencia y daños físicos

»Información privada

»Spam

»Publicidad y ¡PROSTITUCIÓN!

»¡Prostitución y tráfico de personas! ¡Flipa!

Fabio solo alcanza a decir «Creta, tía, estas cosas no le pasan a nadie más» sofocado por la risa.

Continúo mi discurso:

—Me condenan a la soledad eterna. Me han arrebatado el derecho a rechazar a la gente. ¡A mí, que al menos doy una explicación!

Fabio añade:

—¿Entonces? ¿Será una señal del universo? ¿O es un fallo en un sistema de seguridad de dudosa eficiencia?

Nos contagiamos las carcajadas el uno al otro y nos doblamos, sin aire dentro, rotos de risa en el sofá mostaza. La risa se calma entre suspiros y lágrimas limpias en los ojos, y en ese momento de complicidad, me besa.

Me da un beso delicado, de cristal, que no acaba de romper en mis labios.

Le acaricio con ternura la mejilla. Le digo y no le digo con los ojos.

—Me voy a casa. Minseo se estará preguntando dónde estoy. Dile a Ribas que he estado aquí, ¿vale?

XLV

F.

Leo un libro y no leo su contenido: la leo a ella en cada línea. En cada subordinada, su hablar pausado. Sus lunares en cada punto y seguido. Abandono el libro sobre las sábanas. Derrotado, partido en dos, como una tienda de campaña. Sonámbulo en vela, floto hasta el salón. La busco en la estancia vacía. En el centro, el sofá de tres plazas color mostaza. Lo miro fijamente, empeñado en verlo. Y está ahí, justo ahí, pero yo no lo veo: veo a Creta en el sofá. Su piel pálida en la tapicería, sus brazos de espuma. Mi reflejo en ella, dos siameses en el fondo, en los sentimientos, en las palabras. Fabio y Creta. Creta y Fabio.

No ha dicho nada del beso. ¿Habrá sido un sueño?

Con la firme intención de hundir este delirio en agua fría, me dirijo hacia el baño. Aparto la cortina de la ducha y los azulejos blanquecinos frente a mí desaparecen.

XLVI

Estoy cubierta de polvos de talco.

Se ha levantado con la piel irritada de ronchas redondas, rojizas, rugosas. Le he embadurnado en cremas y ahora huele a Talquistina debajo de unas mangas que terminan en manoplas y no dejan que se rasque los picores. No puedo quitarle el ojo de encima. Con boca, pies y contorsiones, explora formas de liberarse. Nadie me había advertido del ingenio de los bebés de un año.

Estoy cubierta de polvos de talco y tengo treinta y nueve de fiebre.

Me siento sobre la alfombra-puzle de goma e intento distraerle con juegos, sin dejar que se acerque demasiado. Minseo se ha ido de fin de semana y tengo que estar con él cuarenta y ocho horas. ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir? Tengo dos esferas en carne viva apretadas dentro del cuello, la una contra la otra, dos bolas llenas de espinas que me pinchan rabiosas cada vez que trago saliva.

Sunoh se tumba bocabajo y culebrea hasta mis piernas. Está insoportable. Me babea la rodilla y hace chasquidos de queja. Pongo las manos bajo sus axilas para incorporarlo, cuando noto sus dientes minúsculos clavándose en mi piel. Grito. Su llanto enrabietado me perfora los tímpanos. Mierda, me he destrozado la garganta. Por favor, deja de llorar, me duele la cabeza.

¿Me ha hecho caso?

¿Sunoh? No, no, no. ¡Abre la boca, Sunoh! Le abro la boca apretándole las mejillas con una mano e inspeccionando con los dedos de la otra. No veo nada. Pero se está ahogando.

Le cojo en brazos, le doy palmadas en la espalda. Pero ¿qué se ha metido en la boca? Si no tenía comida cerca, si no hay ningún juguete en el suelo. Joder, joder, joder. Mi cabeza a mil por hora, el corazón le sigue. Descalza, corro hasta la puerta de casa con Sunoh contra el pecho, lista para pedir ayuda en arameo si hace falta.

Bajo los primeros escalones. Rompe a llorar, y me detengo.

Una lucidez irreflexiva me recuerda las palabras de mi madre tras uno de los ataques de asma de Pune. «Si llora es que respira.»

Solloza fuerte agarrado a mí, igual de fuerte que aferran sus brazos

mi cuello hinchado. No quiere que lo suelte, yo tampoco quiero soltarlo. Lo acuno de un lado a otro mientras le tarareo lo primero que me viene a la mente, confundida, en algún lugar ancestral entre el alivio de saber que el peligro ha pasado y un grave instinto de protección. Danzo semicírculos con el torso, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Su respiración se ralentiza. Pasa una hora hasta que se duerme, por fin, con un mechón de mi pelo apretado dentro de su puño.

Me siento al lado de la cuna y vigilo su sueño a través de los gruesos barrotes de madera lacada. Marco el número de Minseo. Primer tono de llamada. Me va a echar a la calle. Soy un desastre. Segundo tono de llamada. Le llega a pasar algo y no sé qué hago.

No sabes ni cuidar de ti misma, ¿cómo has pensado que ibas a poder cuidar de un bebé? No haces nada bien.

Tienes razón, tienes razón.

Al tercer tono de llamada, Minseo contesta el teléfono. Me tiembla la voz mientras explico lo que acaba de pasar. Al otro lado de la línea, escucho un calmo «Oh! No worries», y algo que se traduciría como: «Tiene asma, ¿no te lo había dicho?».

XLVII

R.

—Joder, ¿estabas esperando detrás de la puerta?

Por la cara que pone y su mirada vidriosa, entiendo que no está el horno para bollos. Creta recorre nerviosa el espacio de un lado a otro, sobando el colgante que lleva en el cuello. Empieza a hablar rápido, a contarme con detalles lo que me ha explicado de forma breve por teléfono: que el niño tiene asma, que nadie le había dicho nada, que creía que se ahogaba, que es una inútil, que cómo va a cuidar ella de un bebé.

No está enfadada y no lo entiendo. Yo estaría cagándome en Minseo y en su puta escapada de fin de semana. Pero la tía encima se siente mal, se culpa por lo que acaba de pasar, por no tener todo bajo control, por no haber sabido adivinar lo que sucedía. Me siento en el sofá y espero a que termine de desahogarse.

Afloja el gesto. Aprovecha para tragar un paracetamol con un gran vaso de agua y ponerse el termómetro. Coño, qué frágil parece. Al pitido le sigue un «Al menos me ha bajado un poco la fiebre» y se sienta a mi lado. Después, sin venir a cuento, me da un abrazo. Noto su piel caliente contra mí y su pecho suelto debajo del jersey ancho que lleva puesto.

Inspiro. Joder, qué bien huele.

Cuando se aparta, la observo de arriba abajo: las mejillas todavía algo enrojecidas, la curva de su cadera, las cejas pobladas, los dedos largos y finos. Me gusta lo que veo.

—Anda, vamos a la cocina, llorona. Voy a prepararte una infusión que te va a curar todos los males.

Caliento agua, corto jengibre y una rodaja de limón. Añado también un poco de miel, es buena para la garganta. Lo sabe todo el mundo, ¿ella no? Preparo un café para mí, y bajamos a su habitación. Quiere estar cerca de la de Sunoh por si pasa algo.

Tumbados en el sofá cama y con el baby monitor entre nosotros, le hablo de Madrid, de mi madre, de Laura, del nudo, del peso en los hombros. Me pide que le acaricie el pelo. Su respiración se vuelve más

lenta y pesada, e intuyo que se ha quedado dormida.

Aprovecho para ojearla de nuevo.

No hay una gota de maquillaje en su cara de niña, con el pelo castaño revuelto por mis caricias. En ese momento, esta tía febril es la cosa más dulce del planeta.

Joder, se va a liar.

XLVIII

Meto las medias en el congelador cinco minutos antes de ponérmelas. Me lo aconsejó hace años la dueña de una mercería. Era una señora antigua, con el pelo ahuecado y quieto gracias a los litros de laca que probablemente seguirá usando cada mañana. Afirmaba que así las medias aguantan más tiempo. Sabía de lo que hablaba. Así que cinco minutos antes de ponérmelas las guardo dentro de ese cajón de hielo.

He perdido el tren. Me miro los pies mientras espero al siguiente. Quedan bien con la falda larga vaquera, la camisa blanca y el abrigo cámel que cruzo para defenderme cuando llega una corriente de aire. No son un guante, me aprietan los meñiques y me rozan el empeine. Puede que ponerme los botines de tacón no haya sido la mejor idea que he tenido hoy.

Un pensamiento cruza mi mente: menos mal que Fabio no ha dicho nada del beso.

Miro la hora. Las cinco y diez. Mierda.

Abro WhatsApp y vuelvo a leer el último mensaje de Ribas: «A las cinco en la estación de Bank».

Algo ha cambiado desde que se quedó a pasar la noche conmigo. Me puso un paño húmedo en la frente cuando me subió la fiebre de madrugada. Me desperté arropada por su abrazo y nos quedamos en silencio. Respirándonos en penumbra. No hacía falta decir nada. Salió a comprar croissants para desayunar mientras yo le daba el biberón a Sunoh. Nos escoltó después de paseo hasta Shoreditch Park. Le gustó mi idea de hacer un pícnic un día que el sol también pueda acompañarnos. Ahora hablamos un rato cada día. Suele llamarme de camino al trabajo. Hablamos de ilusiones, de miedos, de inquietudes.

Las puertas del vagón se abren frente a mí y aviso a Ribas de que voy con retraso. Me pinto los labios frente a la pantalla oscura del móvil, cuento las paradas que faltan hasta la mía, respiro hondo. No consigo aplacar los nervios. Está esperando en el andén cuando llego.

—Eres una tardona.

Me decepciona que no comente nada sobre mi aspecto.

Avanzamos hacia la salida. Me habla casi sin girarse. Yo le sigo,

dejando que la chaqueta de cuero que le aprieta en la espalda me sirva de referencia. Cruzamos el Támesis en perpendicular por el London Bridge y callejeamos banales hasta llegar al Borough Market. Al atravesar la entrada, una gama de sonidos y olores me inunda: sidra, hamburguesas, café, pan recién hecho. Tengo que resistirme a parar en cada puesto del mercado para no perder a Ribas de vista.

Anda rápido, huyendo. ¿Por qué está tan lejos? Los pies me están matando cuando llegamos al Wheatsheaf Pub. Pido una Guinness.

Habla del trabajo, que vaya semana, joder, que no paran de llegar camiones, que la espalda le está matando. Le escucho paciente, apoyada en la barra, y noto la garganta seca, y bebo y bebo hasta que me doy cuenta de que me he acabado la cerveza en tiempo récord y sin abrir la boca. Con la segunda Guinness me noto más relajada. Hablo más, me río alto. A mitad de la tercera me disculpo para ir al baño. Me miro en el espejo. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Todo va bien, nos estamos riendo. No hay que forzar. No hay prisa, no hay prisa.

Vuelvo a la barra y veo a Marco, a James, a Fabio, a Marie, a Katie. A Ribas hablando cerca con una chica alta. Está de pie frente al taburete en el que él está sentado, ocupando el espacio que hay entre sus demasiado separadas piernas, y reposa los brazos en sus hombros mientras echa la cabeza hacia atrás al reírse. Pasa un rato hasta que se percata de mi presencia. Evita mirarme.

—Les he dicho que estábamos aquí.

Fabio me saluda tímido y me quedo junto a Marie y Katie. Intento prestar atención a lo que dicen, no mirar a Ribas. Pero en mi cabeza escucho en bucle: *Eres ridícula. Eres ridícula.*

Pido otra Guinness. Otra. Y otra más. El móvil se me cae al suelo y al agacharme pierdo el equilibrio. Putos botines. Me escondo en el abrigo y embozada en su cobijo cámel salgo a tomar el aire.

Los fumadores rodean la puerta. Me aparto a un lado, me alejo del humo que tirita blanco en el aire. Hace frío. Estoy mareada. ¿Por qué sigo aquí? Paso de esta gente. Me voy a mi casa. No tendría que haber venido.

Ribas sale con un cigarro en la boca. Le sigue la chica del bar.

—Oye, tú, ¿adónde vas?

—A ti qué más te da.

—A ver, Rocky, no quiero peleas. Y dicho sea de paso, tampoco quiero nada serio. No sé si es que te creías que esto era una cita o algo así.

—Que te den, Ribas.

Me miro los botines apretados mientras espero el tren en el andén.

Una carrera asoma al lado de la cremallera.

XLIX

R.

No puedo salir. Es que no puedo, joder.

El problema mayor es que estaba allí Federica. Y claro, que si una birra…, que si otra…, que si un abrazo…, y ese gesto que hace con la boca.

Si no pasó nada. Pero casi. Casi pasa. La tarjeta roja estaba a punto. Pero, claro, Creta allí, mirando.

Seré gilipollas. Maduraré algún día. Supongo. O me quedaré más solo que la una, joder.

Contra las cuerdas. Hasta la polla de estar siempre contra las cuerdas.

L

Sunoh explora el jardín con pasitos cortos, torpes. Ando detrás de él, encorvada, con los brazos estirados y las manos abiertas, lo más cerca posible de su cuerpo, para parar la caída cuando tropiece. Porque lo hará.

Se agacha cerca del rosal. Le imito. Estira el índice y lo hunde en la tierra húmeda. La tierra se pega a su piel y se mete debajo de su uña minúscula. Sunoh balbucea, con el índice aún estirado que intercepto a tiempo, en pleno recorrido hacia su boca. Le limpio la mano con una toallita. Se incorpora y vuelve torpe hacia el porche que preside el jardín. Golpea la madera con las manos y se gira hacia mí. Da unos cuantos pasos, tropieza. Llega hasta el rosal, toca la tierra. Evito que se meta porquería en la boca, y vuelta a empezar.

Hay algo reparador en esta secuencia. La tranquilidad de saber lo que viene después.

Le miro, redondo en su anorak. Le estoy cogiendo cariño a este crío. En este oasis de césped, tierra y rosal, nada nos puede pasar.

Mi pequeño dragón. Estamos a salvo.

LI

El móvil vibra con una llamada entrante de Ribas. Hace un par de semanas que ignoro sus mensajes. Pero echo de menos el jardín de Mile End.

—¿Qué quieres?

—Baja los guantes, Tyson. Quiero saber si estás bien.

—No es tu trabajo preocuparte por mí.

—No, no es trabajo. Es vocación —añade—. Joder, Creta, qué borde eres.

No puedo aguantar la risa.

—Venga, arréglate. Quiero llevarte a un sitio.

LII

Ribas es un hombre mapa.

Tiene caminos grabados en el cerebro. Improvisa, claro, conoce los atajos, sabe dónde acaba cada avenida, cuáles son los callejones sin salida, los que desembocan en una sorpresa.

No insiste en la discusión que tuvimos ni en mis dos semanas de silencio. Elige otro itinerario.

El pub tiene un patio exterior con suelo de piedra. La gente bebe pintas en mesas de jardín con bancos continuos de madera, en una pantalla enorme están proyectando partidos de rugby. Me siento en el primer sitio libre que encontramos y él entra a por dos cervezas artesanales de unos chicos de Greenwich, reitera que son una pasada. Mientras espero, me empapo del ambiente que me rodea, de las conversaciones ajenas, de las guirnaldas de luces que atraviesan el cielo.

—Sabía que te iba a gustar. Eres como una polilla.

La cerveza está un poco amarga, pero, después del primer sorbo, me limito a asentir y a repetir sus palabras: una pasada. El lugar se llena de silbidos cuando los All Blacks inician su haka. Me encanta esa coreografía para intimidar al contrincante: los golpes en antebrazo y pecho, la ferocidad de sus caras sacando la lengua, la sincronización entre los miembros del equipo. Me contagio de la energía previa al juego y algo cambia al fondo de mi mirada.

Otras dos cervezas después, me inclino hacia él y con el cuerpo le digo que estoy de acuerdo con sus condiciones. Quiero dejarme llevar. Sin sobreanalizar, sin ataduras.

Ribas hace que me sienta libre.

Me inclino un poco más y le beso en son de paz. No le sorprende. De alguna forma, es el final del recorrido que había marcado para hoy. Me devuelve el beso y se ríe, se ríe fuerte con los labios cerrados, apretados contra los míos.

—Ribas, ¿puedo llamarte Pablo?

Su expresión mezcla curiosidad y extrañeza.

—Vale. Pero cuando estemos a solas.

LIII

R.

Me parece la puta hostia de mujer. Me parece la puta hostia y encima es preciosa. Y, joder, le borraría la punta del lunar de la nariz a besos.

Contesta a mi llamada al segundo tono.

—¿Dónde andas, Creta?

—En mi casa.

—Ojalá en la mía. Vente, por Dios.

Al otro lado del teléfono, su risa de cascabel.

LIV

La falta es necesaria.

La falta nos convierte en seres deseantes.

LV

Tabby McTat, The Musical Cat. Me sorprende que tenga la capacidad de reconocer los dibujos de la portada. ¿Tendrán los demás niños de un año noción de pertenencia también? Sabe que es su cuento. Su cuento favorito. Y yo soy un mero medio para llegar a su contenido. Lo golpea con la mano abierta, emitiendo sonidos vocales, impaciente. Es la señal. Obediente, coloco a Sunoh en mi regazo, con su espalda pegada a mi cuerpo, y le rodeo con ambos brazos para que pueda ver al gato musical mientras le leo una historia que ya podría recitar de memoria. Mantengo el libro bajo, extendido. Mi cabeza cerca de la suya. La forma en la que imito el ronroneo felino le hace reír.

Pero hoy su risa no estalla tintineante. Ignora mis maullidos. Tira de las páginas, se gira hacia mí, revuelto. Me trepa con besos en la cara sin cerrar los labios; mimoso, me tira del colgante; con babas me llora. Casi como si entendiera lo que está pasando. Casi como si intuyera que estas son las últimas horas que vamos a compartir.

Le aseguro bajito que nos volveremos a ver, sin identificar si estoy haciendo esto por mí o por él. Abrazo su olor. Creí que tendría más tiempo para despedirme. Ese era el plan. Quedarme con ellos hasta mayo, hasta que encontrase trabajo. Reducir horas paulatinamente, ayudar con Sunoh los fines de semana. Una salida planificada. Minseo me deseó suerte el día que salí temprano a repartir fotocopias de mi currículum por Mayfair. Encontrar trabajo en Londres es complicado, me dijo. Pero la dueña de la boutique estaba allí, había una vacante, era mía si la quería.

¿La quería? Podría volver. Las botellas de rueda que sudan frías en las comidas familiares. Al amor apretado de mi padre, la atenta mirada de mi madre, los ataques de risa con Pune. Volver a las sobremesas con Cami, las jarras de tinto de verano con Vico y Edo. A mi vida. ¿Acaso no estaba extinto ese lugar? Mi vida era con él. A eso no podía regresar.

A veces se abre una ventana y hay que saltar.

Mañana. El desagrado contenido, empujado hacia el fondo, de la misma forma en que se empuja una arcada que sube cuando no hay un

baño cerca. «Mañana tienes que irte. Mañana», repitió. Fue una suerte de intercambio de putadas. Tú me dejas sin niñera, yo te dejo sin casa. Estuve de acuerdo. ¿Tenía otra opción?

No te hagas la víctima.

Las once en punto, el Uber está en camino.

Con una maleta en cada mano y a la espalda una mochila que amenaza con tirarme escaleras abajo, desciendo como puedo. Antes de subir al coche, echo un último vistazo al edificio con fachada de ladrillo seco y puerta de entrada roja. Me llevo también el olor dormido de mi pequeño dragón.

Sobre mis piernas, la mochila me fija al asiento trasero e impide que salga flotando. Estoy mareada. Cierro los ojos y dejo que el aire que entra por la ventanilla a medio abrir se rompa en mi cara y me entre a borbotones por la nariz.

Abro los ojos. Fabio aguarda frente al portal: un ángel que me sonríe.

LVI

—Ribas está de camino —aclara Fabio.

Me ayuda a arrastrar dentro mi equipaje, que deja amontonado en el pasillo entorpeciendo el paso. Marco y James salen de la cocina, me ofrecen café recién hecho y no se pierden detalle de la historia de mi despido fulminante como au pair.

—Las flores las ha comprado Fabio —explica Ribas a voces mientras cierra tras de sí la puerta de la entrada. Todavía lleva la prisa puesta.

Me fijo en las margaritas, unidas en ramo por un fino cordel de yute, en un jarrón de vidrio incoloro colocado sobre la mesa.

James se incorpora, sube las escaleras hacia su habitación y cierra la puerta. Marco mira el reloj y, tras un precipitado «Merda! Sono in ritardo», sale de casa. Fabio recoge las tazas vacías y las lleva de vuelta a la cocina.

Seco el par de lágrimas que se me han escapado con el dorso de la mano.

—Puedes quedarte con nosotros el tiempo que necesites. Siempre que no te acomodes demasiado.

—Muchas gracias. —Aún sentada, doy un par de botecitos sobre el sofá y añado—: Tiene pinta de que se duerme bien aquí.

Sin mediar palabra, Ribas se levanta y camina hasta mis cosas. Coge las maletas a pulso y sube hacia su cuarto.

Dudo un momento entre esperar aquí o seguirle. Desde el final de las escaleras, grita:

—¿De verdad pensabas que iba a dejar que durmieses en el salón?

LVII

El moho crece en las esquinas del techo amarillento. Se escucha de lejos el ruido de lo cotidiano: el sonido metálico de una taza que se deja en el fregadero, pasos por la escalera, la amortiguación seca de la goma de la nevera cuando la puerta se cierra. Pam.

¿Qué coño haces ahí? Das pena.

Echo un vistazo a la estancia casi vacía y vuelvo a dejar caer la cabeza sobre la almohada. Anoche me coloqué delante del bidé para lavarme los dientes y miré hacia abajo al sentir una humedad desagradable en la planta del pie. Moqueta en el cuarto de baño. A quién se le ocurre. Me recuerda a un episodio de uno de esos programas en los que reforman casas. *Tu casa a juicio* o *La casa de mis sueños*. Si los gemelos Scott vieran esto, quitarían la moqueta y encontrarían el suelo ennegrecido, manchado de Dios sabe qué.

Miro mis pantalones rosas con dibujos de corazones mientras me abrocho los botones de la camisa a juego. Salgo con mi ropa entre los brazos y la intención de comprar pijamas y unas zapatillas.

Ribas estira las sábanas con fuerza.

—¿Cuál es tu lado?

—Ese. Ya lo sabes —responde con gesto burlón.

Encojo los hombros y me acuesto.

Empieza a desnudarse, ágil, desinhibido. Se desplaza por la habitación sin prisa, dueño del espacio que ocupa, con cierto afán exhibicionista. Conoce el atractivo de su trabajado cuerpo. Sacude una camiseta vieja que se pone antes de meterse en la cama en la que, tensa, le espero.

—Mañana no tengo que trabajar —dice en su empeño por naturalizar la situación.

—¿Y eso?

—Es bank holiday. Festivo. Así que nada, tenemos finde largo. ¿Cuándo empiezas tú en el curro nuevo?

—El martes.

Mantenemos un rato la charla banal y tras un «Estarás cansada» apaga la luz. El colchón rebota al más mínimo movimiento,

rechazando el peso de mi cuerpo. Me refugio en el borde de la cama e intento ocupar el menor espacio posible, hacerme diminuta, no molestar.

Procuro relajarme. Aflojar la mandíbula, notar el peso de los párpados. Qué mal se me da dormir en camas nuevas.

Noto algo. Me digo que ha debido calcular mal el espacio, que me ha rozado sin querer con el pie. Estoy invadiendo su cama. Recojo las piernas e intento no estorbar. La segunda vez la caricia es más larga. En la oscuridad, se acerca un poco más e insiste. Rígida, aprieto los muslos. Las paredes retumban con mis latidos. Me centro en controlar la respiración, en no confundir gratitud con deseo.

Inspiro. Más despacio. Espiro. Inspiro. Espiro. Inspiro… Me despierta la luz entrando por la ventana.

Ribas está tumbado hacia mí, su cabeza a la altura de mi hombro. Deslizo mi cuerpo, me atrinchero más hondo bajo el edredón. Coloco la nariz a la altura de la suya. Descansan la peca de la mejilla, su carisma dormido. Intimida menos así.

Como si estuviera escuchando mis pensamientos, con el brazo me acerca hacia él. Murmura un «Buenos días» con los ojos pegados.

—Pablo… —empiezo a decir.

—Dime —dice mientras abre un ojo y me mira pirata.

—Voy a hacer café.

De un salto, salgo de la cama y me escabullo a la cocina.

LVIII

Un día te contaré todo. Te contaré que cierro los ojos y veo tanto que tengo que abrirlos para llenarlos de tinieblas. Te contaré que tengo varias conversaciones simultáneas en la cabeza. Conversaciones pasadas, conversaciones presentes, conversaciones posibles. Te contaré que las meditaciones me ponen histérica y rara vez consigo acabarlas, y cómo escribo esto metida en la cama, contigo al lado y la luz apagada, tecleando en el móvil pensamientos que me derrapan por el lóbulo frontal.

Un día te mostraré el mundo que hay dentro de mí, las paranoias, la ansiedad, los poemas que me construyen, la inagotable esperanza. Te encerraré en mi cabeza para que puedas sentir el pálpito de mis sienes cuando las apoyo en la almohada, el mareo por la velocidad, y yo aquí, sin poder agarrarme a nada. Entonces sabrás que he llorado pensando en ti porque me formas un nudo en la garganta y no sé si quiero que me abraces o no verte nunca más. Sabrás que con quince años estaba borracha, y un compañero del colegio me metió en un cuarto y me tocó viscoso con sus dedos grandes y cuadrados. Fue repulsivo y el sentimiento de culpa me selló los labios. Sabrás que cuando me despierte me habré pasado la noche pensando y el eco de mis obsesiones resonará como resuena la música demasiado alta en una discoteca, y habré soñado con Fabio y contigo y con Milo, y pensaré que me estoy volviendo loca, si es que no lo estoy ya.

No podré esconderlo, porque estarás dentro y lo sabrás todo.

Así, allí al menos, podré agarrarme a ti.

LIX

Pasé las mañanas estivales de los años de universidad en la librería Melville con el exlibris de una ballena en el escaparate. Edo decía que ese trabajo me hacía parecer la protagonista de una película de Woody Allen. Adoraba el olor a papel impreso, el aroma negro de la tinta, las tapas rígidas, los ratos muertos ojeando poemarios abiertos por cualquier verso. Estaba lejos de ser rentable: la mayor parte de mi sueldo acababa reinvertido en aquel lugar. La cantidad de dinero que regresaba a su origen era proporcional al número de libros que llenaban mi habitación. Una herencia de mi padre, como una especie de ADN de perfiles alineados.

Recuerdo un verano en concreto. Milo argumentaba su necesidad de espacio, la urgencia por pulsar el botón de pausa. No entendí sus razones entonces ni tampoco las entiendo ahora. En aquel estado de parálisis sentimental, opté por aferrarme a los buenos momentos que una vez me hicieron feliz. Vigilaba expectante la puerta de la librería anticipando el ramo de flores, el gesto angustiado, la confirmación de que ese espacio solo había servido para poner de manifiesto el malestar que le provocaba mi ausencia. Pero pasaron los días y la única cara conocida que cruzó aquella puerta fue la de mi abuela.

—Tu madre dice que has dejado de comer.

Volvió cada día del mes julio. Me invitaba a granizado en mis descansos y yo recogía el mimo con gusto. Sentadas en un banco, le pedía que volviese a contarme las historias de su infancia en el internado y recordábamos las noches que me quedaba a dormir en su piso y comíamos sandía en la terraza. Después, retomaba el trabajo en la librería con otro ánimo. Al solear agosto, ya no vigilaba la puerta.

En uno de esos encuentros, mi abuela sacó del bolso una cajita envuelta en papel de regalo.

—Ábrelo, es para ti.

Contenía una cadena fina de oro de la que colgaba una medalla con un brillante en el centro. Le pregunté el motivo de ese regalo. Me besó en la frente y no respondió a mi pregunta.

Sus manos olían a colonia de limón.

El uno de septiembre recibí una llamada de mi madre. Mi abuela tenía cáncer de pulmón. Debían operarla y empezar el tratamiento cuanto antes. Nada más colgar, marqué el número de Milo. Ese jueves vino a recogerme al trabajo. El tan esperado ramo de flores y el gesto angustiado no pudieron consolarme.

Empezó así una época marcada por ingresos y altas de hospital. Mis padres intentaban ganarle ánimos a la preocupación y el cansancio. Pune pospuso su entrada en la universidad y decidió echar una mano con la revista. Milo se volcó en nuestra relación: solía acompañarme en los horarios de visita, era más cariñoso, abandonó los ataques de celos.

La enfermedad avanzó rápido.

Tumbada en aquella cama de hospital parecía una niña frágil y arrugada. La abracé y metiendo la cabeza en su cuello, quise robar de su olor las últimas gotas de limón que quedaran en ella. Susurré un «Todo va a ir bien» con los papeles cambiados. Mi abuelo se acercó y besó el dorso de sus manos. Hasta entonces habíamos creído que estábamos por encima de aquella ley de vida. Cuando a las pocas horas murió, comprendí que éramos mortales.

¿Para esto has estudiado una carrera? Cualquiera podría trabajar en una tienda.

Nerviosa, echo un último vistazo al espejo del cuarto de empleados de la boutique. El pelo recogido en un moño bajo, las uñas sin color. Me coloco los pantalones chinos, negros, perfectamente planchados y me calzo unas bailarinas a juego. Me llevo la mano al pecho y me aseguro de que mi colgante ha quedado oculto. No nos permiten llevar anillos ni colgantes ni nada que pueda distraer al cliente. Tenemos que dar una imagen de absoluta elegancia y pulcritud.

Acomodo el prominente lazo al cuello de la camisa blanca. Es lo único llamativo del sobrio uniforme de la tienda de Mayfair.

«Mi niña, tú no has nacido para pasar desapercibida», solía decir. A mi abuela le habría gustado.

LX

No sé hablar de la muerte. Ni de los hombres trajeados de la funeraria, frente a los familiares deshechos, descarnados. Hablan de certificados, autorizaciones, transferencias bancarias. Mi madre asiente y firma, asiente y firma. Pone cara de estar escuchándolos. Pero no lo hace. Escucha el lamento de mi abuelo, que se cubre la cara con las manos mientras llora.

El dolor es una onda expansiva. Nace en un pinchazo y su terrible eco rebota en cada membrana, en cada recoveco de su ajada anatomía.

—Podéis entrar a despediros.

No sé despedirme de alguien que no está.

No sé despedirme de alguien que está, pero de otra forma.

No lo tengo claro.

LXI

La luz azulada de las sirenas policiales entra por la ventana. Me pregunto si pasan más de diez coches patrulla al día. Puede que exagere. Que el estruendo de los cantos de sirena me parezca demasiado. Demasiado fuerte, demasiado cercano. La casa duerme. Desciendo las escaleras hacia la cocina, preparo café. La nevera está vacía. Huele a frío. Aún con el pijama puesto, me calzo el anorak de Ribas. No le importará que se lo coja prestado.

Salgo a la calle y desde la puerta principal Mile End Road parece otra. El suelo, todavía mojado, me da los buenos días. Inspiro húmedo y permanezco ahí unos minutos, de pie, delante de la puerta de la casa de Mile End. La gente en Londres anda rápido, como si les persiguiese el tiempo y, a la vez, el tiempo huyera de ellos. Advierto a un par de mujeres vestidas de oficina: camisas blancas almidonadas, faldas de tubo con las que dan pasitos de geisha con piernas delgadísimas que terminan en un par de zapatillas Nike. Pasan también hombres en traje con maletines de cuero marrón, amigos con esterillas al hombro que acuden a una clase de yoga al otro lado de la línea central, jóvenes con bolsas lilas colgando de los ojos. Todos son conejos en el país de las maravillas. «Llego tarde, llego tarde.»

Una estudiante se instala a la altura donde estoy parada. Lleva una bolsa de tela, que suelta en el suelo mientras se coloca un asa de la mochila que le había resbalado por el abrigo. Después, esconde con mimo un par de mechones de pelo que habían escapado al hiyab y retoma su camino con brío. Me pongo en marcha y decido seguirla. Se mete en la boca de metro, y nuestros caminos se separan. Me apetece andar y recuerdo el pijama bajo el anorak.

Continúo calle abajo, sin un destino fijo. Los letreros de letras rojas, verdes, azules, naranjas y blancas de los establecimientos del barrio me saludan al pasar. Me detengo ante un escaparate de aspecto descuidado. La tienda está en penumbra, pero las cajas rebosantes de frutas y verduras frescas hacen que me decida a entrar. Es la única abierta a estas horas. Un gruñido es lo que me responde el señor detrás del mostrador cuando le saludo mientras aparta con manotazos

desganados a la mosca que le ronda. Le rodean una gran variedad de dulces de hojaldre, dispuestos uno al lado del otro, expuestos en una fila perfecta.

Los plátanos tienen buena pinta. Tanteando con los dedos, alcanzo los menos maduros al fondo. Cojo también pan bimbo, un par de paquetes de pasta, tomates cherry, queso rallado y mantequilla de un viejo frigorífico que encuentro al fondo. Ya iré al súper más tarde a comprar el resto.

Detrás del mostrador, veo una caja de dátiles. Gordos, brillantes, goteando sirope, en cuencos de papel individuales. Los señalo, y el encargado responde: «Medjool?». Le pregunto si puedo cogerlos yo misma. Elijo seis con esmero, las seis golosinas más apetitosas de la caja de dátiles. Pago lo que debo y salgo de allí.

La mosca vuela de un dulce a otro. Se frota las patas para sacudirse la miel.

LXII

La vida es llevar bolsas de un lado a otro: cuando las cosas van mejor, de El Corte Inglés; cuando van un poco peor, de Lidl. Lo aprendí de mi madre. Ella lo aprendió de la suya. Es una teoría familiar y casera de la que ahora difiero.

Vuelvo a casa cargada de bolsas de Lidl. Y la vida nunca me ha ido mejor.

LXIII

Su lengua baila en la circunferencia oscura de mis pezones. Insistente, queriendo difuminarla, rebañando el sabor del rocío en mi piel. Piel blanca como la leche.

Su lengua es un ente vivo que se le escapa de la boca. Se retuerce mientras se desvía hacia mi costado, empuja los apretados labios para abrirse paso y morder el relieve de mis costillas. Se detiene a lamer después la marca roja de sus dientes en mi piel, mi piel de leche.

Su lengua, un animal que anhela carne y huesos. Se precipita deslizándose con prisa por mi vientre hasta llegar a la pelvis mientras sus manos enmarcan el perímetro de mí que besa, lame, chupa y muerde.

Y busca, busca enloquecida mi sexo.

Muerta de sed.

LXIV

Una vez al mes doy gracias. Doy gracias en alto, a Dios, al Universo, a la vida que no se está gestando dentro de mí.

No quiero hijos si no son tuyos.

LXV

La pantalla en negro da paso a unas montañas nevadas con filtro añil. De fondo, una melodía instrumental, grave. Varias secuencias del páramo helado preceden la tipografía amarilla: THE 8th FILM BY QUENTIN TARANTINO.

Los domingos las películas se ven en pijama.

Ribas prefiere el lado izquierdo del sofá mostaza. Descansa el peso de su cabeza en su mano y empuja el reposabrazos con el codo. Los pies, anchos, grandes, cruzados sobre la mesa. Estirada, ocupo el espacio que queda con su muslo de almohada.

Kurt Russell y Samuel L. Jackson fuman en pipa. Fabio abre la puerta del salón. Me gusta el chasquido que suena al morder la madera cuando la pipa regresa a la boca de su dueño, anticipando la siguiente calada. Recojo las piernas, le invito a unirse. El cielo presagia tormenta. La penumbra favorece el relato de esta película oscura que seguimos los tres desde el sofá en amodorrado reposo. Ribas me ofrece su antebrazo, demandante. Sin mediar palabra, me giro para apoyarme sobre la espalda y facilitar el movimiento.

Los domingos las películas se ven haciendo cosquillitas.

Fabio me levanta suave las piernas, las coloca a su amparo. Con la punta tímida de los dedos, las acaricia sobre la tela gruesa de mi pijama. Yo recorro el brazo de Ribas, lento, de abajo arriba. Me arrastro en zigzag desde el pliegue de su muñeca a la flexura del codo. Fabio marca el ritmo. Sus yemas mandan órdenes a las mías a través de mi cuerpo. Las apoyo una a una, las dejo caer en cascada, tocando unas notas secretas en el piano de su piel. Unas púas de carne me peinan. Me estremezco con la sorpresa de unas manos nuevas. Traza círculos, acaricia pausado mi nuca. Cierro los ojos. Ronronearía. Fabio me sube la pernera del pantalón, se atreve al límite. Se desliza hasta la cara interna de mi muslo, quiere llegar al latido, ascender la cumbre.

Desde su extremo del sofá, Ribas lo increpa con la mirada.

Se detiene.

Me refugio en la pantalla, finjo que no he perdido el hilo. Me siento erguida. La atmósfera nos envuelve tirante.

Quiebro el silencio con lo primero que se me ocurre: «¿Pedimos pizza?».

LXVI

Sueño un puente frente a mí. Un puente donde se dan cita mis miedos. Contemplo su apariencia torcida, su diseño de túnel curvo. Milo me observa detrás de mi terror inmóvil. Siento la dentellada de su sonrisa. Mi apego de cemento me paraliza, me declara incapaz de cruzarlo. Pero sé que tengo que hacerlo.

Con un humor que me tiembla, adelanto un pie hasta ponerlo delante del otro. Y avanzo. Avanzo un paso, prácticamente imperceptible, pero el lugar en el que estoy no es ya el mismo en el que estaba un paso atrás. Echo el cuerpo hacia delante, pugnando por alejarme. Repito el movimiento. Una vez, y otra más. Pierdo en un momento el equilibrio, pero ¡estoy avanzando! Persevero con pasos pequeños, casi de geisha, pero cada uno más libre que el anterior.

Tengo que despertarme y cruzar el puente. Quiero poner mi vida al otro lado.

LXVII

«Las penas, con pan, son menos», decía mi abuela a la vez que me acercaba un trozo de pan con chocolate, guardiana del refranero español. Podía acompañar cualquier situación con un pellizco de sabiduría castellana: «Mejor una vez colorada que ciento amarilla»; «Más sabe el diablo por viejo que por diablo»; «Lo que sucede, conviene». Y mi preferido: «Obras son amores y no buenas razones».

Está claro que las obras son amores. Las palabras, es bien sabido, se las lleva el viento.

Pero ¿se las lleva? Yo me he tatuado palabras en lo más profundo de mí. Las cosas que me han dicho me persiguen, casi tanto como las cosas que no se dijeron. Las cosas que no se dicen son las que más quedan: promesas o amenazas implícitas, aquello que pudo ser y no fue. Me pregunto cómo distinguir el amor sin la palabra, cómo percibir sus matices. La amistad, el cariño, el afecto. Cómo saber que esos gestos no se han convertido en una cotidianidad obligada que el otro espera porque se ha traducido en derecho.

¿Se puede realmente no esperar nada?

Por supuesto, el amor son actos. Pero yo espero y espero, no dejo de esperar. Espero demandante el afecto articulado en un conjunto de ocho letras.

Mientras espero, me muerdo los labios, me los relamo. Mientras espero, se me hace la boca agua.

Necesito verbo.

LXVIII

Empiezo el trabajo a las ocho y media, con una hora de metro ya pegada al uniforme.

Se supone que tengo que cambiarme aquí, pero la verdad es que lo traigo puesto. En esta ciudad desmedida no hay tiempo que perder. Antes de abrir, cuento el dinero de la caja y me aseguro de que cuadra con la cantidad de cierre del día anterior. Doy una vuelta rápida por la boutique, coloco alguna camisa que está mal doblada, pongo rectas las perchas, abrocho algún botón. Meto mi comida en una nevera de medio metro de alto. Me recuerda al minibar de las habitaciones de hotel. Ojalá fuera un minibar. Seguro que funcionaría para lidiar con el aburrimiento y los clientes que entran cinco minutos antes de cerrar.

Pongo la lista de Spotify reglamentaria, la que no me dejan cambiar. Ya conozco bien el orden de las canciones. De vez en cuando, alguien me comenta «¡Qué buena música!» y yo sonrío, porque qué voy a hacer si no, si el noventa por ciento de mi trabajo consiste en sonreír. Sonreír y decir cosas como: «Este color te favorece mucho con el tono de tu piel» o «¿Seguro que no quieres probarte estos zapatos? Te quedarían ideales con este vestido». También sé que cuando suene el remix de *Psychic City,* de Yatch, por quinta vez, quedará poco para las ocho y media y tendré que empezar a recoger, vaciar el vestuario, cerrar la caja y asegurarme de que el dinero cuadra con las ventas de la jornada. Pondré la alarma, me despediré de los maniquíes, echaré la llave, volveré a la estación del metro y no cederé mi asiento a ancianos o a embarazadas porque tendré los pies hinchados y me dolerán el pelo de tenerlo estirado y las mejillas de tanto sonreír, y no soportaré estar de pie ni un minuto más con estas bailarinas que casi no tienen suela. Llegaré a casa arrastrándome, me daré una ducha de agua fría, cenaré lo primero que pille en la nevera. Pondré los pies en alto tumbada en el sofá mostaza, suspiraré ruidosa, cerraré los ojos y pensaré: esta no puede ser la vida de la que hablan las canciones.

Entonces escucharé a Fabio entrar en el salón, suave como un gato que llega no se sabe de dónde. Vendrá a contarme cualquier anécdota

absurda o a no contarme nada, y levantará mis pies cansados para ponerlos en su regazo y hacerme un masaje ruso, como él los llama. Me pone una crema hidratante fresquita y me amasa las plantas con ambas manos. No sé por qué los llama así, pero la verdad es que se le da bien. A Fabio se le da bien todo lo que hace. Es ahí, con mis pies entre sus manos y la tele de fondo, cuando germina un sentimiento cálido en el medio del pecho. Pasarán un par de horas hasta completar nuestra dinámica triangular. Marco y James saben que no es su hueco el que queda en el sofá. Ribas llegará, eructará un par de tacos y me hará reír alto. Se meterá un poco con Fabio y yo le defenderé, porque Ribas se sabe fuerte y yo empiezo a saberme fuerte también. Cerraré los ojos y pensaré: esta es justo la vida de la que hablan las canciones. Después Ribas, con su voz áspera, dirá: «¿Nos vamos a la cama?».

Ahora mi pecho florece.

LXIX

El triángulo se ha consentido de forma tácita. No nos hemos sentado a hablar de esta situación, a disponer unas reglas, a encuadrar los límites. Los tres los conocemos, los hemos descubierto a base de prueba y error.

Al menos una vez a la semana, hacemos algo los tres juntos. Salimos a cenar, elegimos la temporal de un museo, hacemos una excursión. El fin de semana pasado fuimos a Brighton. Paseamos por St James's Street, comimos fish and chips en el muelle, nos subimos en la noria, respiramos la lejanía. Vimos el mar. Cuánto echaba de menos el mar.

El resto del tiempo hay que mantener un equilibrio. A veces es estresante. Ninguno queremos sentirnos fuera. Hay que compartir como hermanos que comparan los vasos en los que la madre ha repartido el contenido de una sola lata de Coca-Cola. Las películas las vemos siempre juntos. Los tres. En el cine o en el salón. Pero siempre los tres. También existen terrenos exclusivos. Puedo salir con Fabio y al volver me acurruco junto a Pablo en la cama. Las noches las duermo con Ribas, sin importar con quién haya pasado el día. A determinados restaurantes solo voy con Fabio y solo con él comparto platos de cuchara. Solo con él venzo mis escrúpulos. Ellos dos suelen reservarse algún día de tanto en tanto. No pregunto adónde van ni qué hacen. No me inmiscuyo. Esa es, probablemente, la norma implícita más importante: nadie hace preguntas, ni siquiera con la mirada.

LXX

Hace más de un año que no hablamos, pero hablo contigo cada día.

Las primeras veces te preguntaba: ¿cómo estás? Dime, ¿eres feliz?

Me quedaba en silencio, muy quieta, pensando que, si no me movía, quizás esta vez llegaría la respuesta que nunca llegaba. Tu voz aparecía únicamente en determinados momentos, acompañada del pinchazo en la boca del estómago. Pero no podía decidir cuándo escucharla.

Las cosas contigo nunca han funcionado así.

Y luego, un día cualquiera, ahí estabas de nuevo. Ocupando espacio, incendiando mi cerebro. Si era o no un buen momento, daba igual. Después de tantos años juntos, creía que estaríamos más coordinados, que habríamos desarrollado algún tipo de comunicación telepática. Como aquellas veces en las que entraba a un bar y la intuición me hacía ver que habías estado allí. Más tarde, al preguntarte, ponías tono de sorpresa al afirmar. Nadie más entendía ese juego nuestro.

Continué pensando un buenas noches para ti desde la cama. Algunas noches incluso lo decía en voz alta. «Buenas noches.» Como si solo tú pudieras escucharme desde donde sea que duermas ahora. Durante un tiempo seguí compartiendo contigo los pequeños detalles de cada día, diciéndote que te echaba de menos.

Me sentía sola en esta ciudad nueva en la que tú no existes. Tú volvías las cosas más familiares. Seguías pegado a mí, yo te llevaba de un lado a otro, como una piedra que se lleva en el bolsillo y cuyo peso me reconfortaba, me recordaba el camino a casa, que somos Creta y Milo, que ya hemos pasado por esto. Tú siempre vuelves.

Poco a poco, la piedra se convirtió en una losa y tu voz sonaba más fuerte. Y cuanto más fuerte hablabas, menos quería escucharte. Porque era tu voz de Otro. A veces eres dos personas completamente distintas. Se te tuerce el gesto, aprietas la boca, te cambia la cara, se te pone la voz de Otro. Esa voz que me hace sentir pequeña, tan pequeña que a veces creo que soy invisible; que afirma que me lo estoy inventando todo cuando hablo de ti.

Hoy he dado un paseo por el canal hasta el Broadway Market. Me he apretado contra la gente, he comprado verduras frescas que he metido en una bolsa de papel marrón, he estado parada un buen rato admirando puestos de artesanía en los que no he comprado nada, he caminado entre puestos de flores con toldos blancos, he pasado frente al antiguo gasómetro que caracteriza el paisaje y que durante meses confundí con una escultura. ¿Por qué no? Londres es así, puedes encontrar un trozo de arte en cualquier parte.

En ese momento, con una orquídea recién comprada en brazos y una bolsa de papel marrón llena de verduras, me he dado cuenta de algo: ya no es antes, es ahora.

Ya no quiero escuchar tu voz en mi cabeza.

LXXI

Tengo la absoluta certeza de que pienso mejor cerca del agua.

LXXII

Algo está cambiando.

Se nota en el ambiente, que se calma, se enjuaga. Se nota en las bicicletas, en las cervezas fuera del pub, en las piernas desnudas, en el vuelo de los vestidos de flores. En las horas de luz que revelan el paisaje amable de un verano más cercano.

Los parques están llenos de trompetas que anuncian la primavera.

LXIII

Me ha salido un herpes en el labio. Es pequeño, redondo, perfecto. Tengo el labio descolocado.

En condiciones normales, mi labio inferior es más grueso que el superior. Cuando veo en Instagram a esas chicas con labios hinchados, me pregunto si no debería ponerme un pequeño pinchazo en el labio de arriba. Llenarlo un poco, en pos de la simetría. Algo sutil, algo muy leve. Algo que engrose la boca y de paso me marque el arco de Cupido. Convertir la mía en una apetitosa boquita de pato, jugosa como una golosina. Me pregunto si me planteo esto porque realmente me gusta o si pienso que así cambiará mi suerte. Tal vez estoy condicionada por la sociedad en la que he crecido, por los convencionalismos que me han enseñado a perseguir la aceptación de los hombres. O no es aceptación lo que anhelo, sino su admiración, su deseo. Entonces, ¿en qué clase de mujer me convierte el querer rellenarme los labios? A mí, que me considero feminista. Pero ¿acaso es el feminismo una vara con la que flagelarnos? ¿Han conseguido volver contra nosotras un movimiento que nació para emanciparnos? En el fondo creo que lo haría por mí. Por mí, a secas. Porque me gusta. Y por la simetría. Pero, claro, ya nunca voy a estar segura.

Esto es lo que pienso mientras me miro de frente en el espejo del cuarto de baño. Examino mis ojos castaños. El lunar en la punta de la nariz. La arruga que se empieza a adivinar en la frente. Me miro la boca, el labio hinchado. Mi herpes rojo que palpita.

Me veo guapa.

LXXIV

Gana terreno a la incomodidad desenfocándola, llevando la atención a sus manos. Sus manos frotando la gamuza contra el cristal redondo, sus manos colocándose la mata de pelo rubio, sus manos buscando algo en el espacio detrás de su oreja.

Sus manos. Las manos de Fabio, que todo lo hacen bien.

El otro día, en la cocina, escuché a Marco decir que le utilizo. Puede que tenga algo de razón. Puede que sea egoísta por querer todo el pastel. Pero ¿acaso no existe necesidad en el uso? Porque yo le necesito. Le necesito porque con él iría a cualquier lugar. Necesito su delicadeza ambigua. Su capacidad de hacerme sentir la persona más interesante del planeta cuando habla conmigo. De calentarme por dentro como si fuera chocolate caliente en diciembre. Necesito lo que tenemos, que no entra en ninguna categoría estándar. Es diferente. Es nuestro.

A menudo pasamos tiempo a solas, Fabio y yo. Es común que yo libre un martes o un miércoles. Esos días me levanto con calma y paseo hasta el centro. Me ahorro el viaje en metro y, total, tampoco tengo otra cosa que hacer. Alguna vez aprovecho para visitar el Victoria & Albert Museum o pasear por Covent Garden sin que me arrollen los turistas. A la hora de comer, casi siempre me acerco a la oficina en la que Fabio trabaja. Me gusta observarle, serio, seguro en lo suyo. Vamos hasta el Itsu de la esquina y compartimos una o dos bandejas de sushi.

Me gusta compartir con él. El tiempo, el sushi, el silencio. Me gusta el sonido de su voz, que es suave y no juzga. Le necesito porque aquí es casa. Mi casa.

Esa necesidad es adictiva.

Alguno de esos martes, acabamos desnudos bajo el edredón, tendidos en una cama que no es la mía. Jugamos en su terreno: para él, partido en casa. Apunto a sus ojos con los míos, mientras su miembro despierta entre mis manos y se alborota al compás del ritmo de mi deseo.

Follamos. Follo con él, como si fuera otro.

LXXV

Lunes. Llueve. Suena Valeria Castro. No entra nadie en la boutique. Cenamos pasta los tres. Veo un capítulo de *Los Soprano* con Fabio cuando Ribas se va al turno de noche. Me quedo dormida en el sofá.

Martes. Nublado. *Marinade,* Dope Lemon. Voy al supermercado con Ribas. Hacemos compañía a Fabio mientras cocina y nos cuenta cómo ha ido su día. Sueño con Milo.

Miércoles. Nublado. *Laisse-moi t'aimer.* Saco de la biblioteca *Hamnet,* de Maggie O'Farrell. Fabio ha reservado en Dishoom a su hora del almuerzo. Nos encanta el chicken tikka roll. Veo *Fargo* en la cama con Ribas antes de dormir.

Jueves. Nublado. *I Don't Know You,* Patricia Lalor. Coso el bajo de mi uniforme en la trastienda. Reservo una clase de yoga para el fin de semana. Hoy tengo ganas de estar sola. Me acuesto sin cenar.

Viernes. Frío húmedo. «Si llegué vivo aquí, no me va a matar una vieja herida», canta C. Tangana. Claro que sí. Llaman a Ribas para una sustitución larga en un cole. Cenamos en The Greedy Cow para celebrarlo. Fabio se une a las cervezas de después. Acabamos borrachos en The Lighthouse.

Sábado. Lluvia otra vez. Billie Eillish y *Ocean Eyes*. Ibuprofeno y café para sobrevivir al turno de mañana. ¿Sigo un poco borracha? Nos apretamos los tres en la cama de Fabio a ver *Relatos salvajes*. Se enfada con Ribas y conmigo por dejar migas de galletas en el edredón. Por supuesto, me salto la clase de yoga.

Domingo. Sale un rato el sol. Dua Lipa de fondo. Ribas odia que ponga este tipo de música, pero se le pasa cuando finjo tener un micro en la mano y le sonrío mientras canto alto *Levitating*. Fabio canta conmigo y me saca a bailar. Improvisamos una barbacoa en el jardín con lo que tenemos en la nevera.

Lunes. Nublado. *Bohemian Like You.*

LXXVI

Sostengo firme entre mis dedos la cana que acabo de arrancarme de la sien. Ahí está, gruesa y blanca, desafiante, sin intentar siquiera esconderse.

No puedo dejar de mirarla. Mi primera cana. Al menos, la primera que encuentro. ¿Tendré otras en la parte de detrás de la cabeza? Otras que crecen libres, a sus anchas, allí donde yo no las veo. Quizá no sea la primera, pero no será la última.

La cana no me escandaliza. Me conmueve. Algo tan fino, tan insignificante como un pelo, un simple pelo que ha perdido su color, me conmueve profundamente por aquello que representa y me obsesiona: el tiempo. El que he perdido, el que me queda para llegar a ciertos lugares comunes, el que me falta, el que ignoro si sigue sucediendo dentro de los sueños cuando me despierto.

Han pasado cien tormentas desde que Milo me dejó. Han pasado cuatro días de sol en Londres desde que conocí a Ribas. Han pasado siete besos desde el primero con Fabio. ¿Dónde estaré dentro de cinco otoños? ¿Y si quiero formar una familia? Lo ideal sería enamorarme en dos solsticios de verano. Enamorarme suave, lo suficiente. De alguien bueno, de un amigo. Pero no más tarde. Más tarde no, porque al tiempo le salen canas.

Sé lo que dije, que no quería hijos si no eran suyos. Bien, parece que mentí.

El perverso Cronos no se detiene por nadie.

LXXVII

«J'ai une fille de ton âge.»

Mi madre la veía a menudo jugando sola en el portal. Recorría el suelo de mármol, deslizándose con un patinete desde la entrada hasta la pared del fondo. Margot era menuda, de pelo fino y frente ancha. Teníamos nueve años el día que me la presentaron y ella todavía no sabía una palabra de español. Se habían mudado desde París hacía apenas un mes, y cuando mi madre la vio jugando sola en el portal, pensó que podíamos llevarnos bien.

«Tengo una hija de tu edad.»

A partir de ahí, nos hicimos amigas rápido. Hablábamos mediante gestos y nos entendíamos con la facilidad con la que se entienden los niños. Fue a ella a quien se le ocurrió la idea de celebrar Halloween. Yo solo lo había visto en las películas. Aquella tarde, llenamos folios con dibujos de fantasmas, brujas y demás personajes terroríficos. Los fotocopiamos a color en la oficina de mis padres y en los márgenes añadimos con rotulador rojo: LA PRÓXIMA NOCHE DE HALLOWEEN LOS MONSTRUOS SE PASEARÁN POR EL EDIFICIO PIDIENDO CARAMELOS. Pune participó ayudándonos a pegar nuestros carteles caseros en los espejos de los ascensores con cinta adhesiva. La recaudación fue un éxito. Acabamos empachadas y bebiendo manzanilla a sorbos, todavía dentro de nuestros disfraces.

Hoy es la noche de Halloween y hemos comprado entradas para ir a una fiesta en Shoreditch. Los pubs llevan semanas decorados con calaveras y telas de araña, los supermercados repletos de dulces. Ribas se ha disfrazado de zombi. Marco luce músculos con una camiseta pegada que ha manchado con sangre falsa. Fabio se ha vestido de Alex DeLarge, el protagonista de *La naranja mecánica*. James ha escogido un disfraz de calabaza. Yo he optado por ser la clásica vampiresa, con un vestido negro y una capa que he comprado en Poundland por una libra.

En el metro, con estas pintas, pienso en las cosas que me daban miedo de niña: las sombras al final del pasillo a oscuras, las olas del mar los días de tormenta, los perros. Temía hasta al cachorro más

adorable dando brincos sobre sus patas traseras.

Tenía miedo también de que no viniese nadie a recogerme a la salida del colegio. Los demás niños dejaban sus mochilas tiradas en el suelo y corrían unos detrás de otros o se subían a escalones desde los que saltar. Sus padres tenían que llamarlos a gritos e insistir en que se fueran con ellos, que ya era hora de irse. En cambio, yo esperaba de pie frente a la verja, apretando con las manos las asas de la mochila que mantenía sobre los hombros, con la mirada fija en la puerta, rezando para que el próximo padre que la cruzase fuese el mío.

Jamás se olvidaron de venir a recogerme. Pero yo nunca descarté esa posibilidad.

Es curioso cómo hay cosas que dejan de darte miedo cuando te haces mayor: la oscuridad, las olas, los perros.

Que se olviden de ti, eso nunca deja de dar miedo.

LXXVIII

El aire entre nosotros se ha congelado y pesa. Se han destruido los grandes castillos de cartón.

Ribas apenas nos habla, anda esquivo por la casa. Fabio duerme mal por las noches, tiene pesadillas. Entonces le acaricio el pelo rubio de ángel niño y le digo «Es un sueño, nada más», y se calma un poco. Hace una semana que me mudé a su cuarto. Estaremos aquí al menos hasta que encontremos un piso para los dos.

Por mí, habríamos seguido como hasta ahora. Juntos, en la casa de Mile End. Viendo películas los domingos en el sofá mostaza. Sospecho que Fabio tampoco habría puesto mucha objeción. ¡Ah, pero Ribas! El problema era Ribas.

El Genesis Cinema es nuestro predilecto. La fachada amarillo viejo, el nombre en luces de neón, las marquesinas con las películas en cartelera en letras negras que simulan las de los cines antiguos. Quedamos en la puerta, me sorprende que Fabio no esté aquí. Es el más puntual de los tres. Cuando pregunto por él, Ribas se limita a decir que no ha podido venir. Me da la mano al empezar los tráileres. Me río. Los gestos de afecto en público eran raros en él. Regresamos dando un paseo, sin soltar las manos. Antes de entrar en casa, se detiene para apartarme un mechón de pelo de la cara. Lo coloca con dulzura detrás de mi oreja. Pone sus manos, rudas, ásperas y hermosas, en mis mejillas. Cerca, muy cerca. «Te quiero», dice. Cerca, más cerca, tapándome la boca con un beso. Fabio abre la puerta.

—¿Por qué no me habéis avisado?

Me giro hacia Ribas. Está tenso, las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, la barbilla alta, mirando al frente.

—¿Por qué me has mentido, Ribas?

Lo dejamos pasar. Pero Ribas continúa extraño. Cada vez más celoso cuando nos encuentra a Fabio y a mí a solas. Cada día más caprichoso, más arisco con Fabio, más demandante conmigo. Tiene ojeras, le suena fuerte la barba cuando se rasca, se va de casa con un portazo o no vuelve al terminar el turno de noche. Su actitud, en lugar de alejarnos, hace que Fabio y yo nos acerquemos. Nos refugiamos el

uno en el otro.

Aquel día, habíamos salido a comprar la cena: un peri-peri chicken y unos entrantes en Nando's. Al llegar a casa, nos encontramos a Ribas borracho, fumando en el salón repleto de nicotina y latas de cerveza vacías.

—Tío, ya sabes que aquí dentro no se fuma.

Se levanta brusco y va directo hacia Fabio. Me pongo en medio de los dos.

—Ribas, ¿qué haces? ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Que me estás volviendo loco, Creta. Que te dije que te quiero, joder. ¡Que te quiero! ¡Es que no entiendes nada!

—Tío, no chilles a Creta —interviene Fabio.

—Tú cállate, cabrón de mierda. Amigo... Decías que eras mi amigo. Hijo de puta.

—¡Ya basta, Pablo! Para.

Ribas se queda mirando fijamente. Se tambalea leve antes de sentarse en el sofá.

—O él o yo, Creta. No puedo más. Tienes que elegir.

LXXIX

¿No lo entiendes?
Tengo que protegerme.
Esto es el Titanic: sálvese quien pueda.

LXXX

—Robe es un poeta.

Pone cara de rockero cuando canta Extremoduro. Agrava la voz, saca los labios, recoge la nariz. Fabio, con el rubio hacia atrás y su jersey azul marino de cuello vuelto. Quién lo iba a decir. Se ha intentado dejar crecer la barba, pero apenas rompen tímidos unos cuantos vellos su piel de mármol. Conduce el Toyota alquilado por una strada provinziale. Ahora cantamos los dos.

Desde el asiento del copiloto, la cabeza hacia la izquierda cuando sus ojos azules me recitan «que he pasado la vida sin saber que la espero». Pum, golpe de ternura. Me siento cómoda, resguardada. Tanto que me quedaría aquí, justo aquí, en esta carretera provincial de la Toscana, y dejaría que condujese en círculos por el valle d'Orcia el resto de otoños.

En cambio, avanzamos. Paseamos por los callejones de Pisa, Florencia, Volterra, San Gimignano, Siena. Es nuestro regalo de Navidad, pero ha sido él quien ha organizado cada detalle.

Me lleva la maleta hasta el hotel. En los hoteles en los que nos estamos quedando casi nadie habla inglés.

—Fammi sapere se hai bisogno di qualunque cosa. Siamo in fondo al corridoio.

Alguna palabra suelta, algún gesto mímico y la similitud con el español nos ayudan a comprender.

La habitación número 7 es la más bonita en la que he estado nunca. Tiene un recibidor, flanqueado por un par de sillones tapizados con una tela de rayas marrones y burdeos. El baño nos da la bienvenida con botecitos de champú, crema y jabón de manos. En el envoltorio de la pastilla de jabón se lee SAPONE VEGETALE ALL'OLIO D'OLIVA. Libero el rectángulo blanquecino de su cobertura y con las manos me lo acerco a la cara. Huele a bañera llena de espuma.

Fabio deshace las maletas y coloca la ropa perfectamente doblada en las baldas del armario impersonal. Yo habría dejado la maleta abierta en el suelo; total, solo nos quedamos aquí dos noches. Después volveremos a cambiar de hotel.

Esa noche reserva en una trattoria con buena reputación en TripAdvisor, y me dice «Tienen gnocchi con trufa y mascarpone» y «Esta heladería te va a encantar» y «Te cuento lo que he leído sobre los Medici». Y giramos aquí, y entramos allá.

Yo le sigo, le sigo, le sigo. Le sigo dócil, le sigo alegre, le sigo sin dudar.

Soy copiloto.

LXXXI

Las páginas de mi libro crujen, algunas de las esquinas están dobladas, la tinta desgastada. Lo he comprado hoy en una tienda de segunda mano de Florencia. Por supuesto, está en italiano. Soy así, me obsesiono con las cosas que me gustan, los lugares en los que estoy. En cada ciudad nueva me pregunto: ¿podría vivir aquí? Me visualizo en la panadería mientras elijo el dulce que tomaré en el desayuno, o de camino al trabajo, en un bar de mi calle favorita cuando la tristeza me aprieta.

Fabio se ha comprado un par de vinilos. No tenemos tocadiscos en el piso nuevo, pero él ya tiene mirados un par. Hasta ha pensado dónde ponerlo. Es un piso pequeño, pero tiene el espacio suficiente para los dos. Está también en el este de Londres, relativamente cerca de Mile End, pero no hemos vuelto a pasar por allí desde que nos fuimos.

Duerme la siesta. Estamos desnudos, hemos follado. Detesta ese verbo. Me corregiría y diría: «No, hemos hecho el amor». Después, se ha dormido y yo me he tocado. Me he tocado lento, pensando en cosas que él no haría. Fabio, tan sensible, tan suave. Tan poco atrevido.

Ahora leo, leo mi libro de segunda mano mientras pienso en despertar a Fabio y decirle que quiero beberme todo el chianti de la Toscana esta noche. Hasta que el móvil vibra.

Lo alcanzo. Leo el mensaje. No respondo.

—Fabio. Fabio, venga, despierta.

—Mmm… Hola, mi amor…

—Quiero beberme todo el chianti de Italia esta noche.

LXXXII

R.

Oye. No mires el móvil así al ver que soy yo.

Espero que lo estéis pasando bien en Italia. De verdad que lo espero, joder. Me sigues importando, haga lo que haga.

Estas semanas he estado pensando. Ahora lo miro con perspectiva y me digo: ¿cómo coño hemos mantenido este triángulo durante este tiempo? Pero la cuestión es que a mí me ha importado nuestra historia. Y por encima de todo, me ha importado que tú estuvieses bien.

Me putea lo jodida que es la vida a veces. Sé que lo último que me dijiste es: «Tengo que protegerme». Quería decirte que yo jamás te habría hecho daño. Ha habido mucho entre los dos. Siento muchas cosas por ti, joder. Que lo sepas.

Pero respeto tu decisión. Fabio es un buen tío. Así que solo voy a añadir una cosa más: hay una canción, *Y contigo,* de Sabina.

No sé si la has escuchado. Deberías hacerlo. También podría llamarse *Creta*.

LXXXIII

Sé que me empieza a gustar alguien por las veces que pronuncio su nombre. Por ejemplo, en una charla de forma casual. Si mi interlocutor no lo conoce, le presento: «Tengo un amigo, que…». Le introduzco en la conversación, haciéndolo partícipe de ella aunque no esté, sentando a nuestra mesa su fantasma. Encuentro excusas en cada tema para traerlo a colación, para hacer rodar las sílabas de su nombre en mi boca, para hablar de él con familiaridad, como si ya fuera una parte irrevocable de mi vida. Así, al menos cuatro o cinco veces en veinticuatro horas, y me quedo corta. En fin, hagan sus cálculos.

En ese periodo inicial de práctica obsesión, recuerdo cada vez aquellos versos de Idea Vilariño:

Escribo
pienso
leo
traduzco veinte páginas
oigo el informativo
escribo
escribo
leo.
Dónde estás
dónde estás.

Trato de empaparme de la persona, de su risa, de sus gestos, de sus manías, como que se huela las manos después de comer o el involuntario guiño del ojo cuando ya ha bebido una cerveza de más. Memorizo el nombre de sus hermanos y las anécdotas que ha compartido. Escucho en bucle sus canciones favoritas, veo cada una de las películas que me ha recomendado. De principio a fin. Como si quisiera mimetizarme con él, convertirme en él. Y controlo el impulso de escribirle, de llamarle a cada minuto y decirle que me ha encantado la película danesa de la que me habló, que quiero que vea una que me gusta mucho a mí; que lea mis libros, que venga a mi casa y yo iré a la suya. Le pienso, le pienso fuerte, para que le llegue súbito

el pensamiento y se dé cuenta, ¡se dé cuenta por fin!, de que también piensa en mí. A veces pongo tanto empeño que me pregunto si podría llegar a querer a cualquiera.

En el fondo sé que no, que no es así como funciona el amor.

El amor, con su cuatro sobadas letras, que tanto se ridiculiza desde fuera, infinito desde dentro. El amor que siempre llega cuando crees que nunca más podrás volver a querer así. Es cierto, nunca vuelves a querer así. Porque se puede querer de tantas maneras distintas que sería estúpido no querer probarlas todas. El amor, que va mutando, que evoluciona, cambia y, a veces, se rompe. Esa historia tan divertida del fin de semana en la sierra cuando era niño comienza a no hacerte gracia ya, y las bromas son tan parecidas que en el fondo son siempre la misma, y las canciones han pasado de moda, y desoyes sus recomendaciones, y no soportas que se huela siempre las manos después de comer —qué guarrada—, ni que beba tanto, y piensas: Joder, que se calle ya. Cada día puedes un poco menos, hasta que un día no puedes más.

Tu vida sigue, y escribes, traduces, piensas, lees, ¿y esa persona? No sabes, ya no importa dónde está. Quien diga lo contrario miente.

Con Ribas, el amor no se rompió. No dejó de importarme. Pero tenía que protegerme. Lo que sentía estaba muy cerca de Milo.

Él piensa que elegí a Fabio. Se equivoca: me elegí a mí.

LXXXIV

«Te quiero.»

Me lo dice varias veces al día. Sin necesidad de que yo se lo diga, sin necesidad de que yo le responda.

«Te quiero», por la mañana. «Te quiero», cuando rompo un vaso. «Te quiero», cuando pienso en nuestro triángulo estropeado. «Te quiero», cuando no hago nada.

Me quiere, dice. Y a mí, que anhelaba verbo, ahora se me atraganta.

LXXXV

Dos horas y media.

Pido permiso al pasajero que viaja a mi lado para salir. Atravieso el pasillo hasta el baño: claustrofóbico, estrecho, de perfil el equilibrio. Vuelvo a mi sitio. Al menos me he movido.

Abro y cierro la revista que he comprado en el aeropuerto, ojeo los titulares. Las tendencias que arrasarán este año. Accesorios imprescindibles para las apasionadas de la moda. Pierde esos kilos de más sin hacer dieta. Ni flacidez, ni arrugas ni manchas: este sérum puede con todos tus problemas.

No sé por qué sigo leyendo estas revistas.

Por supuesto, tengo un plan B: también he comprado *Esquire*. Veinte películas de culto que ver antes de los treinta. La vida inteligente no puede existir en cualquier otro sitio. Once discursos feministas que todo hombre debería escuchar.

Esto ya es otra cosa.

Me entretengo unos minutos con un par de artículos ligeros. Mi cabeza choca contra el asiento de la fila anterior cuando alcanzo mi bolso. Guardo las revistas, saco un libro. Leo una y otra vez la misma frase. Me retuerzo en el asiento, cambio el cruce de mis piernas, las estiro, las separo. Guardo el libro de nuevo. Busco mis auriculares, abro Spotify en el móvil en modo avión. Reviso mis fotos, mensajes de WhatsApp que he recibido antes de despegar.

Dos horas y media eternas entre dos reposabrazos.

¿A qué se debe mi inquietud? ¿No quería volver a Londres? He echado de menos a Fabio estos días. Además, siempre puedo volver. Estoy allí de forma voluntaria, no es una condena. Puedo coger mis cosas e irme. Cuando quiera. Recuerdo la afirmación de los fumadores cuando hablan del tabaco: «Yo puedo dejarlo cuando quiera».

Llevo unos días soñando raro. Sucede cuando voy a casa. Al sur, a Málaga. Es inevitable, supongo. Me acomodo contra el respaldo y escucho a Jack Johnson.

Must I always be waiting, waiting on you?
Must I always be playing, playing your fool?

Pienso en Fabio. En su mirada esférica a través de la montura de sus gafas. Sin pliegues, sin dobleces. En la calma de mi vida desde que estoy con él: una vida serena, descomplicada. Aburrida incluso.

Pienso en Italia, en el piso nuevo. En lo atrás que queda la casa de Mile End. En los domingos viendo películas en el sofá mostaza. Pienso en Ribas.

No, I can't always be waiting, waiting on you,

I can't always be playing, playing your fool, fool…

El avión aterriza y activo los datos del móvil. Tecleo un «Acabo de aterrizar» dirigido a Fabio. Contesta enseguida: está esperándome en el aeropuerto. Intento sobreponerme al sentimiento que me invade. La atención que me presta me perturba, me incomoda. No tenía por qué haberse molestado en venir hasta aquí.

Desvío la vista al icono del sobre blanco de mi móvil, que ahora tiene un redondel rojo en la parte superior, avisándome de que tengo un nuevo correo electrónico. Probablemente es una newsletter o publicidad de algún tipo. No soporto acumular correos sin leer. Pulso sobre la aplicación para abrir la bandeja de entrada.

Leo el asunto del correo. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me quedo en el asiento, con el móvil entre las manos y ni rastro de la urgencia que me ha acompañado durante estas dos horas y media.

Una azafata se acerca hasta mi sitio. Me ayuda a bajar la maleta del compartimento del equipaje de mano y cruzo la pasarela que pretende devolverme a tierra firme. A cada paso me tiemblan las piernas.

«Tú un tirano, y yo un flan», decían en aquella película francesa. Él siempre me convierte en flan.

Sigo inercial el flujo de gente hacia la salida. El de Fabio asoma entre los rostros expectantes. Sostiene un ramo de flores, con la mano libre me saluda.

Había olvidado que me espera.

LXXXVI

Para: Creta 16:41
Asunto: Perdóname

Hola, Creta:

Probablemente soy la última persona de la que esperabas recibir un e-mail. Pero no tengo tu móvil. Y sospecho que, aunque lo tuviera, estaría bloqueado. Es hasta probable que me odies. No te culpo. Soy consciente del daño que te he hecho.

Por eso, no puedo empezar de otra manera que no sea diciéndote lo mucho que lo siento. Siento el dolor que te he podido causar. Me alejé de ti, confundí mis prioridades. Olvidé lo que es realmente importante. Me equivoqué.

He cambiado, Creta. He dejado atrás mis miedos, mis fantasmas, mi oscuridad, los demonios que me llevaban a no apreciar lo valioso de nuestro tiempo juntos.

Ha sido gracias a ti. Tú me has salvado.

Sé que ahora vives en Londres, tal vez eres feliz. Pero necesitaba intentarlo: uno no puede quedarse cruzado de brazos viendo cómo pierde a la mujer de su vida. Invertiré el tiempo que sea necesario en recuperar tu confianza, en demostrarte quién soy ahora, porque no puedo resignarme a la idea de que te he perdido.

Eres mi vida, mi todo. Mi isla.

No hay nadie con tu risa, tu dulzura, tu capacidad de ver magia en las cosas mundanas. Ahora sé que te necesito a mi lado, que puedo ofrecerte la vida que siempre has merecido. Fantaseo con ella a todas horas: sueño con verte vestida de blanco caminando hacia al altar, con los viajes que haremos por el mundo, con nuestros futuros hijos. Tengo ganas de todo si es contigo.

Ahora te parecerá difícil, pero sé que puedo hacer que vuelvas a confiar en mí, que vuelvas a quererme. Voy a demostrarte que este dolor no ha sido en vano. Creo que esto que hemos pasado tiene un sentido: ha servido para crear un vínculo más fuerte entre nosotros. Un vínculo indestructible.

Somos tú y yo contra el mundo, ¿recuerdas?

Podemos con esto.

Te quiere y te espera,

Milo

Para: Creta 04:10
Asunto: Léeme por favor

Creta, contéstame. Contéstame lo que sea, pero hazlo. Dime que no quieres volver a verme jamás, y te daré mil y una razones por las que debes hacerlo. Necesito al menos saber que me has leído.
No te haces una idea de lo mucho que me faltas.
Tuyo,
Milo

Para: Creta 08:30
Asunto: Londres

Mi isla, mi amor:

Estaré allí el próximo jueves. He comprado un vuelo a Londres y me quedaré todo el tiempo que sea necesario.

Ya te lo dije: no pienso perderte.

Te amo,

Milo

LXXXVII

Había imaginado muchas veces el reencuentro con Milo.

Imaginaba un encuentro de Hollywood, al girar hacia el siguiente pasillo del súper. Estaría allí, cotidiano, con una camisa de cuadros y Levi's, sujetando un paquete de lentejas o de puré de patata. ¿Se quedaría mirándome? Sí, claro que lo haría. Y yo pasaría de largo a su lado, como si no le hubiese reconocido, como si su rostro fuera cualquier otro, con el silencio distante de mis pasos taconeando: fue tan larga tu ausencia que me olvidé de tu cara. En función de mi ánimo, proyectaba escenarios menos triunfales: su rostro radiante junto al de ella, deteniendo de golpe mi trayecto hacia alguna parte. Su felicidad frenando en seco la mía. En todas mis fantasías hay movimiento.

Lo vi desde lejos. De pie, frente a la entrada de The Shard. Llevaba su abrigo largo de lana de color azul marino, una camisa vaquera que hacía juego con los tejanos y unos botines negros. Sus rizos rubios y complexión altiva le daban aires de modelo de Burberry.

Era él. Milo. Milo y sus patillas. Milo en Londres.

Intenté contener el castañeo de mis piernas abrochando más fuerte el lazo de mi abrigo camel, como si el nudo pudiese aplacar la náusea, echar anclas al corazón que me corría hacía la boca. Repito el mantra que llevo recitando en mi cabeza todo el camino hacia aquí: Creta, te engañó. Es un capullo. Es un capullo. Es un capullo.

Levanto la mirada. Y allí están: Milo y su media sonrisa.

Tres, dos, uno. Dispara.

Desarmada.

Lo sabe. Lo sé. Lo leo en esa cara suya.

LXXXVIII

Nos leemos la piel en braille. Chequeamos palmo a palmo para constatar que cada relieve, hendidura y cicatriz continúan en el lugar exacto donde las dejamos. Atónitos, maravillados con nuestra propia presencia. Como idiotas. Con la baba cayendo y la noche para ponernos al día.

¿Qué hora es? Qué más da. Finjamos que en esta habitación descansan los relojes, fuera del tiempo.

Me duelen los labios de besarte y besarte y besarte y besarte. No puedo parar. No quiero. Me pregunto si habremos batido ya algún tipo de récord.

Estás aquí. Estás aquí.

En Londres sale el sol.

LXXXIX

Invento horas extra y sustituciones en la boutique. No sé por qué lo hago. En realidad, me asombra lo poco que me importaría que nos descubriera. Siendo prácticos, algún día tendrá que enterarse. Sin embargo, queda un poso de amor casto, casi fraternal, que me hace desear que ojalá pudiera protegerlo, volver atrás y no empezar nada con él, ahorrarle este huracán en el que me he convertido y que se le aproxima por la espalda, dispuesto a arrasar con su paz.

Y, aun así, a mis ojos no hay delito. No hay remordimiento. No lo hay porque es Milo quien me espera en Grosvenor Square cuando llega mi hora de salida. Es él con quien paseo las calles de Londres hasta su habitación del hotel de cuatro estrellas, el que me muerde la clavícula y me hace agua entre sus labios, el que me folla encima de la mesa, entre los restos tiesos de la cena que hemos pedido al servicio de habitaciones.

Antes de Fabio, antes de Ribas, antes del jardín de Mile End, antes de Sunoh y Minseo, antes de Londres. Como Dios y la creación: antes del mundo, él ya existía.

Con Milo me emana el conservadurismo. A todas horas quiero consentirle, decirle «Deja, ya lo hago yo», porque quiero hacer cualquier cosa por él, incluso ser una de esas esposas de *Mad Men* con vestidos impecables mientras preparan un jamón al horno; servirle fiel y devota, porque solo sé serle fiel a él, hacerle feliz y maravillarme cada vez que le miro, porque es un amor en el que me pierdo y me olvido, y él es todo en lo que creo, él es mi amo y señor, y yo soy su elegida.

XC

Un día te despiertas y ya no está.
Fuera lo que fuese, ya no es.

XCI

—Pero yo te quiero. Lo hago.

Fabio tira con suavidad del pico de su camisa para limpiar los cristales de las gafas redondas. Mi declaración llega tarde e hipócrita.

—Lo sé, Creta. Yo también te quiero. Una vez me hablaste de tu teoría del clic. Puedes conocer a personas que cumplan tu canon de belleza, que tengan tu mismo sentido del humor, con las que compartas intereses. Todo eso suma, no hay duda. Sin embargo, tu elección final se reduce al clic. Un factor intangible que te conecta a la otra persona y que hace que las cosas encajen. Entonces miras el mundo como si todo estuviese en el lugar que por naturaleza le corresponde en ese mismo instante; y sabes que es ahí. Porque no estarías en ningún otro lugar ni con ninguna otra persona en ese momento.

»Eso no te pasa conmigo. No, Creta, no te pasa. Déjame terminar, por favor, llevo semanas preparándome para esto y no quería llorar. Me fascina tu forma de pensar, me interesan las cosas que te interesan, ¡es tan injusto! En teoría somos perfectos. En la práctica, no funciona. A ti no te funciona. ¡Yo quiero hacerte feliz! Pero tú no quieres que lo haga. Estás empeñada en que tu felicidad está en otra parte y tengo que ser egoísta. Como tú. No, Creta, no digas nada. No digas nada, tengo que irme.

No sé qué decir. Negar lo que está diciendo Fabio sería un insulto a su inteligencia. No sé consolar a este Fabio que llora, como si él también hubiese visto de lejos que este momento algún día iba a llegar.

No sé qué decir, y de poco habría servido: sus maletas le esperan preparadas al lado de la puerta.

XCII

Abro las ventanas. Dejo que entre la luz, que se renueve el aire. Cambio las sábanas.

Sacudo lo que sea que quede de Fabio. Un par de pestañas y sus células muertas.

XCIII

—Creta, Milo no te quiere. Te utiliza. ¿Por qué no lo ves, joder? Es que ya me cabrea. No entiendo cómo te dejas gobernar por ese psicópata. Mira, voy a colgar. No quiero decirte nada de lo que me arrepienta después.

Edo finaliza la videollamada y en mi pantalla quedan los rostros de Vico y Cami, que es la siguiente en hablar.

—Boluda, tengo que irme, Álex me está esperando… Vos sabés lo que hacés.

Vico y yo nos quedamos a solas. Me adelanto, no la dejo decir nada:

—Es el amor de mi vida, Vico. Entiendo que no os entusiasme la decisión, pero ha cambiado. No va a volver a hacerme daño. Está arrepentido, arrepentido de verdad. ¿Te he leído los correos que me envió? Está mucho más cariñoso, ¡hasta ha venido a Londres! Nos queremos. Vamos a vivir juntos, vamos a empezar de cero. De verdad, lo sé, sé que esta vez es distinto. Lo siento en los huesos.

XCIV

E.

Tiene a mi amiga secuestrada.

Le elige, y le elige, y le elige. ¿A qué está esperando? ¿A que Milo le suelte una hostia?

Le mato. Como le toque un pelo, le mato.

La semana pasada, el tío se enfadó porque no le gustó una de nuestras conversaciones de WhatsApp. Pues que no hubiera hurgado en su móvil a escondidas para leerlas. Menuda bajeza. Valiente hijo de puta.

Eso no es amor: el amor no duele. Me da igual que sea un topicazo; es una verdad como una catedral, hombre. Esto que este delincuente ha normalizado no puede estar más lejos de ser eso, normal. La trata como si fuera una cría desvalida, la despoja de la libertad de expresión y voluntad de decisión. La anula. ¿Cómo va a quererte una persona que busca reducirte a tu mínima expresión? ¿Cómo se venera un amor que se nutre de tu desaparición? ¿Cómo se confía en alguien que ve la falta en lo que eres y ama aquello que no eres? Ya no sé cómo decírselo. Es joven, es inteligente, es divertida, es atractiva. Es una mujer que siente puro. Tengo clarísimo que va a haber hombres buenos que subrayen sus virtudes, que la apoyen, que la quieran bien. Tiene tanta vida por delante… ¡Piensa en las posibilidades! Entiendo que de momento no se vea con otra persona. El problema es que se ve con él. Con un tío imbuido de masculinidad tóxica, de los de «los hombres no lloran y son infieles por cuestiones de la naturaleza», un tío borracho de testosterona que la ha llamado puta, loca, gorda. Un tío que cualquiera querría tener lejos. Menos ella. Ella no, porque le quiere y le quiere cerca. Es como si el amor justificase este afán de destrucción.

Además, de esto cada vez se habla más. Hay más gente que ha pasado por este tipo de situaciones, joder. Estoy aquí para ayudarla, con Vico, con Cami. No somos el enemigo. Somos su equipo. Solo hace falta que quiera escuchar.

Pero Creta tiene a mi amiga secuestrada.

XCV

C.

¡Vico, adorada! ¿En qué estás? Te aviso en un rato si querés y hablamos por el cel. Bueno, ta, te contesto al audio mientras. ¿Estás en Mercadona? Escuchame, ayer me cociné la cena y me hice unas espinacas a la crema de Mercadona que vienen congeladas. Porque una amiga del trabajo me las recomendó, me las compré, me las hice recién… y son una delicia, Vico, no te imaginás. Pero una delicia. Mi impresión: exquisitas. Te las recomiendo.

Eh, ¿qué te iba a decir? Sí, muy fuerte lo de Creta, no puedo creer que esté tan colgada de ese pibe. Pero, mirá, vos no tenés que salir con él: la que tiene la relación es ella.

Yo ya le dije: «Creta, pensá que puede ser que estás proyectando y capaz que él no sea tan como crees que es. Porque si algo no va como esperás, por cómo sos vos y tus inseguridades con él, vas a pensar que vos sos el problema». Y ya. En el resto, obvio que no me voy a meter. Che, yo no tengo más que decir. Igual no tenemos las herramientas para ponernos en su lugar. Porque ella está recontenta.

Si quiere esto y es feliz, yo no tengo más que decir, ¿entendés?

XCVI

V.

Estoy en Mercadona haciendo la compra. Ya ves, una cosa normal. Tengo una bolsa de espinacas a la crema en la mano cuando suena el tono de Skype en mi teléfono. Es Creta. Concentra la felicidad en una única frase: «Vico, ¡está aquí!». Me cuenta que Milo ha cogido un avión a Londres y en ese momento me rompo. No puede ser. ¿Y qué pasa con Fabio? ¿Ya nada?, ¿ya está? No entiendo el significado de sus vagas respuestas, solo escucho su voz. Pocas veces la había escuchado así. Emocionada, como si le hubiese tocado la lotería. Me deja a cuadros. A cuadros y triste. No podía dejarla ser feliz, el muy capullo. ¡Después de todo! La escucho justificarse, y en mi mente un marcador: Milo 1- Creta 0. Él ha ganado otra vez y nosotras volvemos a la casilla de salida.

Sí, nosotras, en plural. Porque la que estará ahí para recogerla seré yo. Ojalá no haga falta. De verdad, ojalá me equivoque y esta vez sea distinto.

Por su bien, espero que esta vez sea distinto.

Edo y Cami se han apartado. Tampoco los culpo. Pero no, yo no. Alguien tiene que estar aquí, al otro lado.

Pendiente de los movimientos de ese pedazo de cabrón.

XCVII

Si me lo pidieras, lo haría ahora mismo. Saldría de la cama, me pondría los zapatos, iría a cualquier juzgado y firmaría lo que hubiera que firmar. Me casaría contigo hoy, así mismo, en pijama. No tendría nada que pensar, nada que decir. Nada que decir más que «Sí, quiero, ¡por supuesto que quiero!».

Si me dijeras que has matado a alguien, te ayudaría a esconder el cadáver. Lo meteríamos en un maletero, iríamos de noche a un bosque y lo enterraríamos mientras llueve; como en las películas. Sería tu cómplice. Confesaría que lo he hecho yo por salvarte a ti. Si descubriéramos que somos hermanos, continuaría con el incesto. Continuaría con la seguridad de que la sangre nos une, y la sangre y la lealtad hacen familia.

Soy una adicta. Soy adicta al hipnótico subir y bajar de tu pecho al respirar lento mientras duermes. No quiero dejar de mirarte, no puedo. No hay un segundo que quiera perderme del espectáculo que es tu cuerpo dormido. Estoy enganchada al ancho de tu espalda de nadador, a tus rizos, a tu cara. Esa en la que beso tras beso tras beso, casi sin rozarte, evito interrumpir tu sueño. Me pego aún más a ti, en un intento de que cada centímetro de mi piel cubra la misma medida de la tuya. Quisiera que no quedase ni un espacio libre entre los dos, que mi piel de cera se derritiese y se adhiriese a tu cuerpo para estar siempre pegada a ti.

Acerco la cadera, me abrazas sonámbulo. Olisqueo tu cuello, devota de la sangre que corre por tu yugular. Has sudado. Ladeo la cabeza para situar mi nariz justo bajo los orificios de tu nariz aguileña. Me quedo quieta, muy quieta. Me centro en tu respiración, la acompaño con la mía. Cuando inspiras, aprovecho para espirar, para sacar de mí el aire, dejar hueco. Cuando exhalas, inhalo. Inhalo tu aire, el aire que has respirado, que sale de ti, que huele a ti, a tu aliento, a tus entrañas. Tu olor me hace afortunada.

Milo. Mi Milo.

XCVIII

A veces se me olvida que no somos la misma persona.

XCIX

En la boutique tengo que dar treinta días de preaviso o notice period, como lo llaman aquí. Treinta días, a pesar de que podrían encontrar a una nueva dependienta en menos de dos. Estamos en Londres: bastaría con salir a la calle y preguntar a alguien si quiere el trabajo.

La encargada me persigue. Se presenta en la tienda de improviso en sus días libres, me persigue cuando doblo la ropa, cuando estoy en la caja, cuando atiendo a un cliente. Me persigue tenaz y pegada a mi espalda, inquisitiva, presionante como un perro de caza. ¿Por qué dejas el trabajo? ¿Dónde vas a trabajar? No esperes una buena recomendación. Podría hacer que me pagases el uniforme, ¿sabes? ¿No te da vergüenza irte y dejar esto así?

Se niega a creer que puedo permitirme no trabajar aquí, que —al contrario que ella— tengo la posibilidad de elegir. Exige que realice las tareas más tediosas y prohíbe a mi compañera que me ayude bajo ninguna circunstancia. Debo colocar las perchas a tres dedos de distancia entre sí, vigilar que no estén torcidas, limpiarlas cada pocas horas para que no se acumule el polvo. Nada de atender clientes, nada de vender y, por tanto, nada de comisiones.

No rechisto. En treinta días, esto no será más que un mal sueño. Coloco, vigilo, limpio. Un día menos, un día menos.

La escucho gritar mi nombre desde el cuarto de empleados.

—Creta! Come here!

Me pide que la siga al almacén, donde continúa su cansino discurso mientras ordeno las prendas.

—Creta, ¿tú te miras al espejo y crees que eres buena persona? Dejar el trabajo así, en plena campaña de Black Friday, previa a la Navidad. ¿Qué te parece que le diga a tu compañera que no se puede ir de vacaciones por tu culpa?

—Por mi culpa no es. En todo caso será por vuestra mala gestión e incapacidad para encontrar a alguien que me sustituya en un plazo de treinta días.

He ensayado las respuestas con Milo. Practicamos también el discurso, los dos juntos, en el salón.

«Quería hablar contigo porque quiero dar mi preaviso de renuncia. Dejo mi puesto de forma efectiva en treinta días. Agradezco la oportunidad, pero ahora mismo quiero dedicarme a otros proyectos personales.»

Milo me instruyó sobre el arte de fingir seguridad: me dijo dónde mirar, qué gestos hacer, me aconsejó qué postura debía adoptar ante los ataques. Intuía que algo así podía pasar con la encargada. Yo la había visto en acción con otras compañeras. Con Mihaela, por ejemplo. Mihaela es alta y delgada, pero tiene una cara tan dulce que podría causar diabetes, enmarcada por una larga melena oscura. Se le forman unos deliciosos hoyuelos a ambos lados de la boca cuando sonríe, y los ojos verdes se le iluminan como el abdomen de las luciérnagas. Lleva en Londres desde los dieciséis años, edad a la que consiguió una beca para terminar aquí sus estudios. Después consiguió otra, que le permitió estudiar en la Universidad de Westminster. Vive en una habitación compartida con Benedita, una chica portuguesa. Un día me confesó que también trabaja de escort. Acompaña a señores ricos a fiestas, eventos, incluso a viajes. Ahora tiene un cliente fijo, al que llama su novio. Es americano, de unos cincuenta y tantos, y apenas se ven un par de veces al mes, cuando él le dice a su mujer que tiene que pasar fuera unos días por cuestiones de trabajo. El caso es que, gracias a su novio, Mihaela envía dinero a su familia en Rumanía y ahorra para pagar el máster. Pero quiso más. Su hermana pequeña pensaba mudarse a Londres y necesitaba más espacio. Versace le ofreció un puesto de key holder en su tienda de Knightsbridge. Sería la responsable de abrir y cerrar cada día, dirigir al personal en ausencia del encargado y formar a las nuevas incorporaciones.

Tuvo la torpeza de confesarle a la encargada su próximo destino. Y claro, la encargada llamó a Versace y Mihaela se quedó sin oferta. Mihaela acabó dejando la boutique, no sin antes tener que soportar reproches y humillaciones varias de la encargada.

Por eso, sé que lo que está pasando es normal aquí. Lo mejor es no entrar demasiado al trapo, contestar con argumentos secos e irrebatibles, y esperar que los treinta días pasen en quince.

Con la vista fija en el perchero que tengo delante, ignoro los gritos de la encargada. Al rato se despega de mí. La acompañan el sonido de sus pisadas hacia la puerta y gira la llave en la cerradura.

¿No habrá…? No, cómo me va a haber encerrado. Pero la puerta no abre. Incrédula, pruebo a girar el pomo y empujar un par de veces más, sin éxito.

La rabia me empantana, roja y fiera, me despierta como un tigre hambriento y estalla al fin.

—Será hija de puta.

Me giro hacia el estrecho almacén y la oscuridad me devuelve la mirada.

Alguien vendrá, tarde o temprano. Algún cliente pedirá una talla que no está en exposición, o mi compañera me echará en falta; en algún momento alguien tiene que venir. Pasan las horas, opacas, pasan y no sé cuántas. Pasan y amaso la ira, la arrullo en mis brazos, la acaricio como a un gato, le afilo las garras hasta que escucho un trasteo detrás de la puerta y un chasquido metálico que me libera.

Se va a enterar. Treinta días, ¡y una mierda!

Voy directa al cuarto de empleados. La encargada está sentada, mirando el móvil ajena al hecho de que me acaba de dejar horas encerrada en un almacén. Si pudiera, la reduciría a cenizas a la muy miserable. ¿Quién coño se ha creído que es?

Me quito la camisa del uniforme y se la tiro con saña a la cara.

—Mañana ya no vengo. Apáñatelas.

Mientras me visto con mi ropa de calle, la siento atónita y colérica a mis espaldas. Está buscando la forma de hacerme daño, de ganar esta batalla.

—Algún día puedo estar cenando con tu próximo jefe. Estas cosas no se me olvidan —me espeta con su voz aguda.

Floja. Muy floja.

Me vuelvo lento hacia ella y le sonrío. Chulesca, venida arriba, jactanciosa. Porque esto ya no me importa. Tú no me importas. No eres más que la encargada de una tienducha de mala muerte, y yo, cariño, yo lo tengo todo. Saboreo mis palabras antes de escupirlas.

—O puede que algún día cene yo con el tuyo.

Jaque mate.

El enfrentamiento ha sido expectorante. Salgo de la boutique más ligera, con los miedos zarandeados y la seguridad de conocerme invencible. Paseo hasta Regent Street, donde el brillo de los ángeles color champán y las luces doradas que sobrevuelan a los transeúntes se me antoja una metáfora de lo que está por llegar.

C

—Te estás precipitando.

Mi padre es rotundo. No hay que leer entre líneas: te da el titular. No le gusta nada que haya vuelto con Milo y mucho menos que haya dejado la tienda.

—Pero, papá, no tenía sentido seguir allí. Ya está hecho.

—Era un buen trabajo, Creta. Te hemos educado para tener independencia económica. Con esta decisión, te equivocas.

Dice que tengo que ser paciente, que a veces hay que empezar desde abajo. No me entiende. No entiende que la encargada era una explotadora, que a Milo le han subido el sueldo y las horas en la oficina y que los horarios de la tienda son una locura y casi no coincidimos. Sugiere que puedo encontrar otro trabajo, aunque sea a media jornada, en alguna otra tienda o en algún museo incluso. Eso me encantaría, pero no sé, no es el momento. La tienda ya no da para más, y el sueldo es una miseria, eso está claro. Milo me apoya, incluso me anima a que me coja un año sabático para pensar bien qué quiero. Seguir en la tienda sería una pérdida de tiempo. Él me entiende. Sé que solo quiere lo mejor para nosotros.

A través del teléfono, escucho la calada que mi padre le da a su pipa. Lo imagino sentado en su despacho, rodeado de libros, pensativo mientras se atusa el bigote.

—Antes de que volviese Milo a tu vida estabas contenta. Lo siento mucho, hija, pero ni tu madre ni yo podemos apoyarte con una decisión que no comprendemos.

Cuelgo con el corazón inundado de contradicciones.

CI

R.

Elegí un vestido de flores azules. Su amplitud disimulaba con gracia la vida incipiente que se abría paso desde hacía un par de meses. En la hermosa isla de Creta, decidí que vestir de blanco no tenía sentido ahora que sabía que pronto seríamos tres. Con la tela sobrante del bajo, le hice a Otto una corbata a juego.

La celebración duró tres días. Decidimos casarnos en la Alpujarra, una boda íntima, rodeados de familiares y un par de amigos cercanos. Al fin y al cabo, algo pequeño era todo lo que nos podíamos permitir en aquel entonces. El banquete fue al aire libre, un picoteo de pie en la plaza principal al que se unieron varios espontáneos del pueblo y una panda de verdiales. Los invitados aún recuerdan con una sonrisa la música del pandero y los platillos, las guitarras y castañuelas entre cintas de colores.

Éramos tan jóvenes. A mis padres no les hizo especial ilusión la idea de que me casase con alguien que conocía desde hacía tan solo un año. Me insistieron en que prolongase el noviazgo, que esperásemos un poco más. Les escandalizó mi comentario afirmando que siempre podía divorciarme si aquello salía mal. Su preocupación se suavizó cuando accedí a casarme por la Iglesia. Hemos pasado algún bache, después de todo son muchos años de matrimonio. Pero tenemos claro que nos hacemos mejores, que somos un equipo. En el trabajo y en la vida funcionamos como un reloj suizo.

—Está muy equivocada. Este desgraciado… —murmura a mi lado.

En la cama, me inclino hacia Otto. Estudio el rostro oliva de mi marido, su bigote cano, las arrugas de la frente y el gesto amargo que delatan su preocupación. Me acerco más a él y poso una mano firme sobre su pecho. Una suerte de reiki, un rito que pretende reconfortarlo y limpiarle la pesadumbre antes de decirle que es nuestra hija, pero que es su decisión. Que lo entiendo, claro, pero que no. Que yo la traje al mundo, y la veo y la siento y me necesita. Tengo que estar cerca en todos los sentidos. Que sepa que puede hablarme, contar conmigo. Porque no: no estoy dispuesta a perder a mi niña por este desgraciado.

CII

Sus dedos largos sosteniendo la taza de café, la corbata echada hacia atrás cuando se encorva hacia el desayuno, la chaqueta del traje abraza su espalda. Estoy llena de él, llena de amor. Podría sobrevivir solo mirándole.

Recojo los restos y salgo a correr. Cuando vuelva me preguntará si he hecho ejercicio y no quiero mentirle. Se preocupa por mí, me ayuda a ser constante. Vuelvo a casa, me ducho y ordeno. No le gusta el desorden, en su casa siempre fueron muy estrictos con eso. Friego los platos, limpio la encimera, barro el salón. Leo un libro, doy un paseo. No pasan las horas. Menos mal que es temporal, no sé si estoy hecha para esto. Ahora voy a descansar un poco, buscaré trabajo más adelante, algo más digno, como dice Milo. También dice que las cosas serán distintas cuando sea madre, que me conoce y sabe que es lo que me hará feliz de verdad. Feliz de verdad. Yo pensaba que ya era feliz, pero parece que hay una forma de felicidad superior, más real, más sentida. Me miro la barriga frente al espejo, me pongo de lado, la lleno de aire y la sujeto con las manos. No sé si es el momento. Me relajo y la piel vuelve a su sitio, los huesos de la cadera apuntando hacia fuera, queriendo salir. La mayoría de los pantalones se me han quedado grandes, he bajado al menos dos tallas. El otro día Milo me dijo que, si no fuera por la tripita, tendría el cuerpo perfecto. Soy casi perfecta para él.

Casi.

Tengo tiempo, quizá salga otra vez a correr.

CIII

Prepara una maleta de mano, nos vamos de aquí.

No sé a dónde vamos, pero me siento como una niña a la que llevan a Disney. ¡Una sorpresa! ¡Milo me ha preparado una sorpresa!

Tardamos unas tres horas y media en llegar a la zona de Peak District, un parque nacional cerca de Birmingham. Paso la mayor parte del trayecto con la nariz pegada al cristal de la ventanilla, admirando las montañas, los prados y valles, las tonalidades de verde. Sonrío como una colegiala. Me vuelvo hacia Milo, hacia su media sonrisa, y le doy una vez más las gracias. Gracias por hacer esto, por sacarnos de la rutina, por demostrarme que has cambiado.

Aparcamos el coche de alquiler en una zona de gravilla del complejo de casas rurales. En la recepción nos dan una llave de la que cuelga un trozo de madera, con el nombre de nuestra cabaña grabado en él. El cottage en el que nos quedamos es una casa de ladrillo, con ventanas enormes y una verja de madera. La fachada tiene un par de enredaderas que la cubren del frío, y el jardín tiene arbustos frondosos que crecen salvajes. En la habitación principal se abre una ventana, a la que llega el mugir de algunas vacas. Milo saca de su maleta varias botellas de vino tinto, una cuña de queso, una bolsa de regañás y un chorizo que trajo de su última visita a España.

Salimos a dar un paseo y a buscar algo de leña; nos reímos juntos cuando llenamos la casa de humo al intentar encender la chimenea del salón. Hacemos el amor en el sofá frente al fuego, nos damos besos manchados de vino. La mañana siguiente, Milo me trae el desayuno a la cama.

Lloro. Lloro de felicidad. Me parece que estoy en un sueño, que es demasiado bonito, que no me merezco esto. Lloro de felicidad, Milo me abraza fuerte, y susurra: «Mi isla, mi vida, mi amor». Y yo lloro. Lloro y me deshago entre sus brazos.

Me acuerdo de aquella frase de *El beso de la mujer araña:* «Lo más bonito de ser feliz es que crees que ya no volverás a estar triste».

CIV

¿Lo más parecido a la magia? El amor.

CV

¿Quién no iba a apostar por nosotros? Era yo agarrada a ti y tú agarrado a mí. En mayúsculas y sin igual. Dos partes de un mismo todo, el foco de esa dosis de calor, de amor desmesurado. Que digan lo que digan, *siempre* es el momento y el lugar, y que los años al fin y al cabo no son más que una forma de medir, que no abarca ni por asomo la impotencia de las despedidas, el temblor de mis piernas, la intermitencia o los desencuentros, todo lo que ha sido la mejor de las épocas y el peor de los tiempos.

Juntos. Estamos juntos.

Míranos. Queda tan atrás la lluvia de aquel diciembre y el tuyo es el único tacto que sigue pidiendo a gritos mi cuerpo.

Te quiero. Nos quiero. Da igual cómo lo escriba, que no se puede describir.

Flotamos hasta casa, paseando las calles de la mano. Paras un momento, haces que gire sobre mí misma y bailamos una melodía muda que suena en tu cabeza. Te digo que te quiero, que te adoro, que quizá he bebido demasiado champán. Y me río, me río mucho, porque eres todo lo que necesito.

Llegamos a casa y me abrazas por detrás. Te restriegas fuerte contra mí, noto tu excitación.

—Estoy algo mareada…

Rechazas mi voz, sigues buscando mi cuerpo.

Sujeto tu muñeca para tratar de detener el avance de tu mano por la frontera que ahora es el elástico de mis bragas.

—Milo, ahora no…

Giro la cabeza hacia el lado contrario, forcejeo. Tus labios encuentran mi cuello. Me retuerzo y siento tus dedos clavados en mi garganta.

—En serio, quita…

Te ríes soberbio. No me escuchas. Mueves tu cuerpo hasta estar encima de mí. Sigues tocando mi cuerpo como si fuera el tuyo.

—¡Milo! ¡Me haces daño!

Me aplastas. Tu insistencia me pesa feroz. Haces lo que quieres

conmigo. Me rindo. Cuento en silencio: un, dos, tres, cuatro. Espero que acabes rápido. Cinco, seis, siete, ocho.

No me escuchas.

No estoy.

No importo.

CVI

Mi cuerpo, sabio, rechaza tus fluidos.
Te caes de mí.
Qué asco.
Qué asco y qué pena.

CVII

Contemplo a Milo desde la altura de las gradas. Salpica cada brazada; calmo, se abre paso por la calle de cloro. En la piscina, su cuerpo ingrávido parece no recordar el empuje sobre mi vientre, mis muñecas, mi voz. Un peso que sigue adherido a mí y me envuelve de repulsión y náusea, una culpa que me penetra y chirría y duele. Un peso que me hundiría hasta el fondo de esa misma piscina y haría que traspase el suelo de gresite, y el cemento, y la tierra sucia, hasta dejarme sepultada en un abismo ciego de cualquier luz. El calor climatizado empaña los cristales, me comprime el pecho y no me deja respirar.

Tengo que salir de aquí.

Corro al baño y me meto la mano en la boca para alcanzar mi campanilla con los dedos, la toco hasta que la bilis me quema la garganta y me raspa agria la lengua, necesito acabar con esto, sacarme fuera la decepción, deshacerme de esta angustia. Me lavo la cara con agua fría y cierro los ojos para evadirme, para volver a mi infancia, a caminar sin zapatos por la orilla de la playa con mi padre y lanzar piedras lisas y ovaladas, lejos, lo más lejos posible, como si fueran problemas, que de repente saltan y se sumergen, y se desvanecen bajo el agua hasta que ya no los ves más.

No quería hacerme daño. Estoy segura. Es Milo, mi Milo.

Me acerco al borde de la piscina y meto la mano para que sepa que estoy ahí. Detiene su nado y me sonríe torcido. La fuerza de sus brazos contra el bordillo impulsa hacia fuera su cuerpo, mojado, brillante, impecable, como un héroe griego en escultura de mármol. Se quita el gorro de plástico y los rizos le caen flácidos sobre la frente cuando se inclina hacia mí y me abraza. Ese abrazo contiene nuestra historia, el amor que conozco y el tabú que nos envuelve.

Hundo mi cara en su pecho y me acaricia el pelo. Por fin, me siento a salvo: solo él puede curarme esta herida.

CVIII

Tic, tac. Las once de la noche.

Llegas tarde otra vez. Te envío un mensaje: «¿Te queda mucho? Te estoy esperando para cenar».

Las doce menos cuarto. Tic, tac.

La pantalla del móvil se ilumina cuando la toco para ver la hora. No has contestado.

La una y diez. Tic, tac.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Salta el contestador: «Hola, soy Milo. Deja tu mensaje después de la señal».

«¿Milo?» Enviar. «Te he llamado.» Enviar.

Dos tics. Recibido.

Camino de un lado a otro, suelto el móvil en la mesa. Me asomo al balcón, me inclino sobre el poyete de cemento. Busco tu porte entre los transeúntes que pasan, busco distinguir tus andares hacia el portal.

Recuerdo la historia de Barba Azul:

—Hermana mía, ¿viene alguien?

—Sí, veo una gran polvareda que hacia aquí avanza.

—¿Son mis hermanos?

—Ay, no, ¡que son carneros!

No te veo.

Las dos y cuarto. Tic, tac. Escucho el ascensor.

Corro hacia la puerta, espío por la mirilla. Oscuridad. No hay nadie en el rellano.

Vuelvo a llamarte. Teléfono apagado. ¿Te habrá pasado algo? Me muerdo las uñas. Prometí que no lo iba a hacer más.

Las tres y media. Tic, tac.

Llamo.

Dejo un mensaje.

Te escribo.

Vuelvo a llamar.

CIX

—¿¡Qué coño te gusta de mí, Milo!? Me desquicias. Me revuelves, me transformas en alguien que no soy y me niego a ser. Me niego, ¿me escuchas? No quiero esto. ¡No lo quiero!

—Creta, eres una puta exagerada. Siempre con tus dramas egocéntricos. Solo te he dicho que…

—¡Me agotas! Según tú, todo lo hago mal. No sé qué esperas de mí. ¡No sé qué quieres de mí! ¿Para qué has vuelto a mi vida?

—¿En qué mundo vives? ¿No sabes que las parejas discuten? ¡Que esto es normal! Has visto demasiadas películas. No puedes ser tan débil.

—Estás muy equivocado. De nosotros dos, yo soy la fuerte. Había rehecho mi vida. Mi vida sin ti. Eres tú el que ha vuelto.

—Creta…

—No puedo más. Necesito que me dé el aire. Me voy.

Camino decidida calle abajo. Respira, respira. No te rompas, has estado bien. Sabes que puedes ser fuerte, lo eres. Confía en ti. No te rompas ahora, me repito. Respira, respira.

Veo el Starbucks de la esquina y decido que un capuccino escandalosamente caro me hará sentir mejor. Espero mi turno en la cola, con los auriculares puestos aunque no suena la música. Con ellos me siento refugiada, como si llevara colgada una señal de NO MOLESTAR.

—Grande, por favor. Sí, para llevar.

Doy sorbos con cuidado mientras paseo y evito mover la tapadera de plástico y volcarme el café encima porque ya sería lo que me faltaba. Deambulo por el barrio, sujetando el vaso de cartón con las dos manos, procurando que me las caliente.

El frío me templa el ánimo y las ganas de bronca. Yo quiero que estemos bien. ¿Tanto pido? ¿Por qué no dejamos de discutir?

Con Fabio esto no me pasaba. Con Ribas esto no me pasaba. Pero ni Fabio ni Ribas eran Milo. Mi Milo.

Supongo que son rachas. Las relaciones no son perfectas. Pasa como con los hermanos, ¿no? Te peleas y te dices cosas, pero son cosas que

no piensas, porque lo que se dice cabreado no cuenta. Pero me suelta cada barbaridad…

Vaya día de mierda.

Abro la puerta de casa y Milo se levanta a recibirme.

—Estás helada —me dice.

Y me besa, me besa las manos, me besa la frente, me besa el lunar de la nariz.

—No sé qué haría sin ti, mi isla.

El enfado se derrite.

CX

¿Me lo estaré inventando todo? ¿Estaré exagerando? ¿Estaré creando una versión solipsista, deformada por una tendencia de víctima ególatra que me niego a reconocer? Es eso, ¿no? Me estoy haciendo la víctima. Me estoy volviendo loca.

Jamás debería haber vuelto contigo.

Podría haberle dejado en paz. Es fruto de mi inseguridad. Mi maldita inseguridad arrasa con todo. Le digo que no se pone en mi lugar y soy incapaz de ponerme en el suyo.

Deja de llorar, Creta.

Eres una puta pesada. Deja de llorar.

CXI

No sé si llueve o ya ha llovido, no entiendo del presente o del pasado, mucho menos del futuro. No entiendo la vida fuera de este colchón de 140x200. Me habla en otro idioma, un idioma desconocido que no consigo desencriptar, que suena familiar pero no comprendo, y me sorprende haberlo sabido hablar alguna vez.

Coloco mi peso de costado y encuentro los ojos de Milo. Los entorna, inquisitivos, frunce el ceño y se le escurre un soplido contrariado entre los labios.

Se aproxima tormenta.

—No has perdido el tiempo, ¿eh?

—¿Perdona?

—Qué asco. Prefiero no saber a cuántos tíos te habrás follado.

—Es coña, ¿no?

—Creta…

—No, en serio. ¿Tengo que recordarte que fuiste tú el que me dejaste y te fuiste con otra? Es que igual esperabas que me metiese en un convento, no lo sé.

—No pensaba que fueras ese tipo de tía. Qué puto asco.

Abandona erizado las sábanas deshechas y sale de la habitación.

Mejor, pienso.

Abro los botones de la camisa del pijama y observo mi pecho pálido, derramado hacia los lados, descansando blandos los pezones. El ombligo a ras, la piel tersa. Mi cuerpo desde fuera; mi cuerpo, el de una extraña. No hay lesiones, ha errado el tiro. Hoy estoy lejos de la ofensa.

Las emociones disociadas, el corazón en modo avión.

CXII

Tengo un retraso. Tengo un retraso y estoy muerta de miedo.

Dentro me laten las dudas, siento que crecen empujándose un sitio. Vacilo entre comprar un test de embarazo y acabar con esta incertidumbre de un tirón, ¡ras!, arrancar la tirita; o sostener este momento en el que nada es certero, en el que todas las opciones existen. Puede que dé positivo. Quizás esta sea mi única oportunidad de ser madre. Puede que sea incapaz de tener hijos, que me raspasen más de la cuenta, que no quede yacimiento fértil.

La culpa pesa como una losa.

CXIII

He tenido un sueño.
Un sueño raro y largo y confuso.
Un sueño que amanece sumergido en un lago de sangre grana.

CXIV

La sala de espera está más llena de lo que imaginaba.

Mujeres mayores que hablan en voz alta, demasiado alta. Mujeres jóvenes acompañadas por sus parejas que vienen a pedir la pastilla del día después. Una madre que juega con el pelo de su hija, de unos cinco años. Una chica, sentada en una silla de ruedas con las iniciales del hospital, está doblada sobre sí misma, doblada de dolor, con la frente apoyada en las rodillas de su novio, que está ocupado hablando por teléfono y quejándose de vez en cuando. No lo soporto. Quiero que se calle. Me gustaría que dejase el móvil de una vez. Que le cogiera la mano a su chica, que le hiciera un cariño, que le preguntase de vez en cuando ¿cómo estás? y le dijera que todo va a ir bien, aunque en el fondo no lo sepa, porque en el fondo no tiene ni puta idea.

Me gustaría que mi madre o Pune estuvieran aquí conmigo. Pero estoy sola, sentada en una silla de plástico azul. ¿Por qué las sillas de los hospitales son tan incómodas? Podrían tener un pequeño gesto, ofrecerte un sillón mullido en el que llevar mejor la espera o acomodar el dolor. El dolor y la rabia de estar aquí, al lado del vacío de otra silla de plástico azul, desierta e incómoda. Sola.

Mi espera ya ha alcanzado las dos horas completas. Las horas pasan lentas en las salas de espera.

Vengo a que me receten unas pastillas anticonceptivas. Milo está trabajando, no sabe que estoy aquí. No puede saberlo. Se puso hecho una furia cuando, después del retraso, le dije que yo no estaba segura. No creo que sea el momento de intentar tener un hijo. Él se pasa el día fuera, a menudo no vuelve hasta la madrugada. No tengo trabajo, no sé cuánto tiempo nos queda en Londres, no tengo a mi familia cerca. No quiero hacer esto sola. Además, están las peleas. Los gritos, los golpes en la mesa. Hace una semana, por ejemplo. Me dijo que el piso está hecho un desastre. Que si no sé cómo llevar un piso, cómo voy a llevar una casa. Que si su madre lo viera, le daría vergüenza. Tendría que haberme callado. Pero en vez de callarme, dije: «Menos mal que tu madre no está aquí, ¿no?». Porque ¿quién ha dicho que sea

responsabilidad mía? ¿En qué siglo vivimos? ¿Soy su pareja o su asistenta?

Para qué diría nada. Estuvo días sin dirigirme la palabra. Al cuarto día, contraté a una limpiadora para que me ayudara a dejar el piso impoluto. A partir de ahora, va a venir cada jueves, mientras Milo está en el trabajo. Él no sabe nada. Supongo que hay ciertas cosas que me corresponde gestionar a mí, aunque sea a escondidas. A fin de cuentas, lo hago por el bien de los dos.

Es curioso. Siempre pensé que el amor era trabajo en equipo.

CXV

Bocabajo. Deja el móvil bocabajo.

Bocabajo sobre la mesa de los restaurantes en los que me aconseja la ensalada, pero para él pide la pizza. Bocabajo en la taquilla del gimnasio durante el entrenamiento. Bocabajo en la encimera del baño mientras se ducha.

No me había fijado antes. Qué tontería. Yo misma lo dejo muchas veces con la pantalla sobre la superficie. Y no, de eso nada, jamás se me ocurriría darle la vuelta para mirarlo. Nunca cruzaría ese umbral de intimidad: no me gustaría que lo hicieran conmigo.

Hace semanas que no me toca, que no me mira, que no me ríe. Hace semanas que no está cuando está conmigo. Hace semanas que me atraviesa el desprecio que mal esconde. Intuyo algo que no veo. Lo sé con la tripa, que desde el fondo me ruge: ¡pasa algo! Porque sé que pasa algo. Un algo fantasma que me ronda y al giro ya no está. Me duele el futuro, me duele lo que no dice, pero yo escucho. Tengo una herida lacerante dentro que sangra, sangra y se empieza a infectar. Y un zumbido constante detrás de la oreja.

Entonces, una revelación. No. Que no. No me pienso dejar arrastrar.

Sacudo los hombros. Escupo la sangre. Me limpio la boca. Porque no pasa nada. No pasa nada, todo está bien. Son las conocidas inseguridades, los viejos miedos de siempre intentando abatirme. No voy a dejar que lo hagan, no me voy a rendir ahora. Ignoro el zumbido, el rugido de fondo, me muerdo la lengua. Sonrío. Sobre todo, sonrío. Sonrío sin rechistar, a su lado. Sonrío leal, como una perra, y espero que vuelva.

Milo. Mi Milo.

Un martes, después de natación, aparece en casa con un café y una magdalena de arándanos para mí. Un martes, es Milo, y no El Otro, quien vuelve a casa.

CXVI

La gota china. Ese método de tortura desquiciante en el que dejaban caer, una a una, gotas de agua sobre el preso. No caían con una fuerza desmesurada, no volcaban sobre el torturado litros de agua hirviendo desde varios metros de altura. Eran gotas. Una a una. Una gota, aislada, inofensiva. Pero después cae otra. Y otra. Y la siguiente. Siempre sobre un mismo punto de la cabeza.

Ploc. Ploc. Ploc.

No tengo consciencia de cuándo conocí a El Otro. Creo que cuando se presentó por primera vez a través de alguna leve mueca de descontento, aún no era yo capaz de apreciarlo. Sí que recuerdo, en cambio, la insistencia de aquella vez. Llevábamos un año, año y medio a lo sumo.

—¿Vas a ir así?

Desconcertada busqué la mancha, el roto, el indecoro en el espejo.

—No entiendo —respondí. Sin dobleces. No entendía.

—No sé, Creta: mejor cámbiate.

Perpleja, insistí con un «¿Qué pasa?». Ahí estaba. La mueca, la nariz arrugada, la bajada de temperaturas.

—Pero ¿no te ves?

Estaba claro que no. Por más que buscaba, no veía lo que él estaba viendo.

—Además, así vas a pasar frío.

¿Qué tiene de malo este vestido? Me lo he puesto otras veces, nunca antes me había dicho nada.

—Es vulgar. Te hace basta. Y estás gorda.

Ahí estaba otra vez. La cara de El Otro, la voz violenta. El basilisco. Yo, petrificada.

Cuando regresé de la habitación, con una blusa ancha y pantalones negros, El Otro se había ido. Estaba allí el Milo de siempre, mi gentil caballero, sujetando la puerta al salir.

El Otro tardó unos meses en volver. Fueron meses amables, en los que se difuminó el recuerdo. Pero empezó a visitarnos en las peleas, con comentarios que sonaban a imaginados, de esos que son lugares

de los que no se puede volver. Después solía darnos tregua, atrincherarse para coger fuerzas. Hasta que volvía.

Porque siempre volvía. Y dejaba caer una gota. Y otra. Y otra.

Seca, penetrante, corrosiva.

Ploc. Ploc. Ploc.

CXVII

Intento hacerme la loca cuando veo a Ribas en Bethnal Green. Pero acaba alcanzándome.

—¿Creta? ¡Oye, Creta! ¿De verdad te vas a hacer la loca?

Me vuelvo fingiendo sorpresa. Qué vergüenza. Intento mover mucho las manos, exagero la alegría de verle, alzo la voz, histriónica, para distraer su atención de mi pelo fino, mi ropa ancha, mi cara pálida sin maquillar. Me invita a que tomemos un café.

—Ribas, tengo prisa…

—Venga, joder, no seas así. Llevamos meses sin vernos. Un café rápido, va.

Atisba en mi pausa la duda y vuelve a la carga.

—Subo la apuesta a un café y una galleta. De esas de chocolate blanco que te gustan. Va, que estás en los huesos, joder. Por los viejos tiempos.

Accedo. Ribas sigue siendo irresistible.

Entramos en el Caffè Nero a la salida de la estación, y me habla de Marco, que regresó a Italia hace un par de meses; de James, que ahora tiene novia; de Fabio, con quien no ha retomado la relación. Me habla de Marie. Están viviendo juntos. Siento un vértigo de celos que me revuelve el café en el estómago. Le digo que me alegro por ellos, ¿qué voy a decir si no? Esto debe de ser lo que llaman hacer de tripas corazón. Cuando llega mi turno, le digo que estoy feliz. Que Milo es el amor de mi vida, que he encontrado un trabajo de oficina, a media jornada, con mejores condiciones. En la expresión de su cara, veo que sabe que miento. Me conoce demasiado. Pero es cortés, me sigue el juego. Invento una vida maravillosa, la vida que deseo tener. El potencial que existe entre los dos, el potencial por el que aguanto cada desplante, cada llanto. Después de lo que he invertido en esta relación, después de lo que hemos pasado juntos, no puedo abandonar ahora. Ahora que estoy a punto de ganar, ahora que cualquier día Milo me volverá a mirar como antes y seremos felices, felices de verdad. Un equipo, él y yo contra el mundo.

Nos despedimos como dos personas que saben que no van a

volverse a ver. Le abrazo fuerte y me besa en la frente.

—Hazme un favor, Creta: cuídate.

CXVIII

M.

¿Dónde has estado? Tocapelotas.

Eso eres. Una jodida tocapelotas. Jamás debería haber vuelto contigo. Te crees muy especial, ¿no? Con ese nombre de mierda. Vas de mosquita muerta, pero eres mala. Sacas lo peor de mí.

Santa Creta.

Eres una sosa. No tienes ni puta gracia. Me asfixias, me limitas, me haces la puta vida imposible. No vales para nada. No vales ni para limpiar. Mira cómo tienes el piso. Desordenado, hecho un desastre. Eres un puto caos.

Ni siquiera me quieres, solo estás obsesionada conmigo. Siempre haciéndote la víctima, siempre tocándome los cojones. Hasta mi madre me dice que tengo otra cara cuando no estás tú.

Sí, eso, llora, tú llora. Llora, llora que es lo único que sabes hacer: llorar. Hacerte la víctima. ¡Llora, venga, llora! Gilipollas.

¿Ves? ¿Ves cómo haces que me ponga? Es una reacción a tu acción.

Es tu culpa, te lo buscas tú solita. No hay quien te soporte. ¿Qué dices? ¿Que me vas a dejar? Pues muy bien, vete a tomar por culo, a ver quién te aguanta.

¿Crees que con otra persona las cosas serían distintas? ¿Que serías feliz sin mí? Nunca vas a ser feliz, Creta. Porque estás loca. Eres una puta loca y vas a acabar sola.

Sola y amargada. ¿Tú te has visto?

¿A ti quién te va a querer?

CXIX

¿A ti quién te va a querer?
¿A ti quién te va a querer?
¿A ti quién te va a querer?
¿A ti quién te va a querer?
¿A ti quién te va a querer?

CXX

P.

Si me preguntasen por Creta, hablaría de orquídeas, de libros, de olor a mar. Contaría que se emociona con tanta facilidad que cuando éramos pequeñas lloraba porque Peter Pan no tenía padres, o cómo la consolaba cuando nos íbamos de campamento en verano y echaba de menos a los nuestros. Me la imagino roja como un tomate, muerta de vergüenza. Pero yo presumiría, claro que sí, porque esto habla de su valentía al abrirse en canal y dejarte mirar dentro. Por supuesto, ella mira de vuelta: sabe descifrar secretos con los ojos. Hablaría de su risa, de su lealtad infinita y su empeño en buscar la calma aunque la tormenta esté justo encima de ella.

La misma tenacidad que la aferra a su relación como a un clavo ardiendo y a sus ganas locas de que salga bien. Se aferra a él. A muerte. Sin darse cuenta de que tiene ya quemaduras de tercer grado y la fuerza en carne viva.

Si me preguntasen por mi hermana, diría que es una adicta. No, no es adicta a las pastillas, a la nicotina o al alcohol. Es adicta a él.

Pero, como de todas las drogas, de esta también se puede salir.

Eso quiero creer.

CXXI

Los picatostes de la ensalada César crujen entre mis muelas y las paredes del salón tiemblan. Hoy hasta el sonido más exiguo se amplifica. Intento sofocarlo, sin éxito. Mastico a cámara lenta. Escucho la saliva que segregan mis glándulas, la lengua que marea la comida —de un lado a otro, de arriba abajo—, el esfuerzo de mi esófago para tragar la bola que se me ha hecho la vida mientras el silencio de su rabia zumba, atronando en mis oídos, dejándome sorda.

Sentado a mi lado en el sofá, Milo se ha retirado la corbata hacia atrás para evitar que se manche, y ahora cuelga sobre su espalda. Come inclinado hacia delante, con el plato sobre la mesa. Pienso: tenemos que comprar una mesa más alta.

Su chaqueta descansa en el reposabrazos que hay a mi lado.

Apoyo los cubiertos en el borde de mi plato, aún lleno, y me vuelvo hacia él.

Le miro paciente, invitándole al diálogo. Sus ojos van de la mesa a la tele, de la tele a la mesa. Está cómodo en su actuación, y la borda: es, sencillamente, como si yo no estuviera aquí. Me planteo la absurda posibilidad de ser uno de esos fantasmas que salen en las películas. Esos que no son conscientes de la propia muerte e intentan en vano comunicarse con el ser amado, gritando, colocándose frente a él agitando los brazos frenéticamente hasta que este le atraviesa. Puede que ahora Milo se levante y me atraviese, y yo me palpe el cuerpo y me mire las manos y repare, asombrada, en mi translucidez.

Intento entender por qué no me dirige la palabra.

Su silencio es afilado. Corta.

No hemos discutido. No he hecho ruido al levantarme, ni he encendido la luz para vestirme esta mañana. Le he enviado un mensaje al salir a hacer la compra, he vuelto rápido, sin entretenerme por el camino. Estaba en casa cuando él ha llegado hace ya casi una hora para comer. No entiendo, no intuyo. No sé.

Cauta, alargando un poco la primera sílaba, pronuncio su nombre.

—Milo.

Nada.

—¿Milo?

Interrogante, como quien pide permiso, extiendo el brazo hasta tocarle el hombro. Lo aparta con un chasquido palatal que manifiesta su fastidio.

—Milo, por favor… Pero ¿qué he hecho?

Se incorpora y se desabrocha el pantalón. Estira con fuerza la camisa hacia abajo, vuelve a abrocharse, se aprieta tenso el cinturón. Anuda fuerte la corbata y alcanza con un gesto brusco la chaqueta, que se pone sin mirarme. Coge su maletín del suelo y se dirige hacia la puerta.

Confusa, le sigo. Una vez más, insisto.

—Milo, por favor, ¿qué te pasa?

—Creta.

—Dime…

—Eres una puta pesada. Deja de tocarme los cojones.

Se va dejándome un portazo en la cara.

Me quedo ahí, pasmada, atrapada en la pregunta que se me ha incrustado en el cerebro: ¿qué acaba de pasar? Es normal que deje de hablarme durante un par de días cuando discutimos. Estaba acostumbrada a que no contestase mis mensajes o llamadas. Pero no hemos discutido, ¿no? ¿Qué he hecho?

Rebusco de nuevo en cada rincón de mi memoria, debajo de los cojines, entre los huecos del sofá, en la cómoda de la entrada, como alguien que ha olvidado dónde dejó las llaves. No lo entiendo. He recogido sus camisas de la tintorería del barrio al volver de la compra, hace meses que no cuelgo nada en Instagram para evitar comentarios o likes que puedan enfadarle, he reaccionado bien cuando me ha hablado de la posible visita de su madre. ¿Qué he hecho mal?

¿Y si no vuelve?

El estómago tira de mí hacia el baño. Agarrada a la taza del retrete, vacío su contenido mientras empujo el suelo helado con los pies descalzos. Con la boca pastosa, llena de un sabor ácido y amargo, vuelvo mareada hasta el sofá. Me acurruco, busco mi pecho con las rodillas.

Revisito mis vidas procurando mantener una mirada aséptica. La vida de antes, la vida sin ti, la vida ahora que has vuelto.

La primera es onírica. La invoco desde fuera, película con filtro sepia. Los primeros encuentros, teñidos con esa ternura infantil que dejé atrás en la huida. Si teníamos entonces los mismos problemas, no era consciente de ellos. Lo que no se nombra no existe, y tú eres mi punto ciego, sordo y mudo.

La vida sin ti, que descubrí a las bravas, me la topé de bruces. Qué

vértigo, qué a la deriva. Con el tiempo, eché amarres en mi familia, en mis amigos, antiguos y nuevos, fui dibujándome despacio en el espejo una sonrisa que no se esfuerza, un mirar casi de frente, otro yo nuevo que se me iba pareciendo, aunque distinta. Me embarqué en otras formas de amor: un amor lúdico, un amor compartido, un amor expansivo, un amor calmado. En el punto convergente de todos ellos, me encontré conmigo. Reconquisté territorios de mi esencia que había olvidado, entendí que esa luz al final del túnel es mi reflejo.

Entonces, tú otra vez. Y yo queriendo creer. Enamorada hasta la médula. No me engaño, me sirvió un tiempo.

Me pregunto cómo he acabado aquí, tan dentro, tan oscuro. Tan lejos de la luz, sin poder salir.

Cierro los ojos. Cierro los ojos porque quiero ver. Al fondo, muy al fondo, me parece percibir un resplandor.

CXXII

La puerta del ascensor se abre y escucho el choque metálico de las llaves frente a la cerradura.

Me incorporo hasta quedarme sentada. Sitúo los dedos índice en los lagrimales de mis ojos y arrastro desde ahí las manos; desde el centro, con un movimiento hacia fuera y hacia arriba que termina en las sienes, estirando mis párpados. Intento borrar las horas tristes de mi cara.

Milo entra en el salón y deja sus cosas en el suelo. Camina hacia el sofá. Se sienta a mi lado y me abraza. Me resisto. Muevo la cara hacia otro lado, me aparto sin apartarme del todo. Aplica más fuerza a sus brazos, aprieta el mimo que me atrapa. Me besa en la mejilla. Me besa el pómulo, la sien, la mandíbula, el mentón. Con cada beso me afloja. Me besa la punta de la nariz. Me besa el entrecejo. Un párpado, después el otro. Lleva su mano hasta mi cuello, me acaricia la nuca con los dedos y apoya su frente en la mía.

—Lo siento, mi amor. Lo siento. Estoy muy estresado. Lo siento. Sabes que lo eres todo para mí. Lo sabes, ¿no? Gracias por aguantarme, mi vida. No sé qué haría sin ti.

Esta vez, me besa en los labios.

CXXIII

Pasa lo mismo que con las catástrofes naturales en las noticias. Imágenes devastadoras llenan nuestras pantallas. Nos golpean. Nos estremecen. Nos suspenden la mirada entre la incredulidad y el miedo y soltamos un «¡Qué horror! el mundo está loco». Después apagamos la tele y seguimos con nuestra vida. La catástrofe sigue ahí, pero pasa a un segundo plano. Porque en nuestra realidad no existe. Puede que el tema salga en la conversación de alguna cena, y que demos nuestra opinión. Nuestra opinión, que no vale nada, porque la auténtica realidad es que solo podemos teorizar, no tenemos ni puta idea. Ni idea de lo que es estar ahí, ni idea de lo que supone estar en el epicentro de la tragedia. Y es normal, ¿no? No tenemos capacidad emocional para vivir y asimilar cada cosa que pasa en cada rincón del mundo durante todos los minutos de nuestra existencia. Sería extenuante, no dejaría espacio para la vida, la vida con mayúsculas. Es sencillamente imposible.

Por eso mismo supongo que es común imaginar que ciertas cosas solo les suceden a otros. Imaginarlas de lejos, siendo conscientes de que existe esa realidad, pero sin acercarnos demasiado. Esa clase de cosas que miramos tan de lejos que es difícil reconocerlas cuando las tenemos justo a un palmo de nuestra nariz. Con alguna gota de saliva que nos ha salpicado con el grito en la cara.

Crecí en una casa feliz, en el seno de una familia estructurada. Mis padres no se peleaban delante de mí y de mi hermana, y desde luego no se gritaban. No había portazos ni golpes contra la pared. Tuve una educación bastante liberal y llena de amor, en la que la felicidad estaba antes que los logros académicos. Aun así, fui una buena estudiante y elegí ir a la universidad. Tengo amigos a los que quiero. He viajado, he leído, he tenido las comodidades de las que disfruta cualquier persona en el seno de una familia de clase media. Puede que por ese mecanismo de defensa me contrariase tanto aquella psicóloga.

«Sé que soy una persona complicada, que tengo cosas que trabajar. Por eso he empezado a venir a terapia. Para lidiar con esta tristeza, con esta inseguridad, con esta angustia. Menos mal que está a mi lado.

Realmente soy afortunada de contar con una persona que me entiende tanto como Milo. Muchas veces creo que es el único que me entiende. Si no le tuviera a él, ¿a mí quién me iba a querer?

»Por supuesto que no es una relación perfecta, pero usted debería saber que eso no existe. Esos estándares generan frustración. Claro que no, no quiero que mis hijos tengan que vivir nuestras peleas. Pero es pasajero. Está muy estresado en el trabajo, y la verdad es que mi actitud no ayuda. La mayoría de las peleas suceden por mi culpa, ¿entiende? Por mi culpa. Por eso he venido.

»Estoy triste y me siento insegura y lo acabo pagando con él. Es una reacción a mi acción. Al no estar ocupada, tengo demasiado tiempo libre para pensar, para darle vueltas a las cosas. Él siempre me lo dice. ¿Manipulador? ¡No! Pero ¿qué dice? Perdone, pero se nota que no le conoce. Si usted supiera, ¡tengo todo lo que siempre he querido! Pero estoy triste y lo pago con él. Es culpa mía, soy una caprichosa y una egoísta. ¿Qué? ¡No, por supuesto que no! Esto no es maltrato. Me parece que está usted exagerando. No me está entendiendo. No, que no, que nunca me ha puesto una mano encima.

»Mire, creo que será mejor que lo dejemos aquí.

»No. Que no, de verdad que no. Está exagerando.

»El maltrato es otra cosa.»

CXXIV

Nunca pensé que la emboscada entre los brazos y la pared, en la que un beso se insinúa, se atreve a buscarle al deseo la excitación de la fuerza, podría ser también un cepo violento contra la dignidad.

Presiona con su frente la mía.

—¿Qué quieres? ¿¡Qué coño quieres!? ¿Volverme loco?

No respondo. He aprendido ya que todo lo que diga será usado en mi contra. Recta, me pego a la pared, aferrándome a ella con la palma abierta de mis manos.

—Venga, vamos. ¿No te querías ir? ¡¡VETE DE UNA PUTA VEZ!!

Pero sigo enjaulada y no puedo irme. ¿Adónde iría? ¿Cómo explicaría esto a nadie? Con el puño golpea cerca del punto donde se apoya mi cabeza y huyo cerrando fuerte los ojos.

Me grita.

Vocal, furioso. Solo un «¡AAAAAAH!» gutural. Noto su aliento caliente en la cara.

Como los gorilas cuando enseñan los dientes. Manifestando la posibilidad del ataque, aunque no llegue a producirse.

Me deja marcas sin necesidad de tocarme.

CXXV

«Una recaída se define como un regreso a los patrones de comportamiento y pensamiento típicos de la adicción activa, que ya se habían superado (abstinencia) y que conllevan volver al uso de la sustancia, volviendo al estado anterior a la recuperación. Las recaídas pueden formar parte del proceso de recuperación no teniendo que suponer obligatoriamente un fracaso en el tratamiento, sino un aprendizaje, para que la persona tome conciencia de que hay algo que no está haciendo bien.»

Instituto Superior de Estudios Psicológicos, *Adicciones y recaídas: síndrome de la recaída*.

CXXVI

Si la hubiese visto desde fuera, la escena sería así:

La chica descalza de la cocina se queda inmóvil unos minutos. Cuando recupera la capacidad motora, coloca la taza que sostiene entre las manos en la encimera, con mucho cuidado. No, no se le cae al suelo; eso solo pasa en las películas. Sin mirarla, él continúa hablando. Le ha asfixiado, le ha controlado, grita. Le ha obligado a hacer cosas que él no quería. Ha sido una tirana, una mala persona, una hija de la gran puta. Ella se acerca, intenta tocarle. Él la aparta con desprecio. No puede soportar mirarla, le da asco, mucho asco. No comprende cómo ha podido tolerar su presencia hasta ahora. Todo tiene un límite. Encima, empieza a llorar. Se hace la víctima, la puta loca. «¡Para de llorar!», ordena. Ella pide perdón, le deja hablar, no interrumpe más. Se somete. Recibe su frialdad, su desdén, su empeño en hacerle daño. Al fin y al cabo, es lo que se merece.

Seguí justificando el silencio, me eché a la espalda el peso de tus razones. Escondí el ardor que asomaba en el abdomen cuando pensaba en el futuro. Escondí el miedo, escondí la pena. Me alejé. Me aislé para que no nos vieran. Nos mantuve a salvo.

Vuelve a casa, me decía el instinto. Pero no, yo no podía. Ya no tenía casa, no tenía nada. Quería quedarme cerca, al alcance de tu mano, por si decidías tenderla.

Acabé yéndome de Londres. Pero tardé mucho en irme del todo.

Tardé mucho en entender que, de tanto aguantar la respiración, casi me ahogo.

CXXVII

Suena fuera el silbido del afilador y recuerdo las palabras de mi madre: «Niñas, ¿escucháis? ¡Es Peter Pan!».

La vida a veces me atropella. ¿Es esto ser adulta?

Junio. Tres de la tarde. El sol se zambulle en el Mediterráneo, que respira con calma. Por las ventanillas bajadas del Peugeot verde botella entra una masa espesa. El aire, caliente, me golpea en la cara que, apretada contra el asiento, hace un esfuerzo por encontrar algo con lo que entretenerme. Pune se ha desabrochado el cinturón de seguridad y está tumbada ocupando la mitad del asiento de atrás, con las piernas hacia arriba. Se ha quitado los zapatos y los calcetines del uniforme, que descansan en el suelo del coche, sobre nuestras mochilas.

La avenida está abarrotada de coches cruzados que intentan cambiar de carril. Coches con brazos gesticulando que salen de las ventanas, coches que retumban con el volumen de la música, un Peugeot verde botella sin aire acondicionado. Llevamos una hora de atasco y apenas hemos avanzado unos metros. De tanto en tanto se escucha una bocina que brama que al conductor se le está agotando la paciencia.

El termómetro del salpicadero marca treinta grados rojos. Las historias de mi padre ya no nos entretienen y Rebeca comienza a desesperarse.

—Mamá… Tengo calor…

Avanzamos unos metros y volvemos a quedar varados. Pune emite sonidos quejosos y se tira del polo blanco. Yo cierro los ojos, como si así pudiera escapar de allí. Mi madre nos mira por el espejo retrovisor. Con un movimiento brusco, pone el intermitente y vira el volante, dirigiéndonos a una calle paralela que nos llevaba en sentido contrario a nuestro destino. Tras un par de giros más, aparca el coche en doble fila.

—Vamos, niñas —dice mientras abre las puertas. Mi padre coge en brazos a Pune, aún descalza.

Sigo a mis padres hasta un establecimiento con fachada de mármol,

en la que unas letras verdes leen HELADOS LAURI. Dentro me siento más fresca. Admiro el mostrador metálico saludándome brillante. Las paredes de madera sostienen unas placas con letras blancas que rezan lo que a mis nueve años me parece una lista interminable de opciones: chocolate, vainilla, tutifruti, leche merengada, turrón, horchata de chufa, granizado de limón.

Sentados a la sombra, disfrutamos del sabor a vacaciones, a victoria mundana. Mi madre lame la punta de una servilleta y me limpia un churrete de helado de la mejilla.

La felicidad era eso.

Agradecimientos

Gracias a ti, querido lector, por llegar hasta el final.

Gracias a Palmira Márquez y a la gente maravillosa de la Agencia Literaria Dospassos, por creer en mí y acompañarme de la mano durante el proceso. Gracias a Olga Jiménez, mi agente, por aconsejarme, escuchar todos mis audios y responder cada una de mis preguntas con mimo. A mis editores, Fernando Paz y Ana Sánchez Asenjo, y también a su equipo, por hacer que mi primera novela exista y huela a libro. Trabajar con vosotros es un honor y un placer.

Gracias, por supuesto, a mi familia. A mi padre, Guillermo, por llenarme la cabeza de libros y no leerme bajo el foco distorsionado de la paternidad. A mi madre, Pepa, por contradecirme cada vez que he dicho «no puedo» y empujarme a terminar lo que empiezo. A Gala, mi hermana, por su apoyo incondicional y por hacer los coros a todas mis canciones.

También gracias, gracias y más gracias a Lorena G. Maldonado, mi amiga del alma, por guiarme con entusiasmo y ofrecerte sin dudar a hacerme la vida más fácil. A mi uruguaya, María Dieste, por retarme a escribir y leer mis borradores en la pantalla del móvil. A María Rubio, por alegrarte con el corazón por cada paso que doy. A Sara y Aitor, porque nos hemos visto crecer. A las de siempre, por ser hogar: vosotras sabéis quiénes sois.

Y gracias a Chris, por desayunar en la cama conmigo aquel día y haberte quedado a mi lado desde entonces. Contigo he aprendido de qué va el amor.

Edición en formato digital: 2024

© Paula Babot, 2024
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-53-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL

XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
LXXII
LXIII
LXXIV
LXXV
LXXVI
LXXVII
LXXVIII
LXXIX
LXXX
LXXXI
LXXXII
LXXXIII
LXXXIV

LXXXV
LXXXVI
LXXXVII
LXXXVIII
LXXXIX
XC
XCI
XCII
XCIII
XCIV
XCV
XCVI
XCVII
XCVIII
XCIX
C
CI
CII
CIII
CIV
CV
CVI
CVII
CVIII
CIX
CX
CXI
CXII
CXIII
CXIV
CXV
CXVI
CXVII
CXVIII
CXIX
CXX
CXXI
CXXII
CXXIII
CXXIV
CXXV
CXXVI
CXXVII
Agradecimientos

Créditos